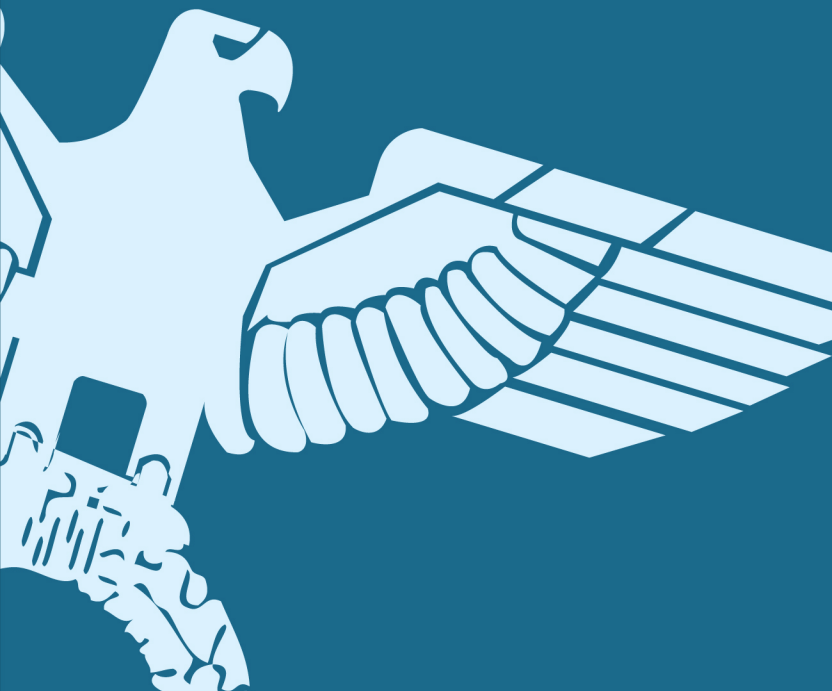


Oscar Enrique León

Democracia burguesa, fascismo **y revolución**





Oscar Enrique León

DEMOCRACIA BURGUESA, FASCISMO Y REVOLUCIÓN

D
COLECCIÓN
DIFUSIÓN

Coordinación de la colección

Luis Felipe Pellicer
Simón Sánchez

Coordinación editorial

Eileen Bolívar

Asesoría editorial

Marianela Tovar

Diseño de la colección

Aarón Mundo
Gabriel A. Serrano S.

Diagramación y corrección

César Russian

Democracia burguesa, fascismo y revolución

Oscar Enrique León
Primera edición, 2013

© Fundación Centro Nacional de Historia.
Final Av. Panteón, Foro Libertador,
edificio Archivo General de la Nación, P.B.
Caracas, República Bolivariana de Venezuela
www.ministeriodelacultura.gob.ve
www.cnh.gob.ve
www.agn.gob.ve

Depósito legal 22820133203286
ISBN 978-980-7248-87-7
Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

Presentación de la colección

La Colección Difusión tiene como objetivo la socialización del conocimiento histórico a través de la masificación de textos escritos con un lenguaje sencillo y ameno dirigido a la colectividad para dar a conocer temas de diversa índole, entre ellos metodología, estudios regionales, locales, períodos y acontecimientos, biografías y ensayos históricos, entre otros. Todo esto con el fin de fortalecer el proceso de democratización real de la memoria nacional y dar continuidad al proceso de inclusión a partir de la divulgación de nuestra memoria histórica.

Junto con la revista *Memorias de Venezuela*, esta colección viene a fortalecer el objetivo de difusión masiva de nuestra historia, objetivo esencial del Ministerio del Poder Popular para la Cultura a través del Centro Nacional de Historia y el Archivo General de la Nación. Se trata de seguir cumpliendo con el propósito de hacer una historia del pueblo, para el pueblo y con el pueblo; un objetivo central del Gobierno Bolivariano tal como lo expresa el comandante presidente Hugo Rafael Chávez, la historia es fundamental para el fortalecimiento de nuestra identidad y nuestra dignidad como pueblo, y también para empoderarnos de ella y enfrentar los desafíos en la construcción de la Patria Socialista.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
FASCISTAS SOMOS TODOS, Y ANTIFASCISTAS TAMBIÉN	13
DEMOCRACIA BURGUESA: FIN DE LA HISTORIA, LAS IDEOLOGÍAS Y LA REVOLUCIÓN SOCIAL	31
DEMOCRACIA BURGUESA: RETORNO DE LA HISTORIA Y ANTIFASCISMO ANTICOMUNISTA	45
EL MITO DEL FASCISMO EN LA DEMOCRACIA BURGUESA Y LA FASCISTIZACIÓN DE LA DEMOCRACIA	67
FASCISMO Y DEMOCRACIA BURGUESA: UNA VISIÓN EN PERSPECTIVA HISTÓRICA	79
EL FASCISMO: BREVE RESEÑA HISTÓRICA	91
EL NAZISMO: BREVE RESEÑA HISTÓRICA	101
DERECHA SERVIL: UN FASCISMO SIN PROYECTO	113
LA REVOLUCIÓN Y EL MITO DEL FASCISMO	133
Bibliografía	153

INTRODUCCIÓN

Éste es un ensayo sobre la democracia burguesa. Más precisamente sobre la democracia burguesa como contexto histórico, político e institucional –nacional e internacional– de la revolución bolivariana en Venezuela. En la medida en que esta revolución es concebida como el proceso político de implantación del socialismo y que sus dirigentes tienden a señalar a la derecha que lo adversa, o a parte de ella, como *fascista*, el tema queda, pues, circunscrito a las relaciones que se pueden establecer entre democracia burguesa, fascismo y revolución. De ahí el título de este trabajo.

Inicialmente su propósito era evidenciar el error implícito presente al calificar de fascistas a regímenes o conductas políticas propias de la derecha por el mero hecho de ser violentas, autoritarias y estar al margen, o en contra, de las instituciones democráticas, cuando, entre otras muchas cosas a considerar, el fascismo en Italia y el nacionalsocialismo en Alemania fueron, desde el punto de vista formal, regímenes del todo legales e institucionales. Luego me percaté de que calificar a la derecha, o a un sector de ésta, de fascista, así como demostrar que no lo es, resulta a fin de cuentas un ejercicio teórico de poco interés para la revolución, y que es mucho más significativo plantear el asunto de la manera que lo he indicado al empezar: la democracia burguesa como contexto en el que se desarrolla la revolución. Estoy persuadido que no hacerlo así es perder el tiempo y, lo peor, es hacerle el juego a la derecha. Desde este punto de vista, este ensayo intenta contribuir a la reflexión en torno a una

premisa fundamental en la evolución ideológica de la revolución: que el antifascismo no sea una ingenua apuesta a la democracia burguesa.

Fascismo y democracia burguesa son realidades políticas insertas en la misma estructura histórica del capitalismo mundial. Su evolución ha de ser apreciada desde esta perspectiva. No hacerlo de este modo conduce a una fragmentación de la realidad y a la equivocación, no pocas veces intencional, de considerarlas como realidades separadas y hasta contrapuestas, excluyentes. No otro ha sido el derrotero ideológico de los voceros de la democracia burguesa, lo que ha alcanzado su máxima expresión con el neoliberalismo y el concepto de globalización; curiosamente, cuando la democracia burguesa de hoy muestra sus mayores coincidencias con el fascismo de ayer. En tal sentido, este ensayo parte de la idea general de que la democracia burguesa actual es una fase superior del desarrollo del fascismo de ayer. Es decir, éste no es un fenómeno ajeno a la democracia burguesa, sino una fase inicial de su evolución histórica como forma política e institucional.

Si tal es el contexto de la revolución bolivariana, la democracia burguesa ha de ser considerada por ésta en dos dimensiones: la institucional y la estratégica. Acusar a la derecha de fascista puede ser un mero equívoco teórico circunscrito a lo institucional, pero un total y grave desacierto si se le considera desde el punto de vista estratégico. Lo primero es fácil de corregir: se cambia fascista por fascistoide. Lo segundo no se puede corregir: es síntoma de falta de claridad ideo-

lógica, lo cual resulta fatal para una revolución. Hacia allí apunta el interés de este ensayo. La pregunta de la que parte es simple: ¿hasta qué punto se puede acusar a la derecha de fascista o fascistoide sin que ello suponga por parte de la revolución una *legitimación* de la democracia burguesa que, según su propuesta revolucionaria, está llamada a destruir? La respuesta no lo será tanto ni mucho menos tan total y completa como para agotar el tema.

D

COLECCIÓN
DIFUSIÓN

FASCISTAS SOMOS TODOS, Y ANTIFASCISTAS TAMBIÉN

Hoy por hoy, si yo afirmo que creo en el *grande hombre*, inspirado en el sentido que desde hace más de tres siglos le diera a esto Voltaire o, posteriormente, Thomas Carlyle, seguramente nadie me vería como ilustrado o romántico, sino como fascista, por aquello del culto a la personalidad y la retórica del salvaje de los que tanto gustan alardear aquellos que se sienten en la cima de la civilización y desde ésta miran al resto de la especie. Si, desde la sima de la misma civilización afirmara como político mi apego a la tradición histórica, como ha hecho la revolución iraní desde hace cincuenta años o la bolivariana desde hace casi veinte, seguramente se me imputaría el crimen intelectual de ser retrógrado, anacrónico y fundamentalista; es decir, igualmente fascista, sin que nadie se tome la molestia de preguntar cuáles son mis *fundamentos* para asumir algo así. Si, por el contrario, en el más escéptico y hasta nihilista espíritu posmoderno, campo ideológico que tanto ha explotado el neoliberalismo desde los tiempos de la caída del muro de Berlín, proclamara mi desarraigo respecto a cualquier forma histórica y noción de lo nacional, lo menos pasaría como sospechoso de apátrida pro imperialista y, por lo mismo, de fascista. El término fascista ha alcanzado una indeterminación tal que se ha convertido, como dice Umberto Eco, en la sinécdoque del lenguaje político. *Führer* viene de César, y Zar también, ¿diremos por eso que se trata de lo mismo? Es el tipo de fruslería, la diferenciación histórica concreta, en la que el antifascismo no está dispuesto a

perder tiempo. Su interés, en realidad, no es analítico, sino retórico, propagandístico. Cuanto recuerda al fascismo. A los efectos, poco importa el signo.

En realidad, para acusar a alguien de fascista ya no es necesario determinar las razones ideológicas que tenemos para ello; basta con que sean, o las concibamos, como contrarias a las nuestras. Entonces vamos y lo confinamos al ostracismo moral desde el que nunca, esperamos, pueda retornar al mundo en que nos proclamamos libres de tan nefasta y lúgubre experiencia. No hay salvación para semejante condena una vez que ha caído sobre nuestro pensar, acciones y propuestas, sobre todo si, como los más, aspiramos al *mundo mejor*. Puedo dar el más cruento golpe de Estado para matar en seco una revolución, o participar en el más transparente de los procesos electorales para dar vida a otra; por igual me haré acreedor del calificativo que, en política, parece haber llegado a gozar de una popularidad tal que sólo es comparable con la superficialidad e inexactitud que su uso y abuso conlleva. A la postre, todos somos o pasamos por fascistas porque todos participamos con igual entusiasmo en el infantil y superficial festín ideológico del antifascismo. Como tema ideológico el asunto puede ser mucho más interesante de lo que parece a primera vista.

Fascismo es un término que se ha tornado vago, ambiguo e impreciso. Y en ello poco tiene que ver la vaguedad, ambigüedad e imprecisión que caracterizó desde sus inicios al fascismo como doctrina política. Es el antifascismo posterior, el que surge tras la ruina y desaparición del fascismo histórico,

el que a través de un uso vago, ambiguo e impreciso del término ha abusado de él, lo ha vaciado de sus contenidos temporales e ideológicos para ponerlo al servicio de un dudoso moralismo hueco y manido que, en política, siempre se deja ver cuando el estudio y análisis son poco consistentes, cuando no del todo ausentes. Así, a casi un siglo de su aparición, el fascismo ha dejado tras de sí una impronta cultural que lo trasciende como fenómeno histórico e ideológico, en virtud de lo cual ha dejado de ser una *categoría política* para convertirse en una *maldición*, tal y como lo afirma José Javier Esparza en un amplio artículo sobre el antifascismo en Europa, con particular énfasis en España, y que recoge interesantes reflexiones sobre el asunto:

...entre aquel veteroantifascismo de los años treinta y el neoantifascismo contemporáneo, o antifascismo póstumo, hay diferencias muy importantes, como ha explicado Alain de Benoist (*Communisme et nazisme*, Labyrinthe, París, 1989, pp. 148 y ss.). La primera y decisiva es que cuando hoy se llama “fascista” a alguien no se está haciendo referencia a un fenómeno histórico real, sino a que el término funciona más bien como un operador de descalificación en sentido global y genérico, sólo inteligible en el marco cultural que nos rodea, en el imaginario de nuestro mundo mítico-político. Así pueden ser “fascistas”, simultáneamente y sin mutua contradicción, un navajero *skin*, Pol Pot, Pinochet, ETA, la legislación anti-tabaco norteamericana, Stalin y el vecino del quinto que maltrata a su mujer. Y es que la invocación del “fascismo”, en el contexto contemporáneo, no funciona como etiqueta política, sino como maldición:

se trata de arrojar sobre el adversario la sombra de un mito incapacitante que produce repulsión en el espectador. De este modo, el antifascismo ya no se basa en una constatación objetiva del tipo “Mengano es fascista”, lo cual exigiría explicar por qué, sino que ahora se reduce a una simple imputación moral que, como tal, ni siquiera necesita ser demostrada⁽¹⁾.

Acaso luzca un tanto exagerado el afirmar, como se hace en el citado artículo, que el fascismo no es más que el fantasma creado por la literatura antifascista. Seguramente no es ésta una afirmación que comparta, por ejemplo, el periodista Mariano Sánchez Soler cuando en una entrevista hace la siguiente descripción respecto a la violencia juvenil en España:

Las ideas clásicas del fascismo, remozadas con las últimas iconografías, mueven de nuevo los mecanismos de la violencia contra el sistema democrático. Rapados neonazis, falangistas, basistas, “arcángeles”, nacionalistas de extrema derecha, terceristas... son las etiquetas políticas bajo las que actúa una nueva generación de jóvenes ultras agrupados en organizaciones como Juntas Españolas, Movimiento Social Español, Alianza Nacional Española, Cedade, Bases Autónomas, Nación Joven o Vanguardia Nacional Revolucionaria. La mayoría de estos nuevos activistas ni siquiera había nacido cuando, el 20 de noviembre de 1975,

⁽¹⁾ José Javier Esparza, “¿Fascismo en España?”, artículo publicado con autorización de la dirección de la revista *Hespérides*, nº 20, 2000, pp. 227-255.

murió el general Franco; y muchos de sus dirigentes, en aquella fecha, no habían alcanzado la mayoría de edad⁽²⁾.

Sin embargo, no le falta razón a Esparza en el modo en que plantea el tema del antifascismo como la forma en que se ha desvirtuado por completo una categoría política, pues de lo que se trata, en realidad, no es de negar la existencia de grupos, partidos o individuos fascistas, sino de comprender hasta qué punto, incluso en el caso de que se proclamen a sí mismo como tales, puedan ser considerados rigurosamente fascistas y, aún más, representar una verdadera alternativa política hoy. Al respecto, el autor establece unas muy claras diferencias entre diversas formas de organizaciones políticas de la derecha en Europa y el fascismo histórico, original, que aplicarían igualmente en otras latitudes y respecto a otros procesos históricos y organizaciones políticas. Veamos lo que nos dice respecto al partido Frente Nacional, en Francia; Alianza Nacional, en Italia; y al Partido Liberal, entre otras

⁽²⁾ En la misma entrevista asegura el periodista que se trata de violencia organizada: "... Lo que nunca he entendido (aunque se acaba siendo un mal pensado) es a qué esperan los responsables para decir que ésta es una violencia organizada. Porque nos encontramos ante clubs cerrados de gente con una misma parafernalia, una misma forma de vestir, de entender la vida, de plantearse la acción social y la violencia. Lo hacen para conseguir un objetivo y actúan en la calle. Tienen publicaciones en las que comunican sus ideas y lanzan sus consignas, revistas de difusión nacional e internacional. Traducen sus obras a otros idiomas. Hacen reuniones internacionales, se coordinan entre ellos. Es muy fácil ver a un militante de Bases Autónomas de tal sitio en una reunión con activistas de otros países y lugares. Se puede decir que son muy brutos o muy jóvenes, pero realmente la ideología nazi que transmiten está funcionando, la literatura nazi está siendo leída; la simbología nazi está extendiéndose en su uso...". Véase en http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/simplemente-fascistas-articulos-y-ensayos-sobre-la-violencia-skinhead-neonazi-en-espana-19962002--/html/ffd2955a-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html

“bestias negras” en las que el antifascismo ha creído identificar el mal del fascismo:

...tanto el Frente Nacional como la Alianza Nacional o el austríaco Partido Liberal de Haider (una de las más recientes “bestias negras” mediáticas) se diferencian de los “fascismos” clásicos en una larga serie de rasgos fundamentales: todos ellos admiten abiertamente —y no tiene mucho sentido dudar de su sinceridad— el vigente sistema de partidos, mientras que los fascismos implantaron modelos de partido único; todos propugnan políticas económicas de carácter liberal-capitalista, mientras que los fascismos ponían el acento en el control estatal; todos son partidarios del actual status geopolítico bajo liderazgo norteamericano, mientras que los fascismos aspiraban a desplegar una potencia militar propia. Además, entre el Frente Nacional, el Partido Liberal y la Alianza Nacional existen también notables diferencias, tanto en su génesis como en el lugar que ocupan en sus respectivos mapas políticos nacionales. El Frente Nacional surge en torno a un personaje, Le Pen, que logra aglutinar a las dispares familias de la ultraderecha francesa, desde el integrismo católico hasta el neofascismo, pasando por los nostálgicos de Vichy, la tradición populista y los nacionalistas de la “Francia sola”; cobra impulso apoyándose en un serio problema social, el de la inmigración, frente al que reacciona con un discurso xenófobo; sus posiciones populistas le reportan la simpatía de un amplio sector de las clases menos favorecidas que antes votaba a la izquierda comunista; por último, su deliberada automarginación del “consen-

so” partidista le convierte en blanco de las invectivas del sistema, que señala a Le Pen como peligro público; todo ello hace que no se le pueda considerar como alternativa de gobierno. El fenómeno de Haider en Austria, aunque su protagonista se ha esforzado en diferenciarse de Le Pen, tiene mucho que ver con el caso francés. Respecto a la Alianza Nacional italiana, surge del *aggiornamento* de un partido, el MSI, que representaba explícitamente la herencia del fascismo de Mussolini; cobra impulso a partir de un problema no social, sino político, cual fue el colapso del sistema partitocrático italiano a partir de 1993; su discurso relativamente moderado y su denuncia de la corrupción le procuran el apoyo de amplios sectores de las clases medias que antes votaban a la Democracia Cristiana; por último, el desprestigio general de la vieja clase política italiana ha permitido que la Alianza Nacional, pese a las naturales censuras de la izquierda, posea una imagen de fuerza presentable, no “maldita”; todo ello hace que sí pueda considerarse como una alternativa de gobierno. Añadamos que entre ambas fuerzas existe una última diferencia en absoluto irrelevante: mientras que el Frente Nacional experimenta regularmente la disidencia de los pragmáticos, que preferirían bajar el tono de la demagogia populista en beneficio de cobrarse mayores opciones de gobierno, la Alianza Nacional ha de sufrir las disidencias de los radicales, que preferirían recuperar ciertos principios ideológicos aunque fuera a costa de perder poder real⁽³⁾.

⁽³⁾ José Javier Esparza, “¿Fascismo en España?,” artículo publicado con autorización de la dirección de la revista *Hespérides*, nº 20, 2000, pp. 227-255.

Queda claro que si bien pudiera argumentarse la presencia en estas organizaciones políticas de elementos o influencias, reconocidas o no por ellas como tales, que nos sugieran o recuerden aspectos y características propias del fascismo europeo, es harto difícil calificarlas como realmente fascistas. Se trata de un reagrupamiento de la derecha con base en organizaciones políticas a las que se suman antiguos seguidores de la socialdemocracia, el cristianismo o la izquierda, en parte por su propia decadencia en particular y del sistema político en general que, muy a diferencia del fascismo italiano o el nazismo alemán de la Europa de entreguerras, no atentan contra la democracia burguesa, sus instituciones y estatus político y social, nacional e internacional. Por el contrario, son una de las mayores garantías de ella.

¿Vínculos o hilos ideológicos e históricos que unan a la derecha europea con el fascismo? Acaso el anticomunismo, por decir algo. Y una afirmación así sería tan cierta como irrelevante, al menos que se tome en serio la falacia de suponer que el anticomunismo es caracterización exclusiva del fascismo y no quintaesencia de la sociedad burguesa desde los tiempos de Oliver Cromwell y Napoleón Bonaparte. De hecho, el fascismo se concibe a sí mismo y se presenta como una revolución, aunque a la postre demostró no serlo y ello fuera tempranamente advertido por Antonio Gramsci cuando espetó a Benito Mussolini: "... La revolución fascista no es más que la sustitución de un personal administrativo por otro...". Pese a lo que Mussolini, que insistía en que el partido fascista, y no el comunista, era el que representaba a la clase obrera, respondió: ... De una clase por otra, como

ha ocurrido en Rusia, como ocurre normalmente en todas las revoluciones, como haremos nosotros metódicamente”⁽⁴⁾.

Se dice entonces que si la xenofobia, de la que han sido objeto los emigrantes de la Alemania del Este luego de la caída del muro, o los gitanos. Esto es algo que forma parte de la tradición de la vieja Europa, que afecta por igual a los *sudacas* de Suramérica y, en general, a toda aquella *barbarie* del planeta que es tal por no ser europea. En todo caso, los vínculos aquí serían más con el nazismo que con el fascismo, pues éste no tuvo, como aquél, al racismo como componente “científico” fundamental de su doctrina. Aún así, de ser el caso, comenzaré a tomar en serio al racismo de la derecha europea como doctrina ideológica el día que escuche al diputado italiano que le dijo a la presidenta negra africana que no podía ver su cara sin pensar en un chimpancé, decirle exactamente lo mismo, en el mismo tono y mismo lugar, a Barack Obama, incluso cuando ya no sea presidente; o cuando me entere que toda Europa ha negado al avión presidencial de éste el sobrevuelo por su espacio aéreo por considerar que a bordo del mismo iba una carga sospechosa. El racismo y la xenofobia de la derecha europea la acerca más a su propio servilismo que al fascismo. ¿Puede alguien pensar en serio en un fascismo tan conforme y respetuoso con la hegemonía estadounidense, tan servil a los designios de la Organización del Atlántico Norte (OTAN),

⁽⁴⁾ El 16 de mayo de 1925, Antonio Gramsci polemiza en la Cámara de Diputados con Mussolini, al intervenir frente al proyecto de ley fascista contra las sociedades secretas, véase <http://www.lamanchaobrera.es/?p=9141>

y tan escrupulosa respecto a las prácticas de espionaje de la Agencia Central de Inteligencia (CIA)? Por donde se le mire la derecha europea, pese a todo el currículum fascista que el antifascismo le pretenda endilgar o que ella misma o algunos de sus voceros tenga a bien presentarnos como credencial política, no pasa de ser un remedo fascistoide, cancerbero, llamado a cerrar filas en el noveno círculo del infierno capitalista.

A diferencia del de ayer, el fascismo europeo de hoy no es la amenaza que se cierne sobre la democracia burguesa, sino su mero tributario. Por criminal que pueda parecer, o que de hecho sea, tal fascismo no es una alternativa histórica, y desde el punto de vista político no pasa de ser mera parafernalia lúgubre que adorna el orden burgués que le ha hecho un acogedor espacio vacío de *historia propia* en el seno neoliberal de la globalización. A diferencia del *Führer*, o el *Duce*, y de las gruesas multitudes que los siguieron con entusiasmo d'annunziano, el fascismo de hoy no ha venido a cambiar el orden; tan solo a sumarse a él, a ponerse a su servicio como reconstituyente ideológico que corre por las venas de la institucionalidad burguesa. Acaso tan violento y criminal como el de antaño, este neofascismo es, no obstante, políticamente manso y domesticado. Su retórica, una vez *epopéyica*, por criminal y violenta que pueda llegar a ser se torna hoy lamentable, mendicante subsidiaria del crimen y la violencia de la democracia burguesa, su enemigo de ayer.

De modo que a casi un siglo del triunfo del fascismo y poco menos de uno del de su derrota el antifascismo se ha conver-

tido en un fenómeno por sí mismo, que más nos habla de la época *neoimperialista* y *globalizadora* en la que nos metió el neoliberalismo que de aquella en la que advino y se expandió el fenómeno histórico en la Europa de principios de siglo. De lo que hablamos aquí es de la expansión del antifascismo, de la degradación misma del análisis histórico en manos de voceros cuyo interés por la descalificación del adversario político es tan grande como su indiferencia por el fascismo mismo; por el original y por el que pudiera estar implícito en la historia de la democracia burguesa, y que Umberto Eco llama el *Ur-fascismo*⁽⁵⁾ o el fascismo eterno. El antifascismo ha terminado por ser un contra tema, una historia casi inaprensible de la confusión y el desacierto teórico con propósitos ideológicos. Por mi parte, encuentro cuatro vertientes del antifascismo. Una, la que comienza tras la derrota del fascismo en la Segunda Guerra Mundial, desarrollada por la democracia burguesa con el propósito de legitimarse a sí misma como paradigma ideológico del mundo libre en el marco de la guerra Fría. En el mismo contexto, el llamado socialismo real desarrolló un antifascismo fundamental y con propósito

⁽⁵⁾ El término fascismo se adapta a todo porque es posible eliminar de un régimen fascista uno o más aspectos y siempre podremos reconocerlo como fascista. A pesar de esta confusión, considero que es posible indicar una lista de características típicas de lo que me gustaría denominar *Ur-fascismo* o fascismo eterno. Tales características no pueden quedar encuadradas en un sistema. Muchas se contradicen mutuamente y son típicas de otras formas de despotismo o fanatismo, pero basta con que una de ellas esté presente para hacer coagular una nebulosa fascista. Se refiere a las siguientes características: culto de la tradición, rechazo del modernismo, culto de la acción por la acción, rechazo del pensamiento crítico, miedo a la diferencia, llamamiento a las clases medias frustradas, nacionalismo y xenofobia, envidia y miedo al “enemigo”, principio de guerra permanente, elitismo, heroísmo, machismo, populismo, neolengua.

de legitimación similares, pero referidos al régimen estalinista. Más allá de Europa, el advenimiento de las dictaduras militares en América Latina dio lugar a un antifascismo que creía ver en ello un neofascismo dependiente, es decir, un fascismo dependiente de una potencia extranjera que convertía a los generales brasileños, argentinos o chilenos en peones del imperialismo. Nadie duda de la naturaleza servil de tales dictaduras, pero es completamente absurdo, precisamente por ello, entre otras cosas, considerarlas fascistas; servilismo que, por lo demás, compartían con las democracias de la misma época⁽⁶⁾. Durante la guerra Fría la izquierda hizo un enorme aporte a este antifascismo tercermundista, que vino a sumarse a esa larga tradición de lectura anti-histórica de la historia del continente y que, al parecer, al menos en parte, sigue dispuesta a seguir haciéndolo durante la globalización, pese a las transformaciones operadas en los últimos tiempos. A tales transformaciones va dirigida la más reciente vertiente de antifascismo, generada por la propia derecha neoliberal y que pretende hacer coincidir fascismo

⁽⁶⁾ Daniel Viñas dice que “el peculiar fascismo de los generales brasileños, argentinos o chilenos después de 1964” debe ser designado como “neofascismo dependiente”. Por supuesto, se refiere a la dependencia de una potencia imperialista exterior, de la cual estos citados generales son “peones”. Difícilmente es posible imaginar una aberración mayor. Si hay una característica clara en los fascismos, ésa es su nacionalismo visceral. A los movimientos fascistas les repugna hasta tal punto, incluso, la apariencia de una dirección extranjera o internacional, que incluso los tímidos intentos de crear una “Internacional Fascista” europea, a mediados de los años treinta, fallaron estrepitosamente. La idea de dependencia exterior excluye, por definición, la de fascismo. Véase *El fascismo en América: América Latina*, publicado el 05/03/2009, disponible en europapatrianuestra.wordpress.com/2009/03/el-fascismo-en-america-latina/

con el comunismo que ella afirma ver representado en los gobiernos populares como el de Venezuela y otros países de la región. Como reza el dicho popular, éramos pocos y parió mi abuela. Y ahora vemos desfilar ante nuestra absorta contemplación la curiosa dialéctica en virtud de la cual el antifascismo es anticomunista. *Cosas veredes*, Sancho.

Por ahora, ello me da pie para detenerme ante un par de cosas de mucha significación para el desarrollo de este ensayo. La primera de ellas se refiere a la pregunta que se hace el mismo Esparza: ¿cómo puede existir un antifascismo sin fascistas? La segunda, que voy a formular también como pregunta y que el citado autor responde a su manera, según la perspectiva de su propio ensayo remitida a la sociedad española, ¿cuáles son las consecuencias de ocuparse de un mal que no es, o que al menos no es tan total como el antifascismo parece suponer? En cuanto a lo primero, Esparza afirma que

Pierre-André Taguieff ha esbozado un apunte de respuesta: caído el muro de Berlín, la izquierda, que se ha quedado vacía de ideas, pero que sigue conservando una posición dominante en el mundo intelectual, reconstruye el “frente antifascista” de los años treinta con la esperanza de que sirva como plataforma desde la que recuperar el protagonismo social perdido (Cf. el comentario de Taguieff a la campaña de prensa contra la “Nueva Derecha”: “¿Discusión o inquisición? El ‘caso De Benoist’”, en *Hesperides*, 16/17, primavera 1998, pp. 783 y ss.). Y como la iniciativa coincide con la súbita soledad de Occidente, que se ha

quedado sin su enemigo del Este, y como además –y por fundadas razones– nadie desea verse tildado de “fascista”, la aparición de un nuevo enemigo tan omnipresente como fantasmal nos ha venido a todos como anillo al dedo⁷⁾.

Si uno se detiene a observar el comportamiento de los partidos de izquierda europeos no puede menos que coincidir con una respuesta así. De todos es conocido que una izquierda *cypaya* y colaboracionista se ha hecho su espacio en la democracia burguesa, y que esto es algo que viene sucediendo desde finales de la guerra Fría. Pero, en realidad, esta izquierda no se ha quedado sin ideas. Más bien se ha deshecho de ellas para poder sumarse, liviana y sin lastre alguno, al vacío ideológico propuesto por la derecha. El acomodo de la clase política europea después de la guerra Fría alcanza todos los rincones de la vida institucional, penetra todos los espacios de la ideología. Es el orden burgués capitalista el que dicta la pauta de tan sutil transición y la democracia burguesa la que nos la presenta como evolución hacia una etapa superior de la civilización que debe ser imitada en todas las latitudes del planeta. Para acabar con la izquierda, el fascismo hubo de perseguirla y arrasarla; a la democracia burguesa le ha bastado con amansarla y darle un digno asiento en el parlamento y demás foros, con lo que demuestra ser mucho más eficiente y eficaz que aquél. La democracia burguesa no es fascista porque es un

⁷⁾ José Javier Esparza, “¿Fascismo en España?”, artículo publicado con autorización de la dirección de la revista *Hespérides*, nº 20, 2000, pp. 227-255..

régimen muy superior a él. Capaz de realizar con mucha más maestría y perfección la tarea ideológica en la que aquél se mostró tan torpe y soez.

La izquierda del sistema es algo que siempre ha existido; adorna y da un brillo intelectual a la democracia burguesa que la hace lucir muy mona políticamente. Pero de lo que aquí estamos hablando es de cómo la democracia burguesa se ha tragado a la socialdemocracia y al socialismo, que de tanto prestigio gozaron desde la Primera Guerra Mundial hasta la caída del muro de Berlín. Esto dice Iñaki Gil de San Vicente respecto a la izquierda española:

...la “izquierda” es un bloque de centro reformista que aglutina desde sectores de la socialdemocracia hasta el PCE e IU, que es una empresa parlamentaria que vive de las subvenciones burguesas porque cubre un vacío con su reformismo blando, florido y multicolor; y el PCE, algo más vocinglero, es un conglomerado formado por ex stalinistas, eurocomunistas derrotados y “reformistas duros” que han rechazado lo esencial del marxismo, a saber, la lucha radical contra la propiedad privada, contra el Estado burgués y contra el idealismo metafísico. Un “reformismo duro” que se emblandece de inmediato como sebo al fuego cuando hay que defender el nacionalismo español y machacar las justas reivindicaciones de las naciones oprimidas por su Estado⁽⁸⁾.

⁽⁸⁾ Iñaki Gil de San Vicente, *Tesis sobre fascismo, neofascismo y poder capitalista. Rebelión*, disponible en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=59963>

El problema, sin embargo, simplificado en exceso, o más bien remitido sólo a Europa, deja al menos dos flancos muy débiles, si lo planteamos más allá de las fronteras del viejo continente. Y es lo que nos toca hacer aquí. Uno, suponer que sólo la izquierda se ha quedado sin ideas después de la guerra Fría. Otro, dar por sentado que el antifascismo es de exclusivo uso de la izquierda. Y nos queda pendiente aún ocuparnos de la otra cosa arriba planteada: ¿cuáles son las consecuencias de ocuparse de un mal que no es, o que al menos no es tan total como el antifascismo parece suponer? En los tres siguientes apartes me ocuparé de cada uno de ellos.

Desde esta perspectiva –quiero decir, extraeuropea, allende las ignotas latitudes bajo las que una vez reinó el colonialismo español– el problema no es tanto que la izquierda se haya quedado sin ideas, sino cuánto de ese vacío ideológico al que ha sucumbido se ha traducido en una cesión de espacio, histórico e ideológico, que ha fortalecido a la democracia burguesa. Uno puede preguntarse si acaso se ha estado reeditando –con las particularidades propias que la distancia histórica impone– el papel que los partidos de izquierda tuvieron hacia finales de la década del diez y que tanto facilitó la irrupción del fascismo y el nazismo y su expansión en la siguiente.

...mientras el movimiento revolucionario seguía avanzando impetuosamente, los progresos del fascismo eran poco considerables. La ola revolucionaria alcanza su mayor altura el mes de septiembre de 1920, con la ocupación de las fábricas. En aquel momento concurrían todas las condi-

ciones objetivas para la toma del poder por el proletariado; pero los dirigentes del Partido Socialista y de la Confederación General del Trabajo, por motivos que no podemos examinar aquí, en lugar de derivar el movimiento hacia su lógica consecuencia, que era el ataque decisivo contra el Estado burgués, efectuaron una retirada ignominiosa. El reformismo demostró, una vez más, que es el mejor auxiliar de la burguesía. Los obreros, decepcionados, se metieron en casa. La revolución fue estrangulada y el fascismo halló, por fin, el terreno abonado para su expansión⁽⁹⁾.

Así fue ayer, en la coyuntura de una guerra que marcó la caída de Europa como potencia hegemónica y que arrastró a la democracia burguesa a una grave crisis social e institucional. Hoy, la incapacidad de la izquierda para liderar un proceso revolucionario no es táctica, sino estratégica y conceptual. Si la izquierda de ayer se mostró incapaz de manejar una coyuntura favorable, la de hoy ha aprendido a manejarse a sí misma en la estructura del régimen al que ya no aspira derribar. No tiene voluntad de poder y no es, por lo tanto, revolucionaria. Y ¿para qué? No lo necesita, pues, tal cual indica el recetario neoliberal que hoy la orienta, la historia ha llegado a su final. Los errores políticos de ayer contra la democracia burguesa son hoy los favores que está dispuesta a hacerle. Desde el punto de vista ideológico es tan neoliberal como la derecha misma, incluidos los grupos que se presentan a sí mismos como fascistas. La izquierda europea

⁽⁹⁾ Andreu Nin, *El fascismo italiano*. Edición digital de la Fundación Andreu Nin, noviembre 2003, disponible en www.fundanin.org/nin13.htm

se quedó, ciertamente, vacía de ideas, pero es éste un vacío que se despliega como aporte ideológico a la democracia burguesa y que tan mansamente comparte a modo de recetario neoliberal; ése en que la democracia burguesa ha convertido la idea de libertad, afirmada en la falacia ideológica de que la historia ha llegado a su fin. Revisemos un poco esa filosofía de última hora y mala muerte tras la que se mueve la democracia burguesa y a la que tanto han contribuido la izquierda, con su vacío ideológico, y el fascismo, con su parafernalia retrógrada y criminal.

DEMOCRACIA BURGUESA: FIN DE LA HISTORIA, LAS IDEOLOGÍAS Y LA REVOLUCIÓN SOCIAL

Tras la caída del socialismo real, Francis Fukuyama parece haber descifrado el código de todo el devenir histórico de la humanidad. Desde una visión archihegeliana, pero por la que Hegel se sentiría muy defraudado, el autor de *El fin de la historia y el último hombre* logra lo que ni el mismo mentor del espíritu absoluto en sus más perfectas reflexiones dialécticas. Mientras Hegel nos deja sumidos en desoladora incertidumbre, pues en su obra nunca llegamos a saber si el *concepto* alcanza efectivamente a realizarse, Fukuyama nos lo muestra hecho y completo. Su espíritu hegeliano traspasa las fronteras de lo hegeliano y nos expone el modo en que, valiéndose de los presupuestos hegelianos, ha logrado descorrer el velo que ocultaba las vicisitudes de la evolución y penetrado en las turbulencias de la historia universal. Ileso, ha vuelto a nosotros, guiado por el hilo de Ariadna que se había perdido en un transcurrir absurdo y asistemático, para decirnos que la historia se dirige a la realización del régimen liberal universalista basado en la economía de mercado de alto desarrollo. Se acabó la dialéctica. Sin saberlo, hasta que Fukuyama nos lo espetó en la cara, habíamos arribado a la tierra prometida.

Con la obra de Fukuyama la filosofía de la historia retoma una fisionomía decimonónica y se convierte en una curiosa herramienta ideológica. Una ya vieja forma de filosofar, propia de una sociedad todavía marcadamente agrícola y

aristocrática, es utilizada para comprender la problemática de un mundo altamente industrializado, democrático. Paradoja de la historia el que siendo Hegel uno de tantos autores europeos para los que América no jugaba papel alguno en la historia universal, haya tenido uno de sus más fervientes seguidores en el asesor político del Departamento de Estado. En esta nueva visión hegeliana la historia es vuelta a colocar en una sola y única línea de desarrollo donde los diversos países y naciones que integran la tupida trama de lo contemporáneo son colocados en fila, uno tras otro, según diferencias de grado en cuanto a la perfección del modelo industrial, en lo económico, y un modelo liberal democrático en lo político. A los países más avanzados en esta línea de desarrollo (y que no es necesario mencionar para saber cuáles son) Fukuyama los denomina *posthistóricos*, para diferenciarlos de los que se han quedado atrás, en la mera historia. La filosofía de la historia de Fukuyama es uno de los más prodigiosos subproductos ideológicos del mundo contemporáneo, que nos anuncia como axioma central el fin de las ideologías, pero que, al mismo tiempo, es una curiosa mezcla de Hegel y Rostov; Congreso de Viena y geopolítica norteamericana posterior a la guerra Fría; liberalismo y democracia. La historia ya no se hace o justifica desde un futuro. El fin de la historia anunciado por Hegel se había retrasado unas cuantas décadas, pero, al fin, el futuro llegó. Sólo los lerdos y retrasados mentales no nos habíamos dado cuenta.

Con ello, la libertad ha dejado de ser ese bien universal, el objeto sublime y postrero de las conquistas del progreso

humano a nombre del cual se han escrito los más profusos tratados de filosofía en Occidente, se han librado las más cruentas guerras, fracasado o triunfado las más célebres revoluciones en la historia del mundo contemporáneo. La libertad ha dejado de ser un anhelo, una utopía, el sentido de un proyecto político, para convertirse en un destino manifiesto, fuerza impersonal que sustituye a la personalidad humana. De esta manera, hombres, clases, grupos o naciones dejan de ser el sujeto de la historia en su anhelo de ser libres, para convertirse en el objeto de la libertad como ente trascendente, que a unos hace fuertes y poderosos, a los más miserables e impotentes. Hoy, la misión del ideólogo liberal no es defender o recrear la sagrada utopía de la libertad, sino presentar como justa, o al menos como natural y legítima, la realidad presente del mundo contemporáneo dominado por la expansión hegemónica del capitalismo y las transnacionales.

Que el liberalismo ha jugado un papel fundamental en la historia de la humanidad, y muy particularmente de los dos últimos siglos, incluso un papel sin duda revolucionario, es una afirmación incuestionable. Pero una cosa es afirmar la significación histórica de la ideología liberal, su acción transformadora a través del pensamiento y las instituciones en episodios históricos concretos, y otra muy distinta concebirla como un espíritu inmanente, una entidad transhistórica que se deslustra de siglos de mundanidad para aparecer, al final de la historia, como lo puro, esencial, verdadero, porque ha dejado atrás todo lo histórico, la provisionalidad a la que se hallaba ligada. La contradicción inherente a toda visión

teleológica de la historia es que la realización de la utopía supone el fin de la historia; el liberalismo de hoy supone el fin de la historia porque ha pasado su época de proyectar utopía. De ser, junto con el socialismo, una de las más grandes palancas de cambio y transformación en el advenimiento y consolidación de la sociedad industrial, el liberalismo ha pasado a ser una de las fuerzas más activas del conservadurismo contemporáneo. Lo que el ideólogo liberal de hoy, ese que ha dado en llamarse neoliberal, no sabe, o no puede decir, es que el liberalismo hace bastante tiempo ya que cumplió su labor revolucionaria en la historia. En manos de los neoliberales, el liberalismo es una ideología pasada llamada a defender y conservar un orden presente.

El liberalismo es la respuesta histórica a la necesidad histórica concreta de derribar todo orden institucional de tipo estamental, caracterizado por el dominio de una aristocracia de privilegios y que constituye el obstáculo fundamental a la expansión de las nuevas fuerzas sociales y productivas de la sociedad burguesa. En tanto que doctrina centrada en una concepción del individuo como ente histórico fundamental, el liberalismo impone, en primer término, un proceso de secularización de las instituciones y formas de organización social; en segundo término, como factor condicionante de la evolución política y social, en virtud del cual la civilización humana ha alcanzado un alto grado de homogeneización y estandarización de las formas políticas y económicas. Es preciso destacar aquí que el desarrollo del liberalismo corre paralelo al proceso de desarrollo del Estado nacional moderno. En este sentido, el liberalismo juega un papel esencial

en el proceso de racionalización del Estado, sus actividades e instituciones.

Desde luego que este papel histórico del liberalismo no se consume de un día para otro. Es el resultado de una larga transformación que se sucede primero en Europa, y a la que se van sumando episodios en otras regiones del planeta. Hay quienes remontan las fases antecedentes de este proceso en Europa al siglo XV, al considerar los movimientos de la Reforma y el Renacimiento como una apertura del marco de posibilidades para desarrollar la idea de que es el individuo, y no la jerarquía social, el valor supremo de la condición humana. Pero el papel histórico del liberalismo va a entrar en su fase de mayor esplendor con el pensamiento ilustrado y el advenimiento de los tres procesos políticos cruciales en la historia de Occidente: la revolución inglesa, la independencia norteamericana y la revolución francesa. A partir de entonces, el liberalismo deja de ser sólo una cuestión de ideas respecto a lo que debe ser la sociedad. Comienza a ser, también, expresión de una realidad concreta, reflejo de cuanto se ha transformado el mundo en función de los principios de la doctrina liberal y las formas institucionales del Estado nación; pero, sobre todo, de cuanto puede seguirse transformando en esa misma línea de desarrollo. Y así, toda la historia del siglo XIX, no sólo en Europa sino también en América, está llena de episodios revolucionarios en los que el liberalismo ha jugado un papel crucial. Y aún en el siglo XX vamos a encontrar al ideario liberal suscribiendo las banderas de lucha contra el absolutismo en los más variados procesos revolucionarios en Rusia, Asia y América.

En conjunto, las transformaciones del liberalismo son inseparables del proceso de expansión europea, sobre todo desde finales del siglo XVIII, tras el advenimiento de la revolución industrial. Y, en este sentido, el liberalismo como agente histórico de cambio tiene muy poco que ver con alguna suerte de fuerza inmanente o trascendental más allá de lo histórico, sino con algo muy histórico como es la tendencia expansiva y hegemónica de una cultura, con la forma en la que Occidente ha ido enredando en sus redes al mundo entero, para decirlo en palabras de Arnold Toynbee. Al menos en cuanto a sus formas políticas y económicas, el liberalismo ha contribuido de manera determinante a la configuración del mundo como proceso histórico global, la estructuración de una civilización humana única para todo el planeta. En esto, su fuerza y alcance son equiparables a la expansión de los transportes y las comunicaciones o a la expansión del mercado internacional.

Pero ésta no es la verdad histórica de la que nos hablan los neoliberales, esos que no quieren saber nada de la historia, acaso más por peligrosa que por aburrida o fastidiosa. Más interesados en legitimar el orden social que en ensayar caminos para uno nuevo; más interesados en conservar las transformaciones acumuladas por la sociedad burguesa que en perfilar derroteros hacia el futuro, el filósofo neoliberal muestra un franco desinterés por la historia para centrar toda nuestra atención en la *filosofía de la historia*. Cree en la libertad, pero no en la libertad como bien supremo por el que el hombre debe luchar, sino en la libertad como destino manifiesto que el hombre debe acatar. Curiosamente,

el liberalismo, en manos del ideólogo neoliberal, pasa así a formar parte del legado de superstición e idolatría de la historia humana. Y así como una vez los hombres debieron aceptar la peste, la guerra y el hambre como castigos impuestos por la furia divina contra la herejía, hoy deben aceptar esa libertad como mandato inapelable de un destino impersonal y transhumano que rige la historia, aquella que una vez los liberales echaron a andar y que ahora tanto se afanan los neoliberales en detener. Con ello el liberalismo ha sido despojado de su naturaleza histórica para convertirse en una forma no histórica de justificar la historia, partiendo de la idea de que la historia ha llegado a su final.

A diferencia de los liberales de la Ilustración o del siglo XIX, los neoliberales de hoy no se hacen en la lucha por derribar un orden establecido y conquistar el poder; representan el poder y no tienen que derribar orden alguno. El único orden que les era adverso se derrumbó por sí solo. Con ello, se nos dice, ha sido clausurada la era de las ideologías. O, lo que es lo mismo, no hay ideología válida para el género humano. La utopía es una forma mental propia del individuo histórico, el que todavía no ha alcanzado la plenitud de la poshistoria, y todavía no se suma a la moral de que sólo se puede justificar la existencia humana en función de sus potencialidades económicas y productivas, máxima de la cultura burguesa. Hemos llegado al fin de la historia, lo que Hegel llamaría la realización del absoluto y que los neoliberales han comprendido como la absoluta realización del mercado. La civilización es una y única, y el pensamiento también. Tal es el paradigma de la llamada globalización.

Es decir, la entronización de la derecha como clase política dirigente y del capitalismo como orden económico mundial. La *democracia burguesa* se convierte así en la única democracia posible y, sobre todo, el único régimen que están dispuestos a tolerar los grandes centros hegemónicos del capitalismo mundial. La derecha neoliberal que la representa ha trazado las coordenadas políticas e institucionales dentro de las que ha de moverse la civilización toda. La globalización no es más que la ideología de la no ideología.

La globalización es una mirada ideológica a aquello que se pretende plantear a la humanidad como una realidad al margen de toda ideología, cuando, en realidad, la globalización es una de las trampas ideológicas más sofisticadas que ha ideado el neoliberalismo para hacer prevalecer como justo e inevitable, inalterable y objetivo, el orden socioeconómico mundial que está llamado a salvar y defender. Como doctrina, la idea de globalización no es rigurosamente nueva. Pueden encontrarse antecedentes de ella. En el campo de la geopolítica, Roosevelt, tras la Segunda Guerra Mundial, proponía el *One World*, que como doctrina para definir el orden mundial hubo de ser diferida por el rumbo que tomaron las negociaciones de paz con la Unión Soviética. También, en el campo académico e intelectual tuvo mucho impacto lo que Marshall McLuhan llamó la *aldea global*, su manera de llamar la atención hacia una civilización caracterizada por el avance tecnológico en las comunicaciones y el modo en que algo así impactaba la coexistencia de países y culturas en el planeta. Sin embargo, cualquiera sea el caso, para la época, este tipo de visión sobre el fenómeno de la civiliza-

ción mundial no negaba, al menos no de manera expresa y conceptual, la naturaleza histórica del proceso, ni se planteaba como forma no ideológica de captarlo y percibirlo. El hacerlo es lo distintivo de la idea de globalización.

Si no fuera por su naturaleza criminal, y por los crímenes a los que, de hecho, ha contribuido o legitimado, yo me conformaría con afirmar que la globalización es una falacia que no merece, por lo mismo, ser tomada en serio. Sin embargo, y a pesar de que el citado Fukuyama, uno de sus principales creadores, se ha retractado de su creación (lo que, personalmente, pienso que hubiera sido mejor callar), tal falacia ha sido hasta hoy la fuente ideológica para legitimar el crimen y la infamia del orden mundial que, incluso, amenaza la supervivencia de la especie.

Sobrada razón tiene Frei Betto en referirse a la *globalización* como *globocolonización*. No es ésta mera cuestión semántica para referirse a la *nueva era* que siguió a la guerra Fría sino, por el contrario, una forma de definir su *especificidad* como proceso de colonización del espíritu y la memoria de la humanidad como especie. Es bien conocido el mecanismo ideológico mediante el cual un agente colonizador impone su dominación sobre un determinado grupo: la negación de su historia, es decir, concebir y exponer como inútil o inexistente lo que dicho grupo, espacial y temporalmente considerado, ha sido. La colonización no supone sólo el exterminio y la destrucción física del grupo colonizado sino, sobre todo, de su identidad histórica y cultural. De hecho, una verdadera colonización no tiene lugar hasta que el

colonizado asume como suya la ideología del que lo coloniza y la identificación con el que lo domina, lo que incluye la negación de sí mismo y la imposibilidad de acceder a su realidad histórica como colonizado.

Aquello de lo que la humanidad ha sido testigo tantas veces a lo largo de su historia respecto a un determinado pueblo, etnia o cultura, es lo que el vocero neoliberal está llamado a hacer hoy a nombre del capitalismo industrial y financiero de alto desarrollo respecto a la humanidad entera. La dimensión histórica de la colonización ha rebasado los límites fronterizos que normalmente ha impuesto el Estado y la nación. La proyección hegemónica de los grandes centros del capitalismo de alto desarrollo requiere de una auténtica economía mundial, rigurosamente definida como tal, es decir, donde la autonomía nacional y el papel del Estado sean reducidos al mínimo de una tarea administrativa y garante de orden y de la uniformidad de dicha economía mundial. No es otra la esencia de los tratados de libre comercio, planteados como la apertura de las grandes posibilidades económicas para todos los estados del planeta, cuando, en realidad, no son sino la plataforma legal para la legitimación institucional de un coloniaje de nuevo cuño. La lucha por la democracia forma parte fundamental de la maquinaria ideológica que impulsa este coloniaje. Con ello, la *lucha por la democracia* ha dejado de ser un problema doctrinal para convertirse en asunto estratégico para el orden internacional imperante. Es ésta una tendencia implícita en la era industrial desde los inicios mismos de su desarrollo y que puede seguirse a lo largo de dos siglos de historia contemporánea, y a la que

se sumaron, incluso, los más progresistas representantes de la socialdemocracia europea, el socialismo y la Iglesia desde mediados de la década de los setenta. Los grupos fascistas son los más recientes invitados a la faena ideológica.

La globalización se nos presenta así como un mundo en el que la civilización es una sola, el resultado más natural del alto desarrollo tecnológico, particularmente en el ámbito de las comunicaciones, los transportes y la economía mundial. Pero en esta presentación, poco menos que ingenua y neutra, de un proceso histórico de alcance planetario como una suerte de suma o convergencia de las más diversas formas culturales en un espacio y un tiempo en que el avance tecnológico ha borrado las fronteras y límites de todo tipo que hasta hace poco imponía la distancia y la diferenciación sociocultural de los grupos humanos, se deja de lado dos cosas esenciales: que esta civilización, como cualquier otra, se asienta sobre la base de determinadas *relaciones de poder* y que su historia como tal, en realidad, no empieza tras la caída del muro, sino que se remonta lo menos a dos siglos antes, a los inicios de la *era industrial*.

Aunque acaso la represente, la civilización mundial no es ese individuo cargado de dispositivos portátiles que le permiten estar en varias sitios y comunicarse con varias personas al mismo tiempo y calcular exactamente las coordenadas que ocupan las suelas de sus insignificantes zapatos, tal y como podemos imaginarlo en las páginas de Toffler. Mientras no se rebase lo superficial y evidente y, con ello, la visión tecnologicista de una civilización que se ve a sí misma como la

era de la tecnología y la información, no sabremos nada de ella, ni de nosotros mismos. A ese nivel, nuestra visión será, a lo sumo, la de la novia de Dante paseando de su mano por los sublimes círculos del cielo. Habrá quien se conforme con pasear de la mano de Fukuyama por los de un mundo estático y sin tiempo más allá del que pueda medir su reloj. Pero quien quiera saber de la civilización mundial habrá de descender a los círculos infernales de su historia real, la que comienza en los albores de la industrialización, en medio de la atmósfera irrespirable de la máquina de vapor, el sudor de los pestilentes talleres llenos de hombres, mujeres y niños cuyo hedor, sin embargo, no alcanzaba los impecables salones del parlamento en el que el flemático Young sentenciaba la verdad ineludible según la cual *para hacer una fortuna es preciso hacer harina a los demás*, y que ata por igual a los liberales de ayer y a los de hoy a una misma y única historia de la que aquellos se jactaban y éstos pretenden disimular con su falacia. Desde entonces, lo que de esta civilización no cabe en los tratados de economía se puede encontrar en los ensayos de Jonathan Swift o en las novelas de Charles Dickens o Víctor Hugo. Y para quien pueda pensar que esto no rebasa los límites de un cruel episodio de la historia nacional de Inglaterra o Francia, le sugiero echar un mirada al sur de Norteamérica, donde doce millones de esclavos cultivan el algodón que se procesa en los puertos de Manchester y Liverpool y se fabrican las telas con la que se visten, entre otros, esos mismos esclavos y los de las plantaciones del Caribe, ¿o alguien puede pensar en un esclavo vestido con lana? También puede mirar hacia Suramérica o Asia, de donde viene buena parte de los alimentos cuyos precios tanto exi-

gió del pensamiento y análisis de David Ricardo, junto con Adam Smith, como se sabe, los fundadores de la economía clásica. Preocupación que, por cierto, no ha dejado de ser tal y crecer, pues hoy abarca, además, el precio de las materias primas estratégicas y el petróleo.

No lo dijo un izquierdista, sino el mismísimo Arnold Toynbee, el clásico y primer gran historiador de las civilizaciones, cuando a principios del siglo XX afirmaba respecto al industrialismo de finales de los siglos XVIII y XIX: “Occidente ha atrapado en sus redes al mundo entero”. Con lo que, al parecer, un pensador que viva sumido en la época de ascenso del imperialismo es mucho más apto para captar la civilización mundial que los desenfadados ahistóricos neoliberales sumidos en su decadencia y la globalización. En buena medida, la civilización mundial es la expansión de los grandes centros del capitalismo industrial sobre el resto del planeta; es decir, simple y vulgar imperialismo, sometimiento y violencia. Aun cuando no es solamente eso. La civilización mundial también es la respuesta y resistencia frente a la expansión; es decir, antiimperialismo e insurrección. Más historia llamada a quedar fuera de las estrechas y superficiales dimensiones que impone la globalización como concepción del mundo.

El fin de la historia y de las ideologías no es sino la sanción ideológica que realiza el ideólogo neoliberal de la globalización sobre la historia como fuente de utopía e insurrección y, en correspondencia con ello, la plataforma ideológica misma sobre la que se asienta su propuesta de disimulada *colonización*. La idea de una *civilización mundial sin historia*,

sacada como entelequia de un mundo histórico que, hasta entonces, no había comprendido nada de su propio destino como dimensión económica mundial, tal es la endeble premisa sobre la que descansa hoy la democracia burguesa. Al pretender ocultar su propia historia, intenta ser la negación de toda historia, forma de identidad cultural, de toda revolución, en suma.

Con una ideología revolucionaria que yace bajo la lápida del entreguismo de izquierda y una derecha que ha tomado para sí y el orden burgués que representa el derecho exclusivo sobre el concepto de democracia, es bien poco, en realidad, el radio de acción política que queda al neofascismo. La democracia burguesa de hoy no lo necesita. Cuanto pudiera hacer por ella ya lo hizo una vez y es cosa que la derecha neoliberal es hoy capaz de hacer por sí misma. Acaso no sea un mero fantasma. Pero igualmente ha quedado para deambular por las calles desiertas de su propia historia.

DEMOCRACIA BURGUESA: RETORNO DE LA HISTORIA Y ANTIFASCISMO ANTICOMUNISTA

La derecha neoliberal, la moderna y tecnocrática generación hoy heredera de Friedrich A. Hayek y su biblia *anti-estado*, el famoso *La ruta hacia la servidumbre* (1944), así como de la descollante francmasonería neoliberal de Monte Pellegrino (Maurice Allais, Milton Friedman, Walter Lippman, Salvador de Madariaga, Ludwig von Mises, Karl Popper y otros); la que con el bisturí de su fría objetividad diseccionó el enfermo cuerpo de la historia para extraer el cáncer de la utopía y la revolución social, y convertirla así en esa mansa momia temporal ataviada al más exquisito estilo burgués y a la que todo transcurre pero nunca se transforma, ha terminado por hacer su enorme aporte de vaguedad, ambigüedad e imprecisión al uso y abuso del término fascista. Y con ello nos ha colocado en la incómoda paradoja de tener que hablar del *antifascismo anticomunista*. Lo cual luce como una cruel mancha de incoherencia (lo menos) en el impecable expediente racional de su inteligencia.

Es éste el tipo de pequeña tragedia intelectual al que se ve obligado todo aquel que se ha empeñado en consignar un destino manifiesto a la historia y creer que con ello ha despejado todo su secreto. Le pasó recientemente a Fukuyama, que de la cúspide del éxito en poco más de una década descendió al sublime fracaso. Algún tiempo atrás le pasó a Creso, según cuenta Heródoto; sólo que, en este caso, no se trató de una mera tragedia intelectual, pues el monarca

más rico y poderoso de la época, tras convencerse de que la historia tiene un destino, destruyó su propio imperio. Convertido en consejero del imperio que lo había derrotado, Crespo, ya anciano, en vísperas de la batalla de Salamina, advirtió oportunamente a Jerjes, quien por no tomar nota a tiempo destruyó el Imperio persa. *El poder ejercido sin conciencia y criterio de responsabilidad...*, se lamentaba el espectro del gran Darío, según lo representa en su drama trágico Esquilo. Y uno puede, entonces, preguntar: ¿acaso estará el ideólogo neoliberal contribuyendo sin saberlo a destruir el suyo?

Sea cual sea la respuesta, lo que por ahora nos interesa es este antifascismo de nuevo cuño al que nadie, seguramente, esperaba tener que recurrir. El neoliberalismo posterior a la caída del muro de Berlín se sentó sólo a la mesa de la geopolítica a festejar el festín de una civilización que, por fin, era una y única. El ya viejo y diferido *One World* de Roosevelt, marchitado en la tierra árida de la guerra Fría, parecía florecer en los fértiles campos de la globalización. La voz del neoliberalismo anunciaba una nueva era surgida de entre la polvareda ideológica que dejaba atrás la ignominiosa cortina de hierro y cuya luz se erguía sobre los escombros de una historia hecha de desaciertos: el fascismo, el comunismo, el *New Deal*. La *Europa de los dictadores*, como la llama Elizabeth Wiskemann, la Norteamérica del Támesis y el pleno empleo: todo un siglo, heredero del *saintsimonismo* decimonónico y la planificación, de izquierda y de derecha, era sepultado bajo el dictamen ideológico del pensamiento único y el libre mercado. La burocracia internacional se apresuraba a rectificar donde hubiera que hacerlo para dar

paso a las áreas de libre comercio, al tiempo que ya viejas instituciones bancarias, venidas de la segunda guerra y los acuerdos de Bretton Woods se sacudían los polvos de la guerra Fría y afinaban su maquinaria para lanzar la cruzada financiera sobre la curiosa tierra prometida del *mundo libre* y, al mismo tiempo, propiedad de los grandes centros del capitalismo internacional.

Así, sobre el camposanto de la utopía todos esperaban ver florecer el jardín de la economía mundial y la democracia representativa. Pero, como en todo cementerio, la paz es relativa. Aunque allí debería reinar lo muerto, también están hechos de dudoso silencio, apariciones inesperadas y lamentos. Acaso y los pueblos sean a la muda historia lo que los muertos al mudo cementerio: nunca callan del todo. Y acaso por ello resurgen una y otra vez, suerte de Ave Fénix que hoy no deja a la derecha neoliberal dormir en paz. Lo cierto es que, visto desde esta perspectiva premeditadamente literaria para dar con la siempre esquiva política, América Latina es hoy una tumba abierta cuyo fantasma recorre no ya la vieja y desgastada Europa del *Manifiesto comunista*, sino el mundo entero, el que la derecha neoliberal había jurado conquistar. Su antifascismo es sólo una forma de huchear desde los más oscuros rincones de la ideología neoliberal.

El mundo contemporáneo, pues, vivió las postrimerías del siglo XX asomado al abismo de una historia que había llegado a su fin. El progreso social de la humanidad se había detenido y la historia ya no alcanzaba para que los desarraigados y miserables de siempre (la mayor parte de ella, como

se sabe) dejaran de ser tales. La civilización, cansada de la charlatanería romántica al estilo Michelet, o cientificista al estilo Marx, se despojaba del lastre de la utopía con que la había importunado la izquierda desde los inicios mismos de la era industrial y la revolución francesa. La civilización mundial dejaba con ello de ser un proceso histórico para estacionarse como eternidad inamovible siempre igual a sí misma y convertirse en objetivo consumado. Fukuyama identificó dicho objetivo como la *unidad de democracia y libre mercado*, la era de la poshistoria a la que sólo un selecto fragmento de la civilización –la civilización *en sí*, se entiende– habría logrado acceder por propio mérito, esfuerzo e inteligencia superior. Al resto de la especie, que permanecía hundida en el pestilente fango de la historia, sólo quedaba, hasta donde le fuese posible, emular la hazaña. De tal manera que el mito del mundo mejor presente en todas las propuestas políticas desde los tiempos de Tomás Moro hasta entonces no era, en realidad, suprimido o eliminado de un plumazo, como a veces se ha dicho con tan mala intención. Lo que el neoliberalismo hacía, y aún hace, era sustituir la idea de que el mundo mejor *estaba por venir* por la de que ya *había llegado*. Sólo que era uno un poco más estrecho de lo que todos habían supuesto, en éste no cabían todos y no era *tan mejor* como lo habíamos deseado. Había que luchar por él, claro, pero no en el terreno de la historia, sino en el de la economía y la democracia burguesa, y hacerlo como manda la naturaleza, comiéndose los unos a los otros. Con esta estética caníbal, no ya de corte darwinista, sino más bien de usurero shakesperiano, esperaba el neoliberalismo pasar por científico; trocar la noción política y moral de

explotación y la injusticia en evidencia de sabiduría. Hay que reconocer que, desde un punto de vista filosófico, nunca se ha hecho tan grande esfuerzo y de tan mal gusto por tan poco: detener la historia y entusiasmar al género humano con el más miserable conformismo. Tan curioso bien jamás habría pasado por la mente del más acendrado fascista. Pero sucede que, de hecho, al neoliberalismo subyace un nihilismo superficial tan monótono y enorme que sólo es comparable a su obsesión mística y provinciana por el dios de la plusvalía y los negocios.

Como ya se ha dicho, ni el mismísimo Hegel habría osado dar identidad concreta, histórica, al fin de la historia. Su inteligencia le advertía que algo así sería destruir todo su sistema filosófico. Como se ve, y según confirma su propia retracción, a Fukuyama no le ha importado mucho destruir el suyo. La fuerza de toda teleología reside en la *dimensión de lo irrealizable*, del modo en que pone a correr a lo humano tras la zanahoria. El día del juicio final y el advenimiento del reino de Dios será el fin de Dios y su reino. Es de elemental lógica aristotélica (mucho más simple que la hegeliana) advertir que adjudicar naturaleza histórica a lo que trasciende la historia es tornarlo intrascendente, y síntoma de incorregible necesidad. Desde luego, nadie espera que una sutileza así pase por la mente de alguien al servicio de la política exterior de un imperio que se torna decadente. Tampoco lo esperemos de una generación de economistas que ha pretendido elevar un estilo de vida, el burgués, al rango de filosofía de la historia. Toda la historia transcurrida para el más mediocre de los propósitos: contar las monedas habidas.

En cuanto a su idea de una civilización única, es decir, el que la humanidad ha arribado a un proceso histórico de alcance planetario, es ésta tendencia histórica que se viene imponiendo desde los inicios de la revolución industrial. Pero el neoliberalismo había tardado doscientos años en darse cuenta de algo así. El problema aquí no es negar la existencia de una civilización mundial, sino cómo se la plantea históricamente y hasta qué punto, en realidad, se puede extraer de ello presupuestos no históricos que la tornan inmanente y la transforman de un problema historiográfico en uno metafísico. En efecto, cuando el ideólogo neoliberal comienza a plantear la idea de una civilización empujada por fuerzas que no se determinan históricamente, y son concebidas como esenciales y trascendentes –tal y como se presentan la libertad y el mercado– el tema ha sido elevado al plano de la mera especulación.

Por lo demás, no era ésta la primera vez que este tipo de propuesta *universalista* se presenta con el propósito de legitimar el orden mundial imperante⁽¹⁰⁾. En su momento, W.W. Rostov o Geoffrey Barraclough cumplieron a su manera con la tarea. Bien sea dando nombre académico a la pobreza:

⁽¹⁰⁾ No me remito aquí a toda una tradición que en Occidente se remonta a Voltaire y Hegel, y el enorme peso que ella ha tenido en la visión etnocéntrica de la historia humana y su diversidad cultural a lo largo de las más variadas épocas. Pero hay que decir que, en este sentido, el concepto de globalización no escapa a este tipo de perspectiva; por el contrario, pese al lenguaje ingenuamente universalista, los teóricos de la globalización lo acentúan y pretenden que luzca como científica. La idea de la democracia burguesa, el modelo que prevalece como tal en los grandes centros del capitalismo mundial, presentada como la *democracia por sí misma*, es un subproducto ideológico del etnocentrismo que tradicionalmente ha caracterizado a la llamada historia universal.

subdesarrollo. Bien definiendo la historia contemporánea como nueva era identificada con el ascenso de una nueva generación política al poder en los Estados Unidos encabezada por Kennedy. Pero, cualquiera sea el caso, todos los hombres seguían estando involucrados en la mismísima historia: buenos y malos, superiores e inferiores, ricos y pobres, comunistas y liberales. Divisiones las había, crudas e insalvables, y la historia seguía siendo, como desde los tiempos de Heródoto, el escenario de una lucha por el poder. Pero a nadie se le había ocurrido plantear como algo serio el despropósito de dividir la historia entre *lo que es* por sí misma y *lo que ha llegado a ser* por fuerza inmanente. Filosóficamente ello equivale, como queda dicho, a igualar lo histórico y lo trascendente, lo cual, desde Aristóteles hasta hoy, pasando por las obras cumbres de San Agustín, Santo Tomás o Voltaire, cualquiera sea la época y el autor por el que nos paseé la historia del pensamiento humano, sólo puede ser reconocido como síntoma de incorregible estolidez. A la postre idealismo de poca monta, sobre el neoliberalismo pende una suerte de efecto Platón, en virtud del cual la historia hace de caverna sombría que no permite conocer de la realidad sino las meras apariencias. El ideólogo neoliberal habla desde fuera de ella, iluminado por la luz de la esencia que él llama *fin de la historia*.

Claro que tal propuesta forma parte de la propaganda política. Yo diría que con ella se inicia lo que hoy se ha dado en llamar guerra de cuarta generación. Y su propósito no es otro que el de captar ideológica y culturalmente al hombre histórico para los presupuestos de un capitalismo y una

democracia burguesa que se suponen como única forma posible de la existencia histórica. La civilización ha llegado. A través del erróneo trajinar de lo histórico ha llegado. Pero lo hizo para consagrar un orden mundial y un estilo de vida. El individualismo burgués, la concepción del trabajo y la ganancia como único modo de valoración y justificación de la existencia pasan a ser el paradigma fundamental de una cultura sujeta a lo que desde entonces se llamó el *pensamiento único*. Claro, si la historia se terminó, para qué otro; con uno basta. El problema –o más bien, falso dilema, pero efectivo– es quién lo define y cómo. Esto no se debe tomar como forma de fascismo, ni mucho menos, sino mucho más. Es la trascendencia del fascismo a sí mismo en forma de democracia burguesa; más que fascismo en sí, es el modo en que todo lo ilumina desde su mediocre concepción de la libertad como destino manifiesto.

A tales efectos, los neoliberales se han apresurado a presentarse como una suerte de curia secular a cargo de la iglesia de la libertad. Una infalibilidad papal los asiste a la hora de posesionarse de la *verdad real* –no ideológica, se supone–, creen ellos. Cualquiera griego antiguo aficionado a la filosofía les podría preguntar: ¿y cómo puede dar con la verdad –el ser– aquel que, como vosotros, se ha desentendido de lo pasajero y cambiante –el devenir–? ¿Contra qué se puede contrastar *lo esencial* cuando se ha negado lo que *no es esencia*? Pero, en fin, el neoliberal, este nuevo filósofo posmoderno situado más allá del bien y del mal (aunque para nada en el sentido trágico que pretendió plantearlo Nietzsche) y en el más riguroso sentido republicano (de *La república* de Platón,

quiero decir) siente que es el llamado a gobernar el mundo. Y, por lo tanto, no se preocupará por ese tipo de sofisma, ocupado, como está, en cosas realmente importantes como el riesgo país, el índice bursátil y algún que otro dictadorzuelo que en Latinoamérica o en el Próximo Oriente esté dando uno de esos discursos populistas y anacrónicos con los que husmea como mendigo ideológico en el basurero del pasado histórico que la civilización ha dejado atrás. Los neoliberales detestan la historia, tanto como los platónicos la poesía. Fascista populista ha dado en llamar nuestro neoliberal al miserable sujeto que jura estar haciendo una revolución en un país, por lo mismo, muy lejos todavía de la civilización. Curiosa manera ésta de echar mano del mismo basurero infesto —aunque, para ello, debemos suponer, ha utilizado los esterilizados guantes del platonismo que lo anima.

A la tarea de impulsar el universalismo neoliberal se dedicaron políticos, intelectuales y hasta la misma Iglesia que, con Juan Pablo II a la cabeza, revierte los avances que había procurado desde los tiempos de Juan XXIII y retorna a las tradiciones más recalcitrantes del Opus Dei. Con ello, y haciendo causa común junto a Ronald Reagan y Margaret Thatcher, este papa puede ser considerado como el último de la guerra Fría y el primero de la globalización. Se entiende así que, por necia que filosóficamente pueda parecer la propuesta neoliberal del fin de la historia, haya tenido, sin embargo, un éxito inicial apreciable todavía hoy. Hasta intelectuales de reconocido y ganado renombre mundial han sudado todo su esfuerzo ético e intelectual empujando el carro de la cruzada neoliberal hacia un mundo mejor libre

de la historia. Y ello es cosa que se celebra, como bien lo ha hecho la cultura burguesa. Lo que uno no puede entender bien es por qué a intelectuales de no menor calibre como Gabriele D'Annunzio y Curzio Malaparte, que tuvieron una conducta similar respecto al fascismo, se les condena. Al menos, en el caso de estos últimos y la mayoría de los intelectuales italianos, como afirma José Carlos Mariátegui, pasa que "...a la inteligencia le gusta ser poseída por la fuerza..."⁽¹¹⁾. Si es así, conviene pensar cuál será la que ha poseído a la neoliberal, cuyos más conspicuos representantes, a diferencia de la mayoría de los intelectuales italianos que inicialmente acompañaron al fascismo, aún no se han desmarcado de su propuesta. Serán como Mussolini, unos sentimentales⁽¹²⁾. Nadie quisiera pensarlo así.

En fin, frente al contundente éxito inicial de una propuesta según la cual la historia ya no dejaba espacio ni tiempo para el utópico fracaso de quienes no advertían que el mundo mejor había llegado, sólo que retocado de cierta crueldad que sólo el espíritu científico es capaz de resistir sin amilanarse,

⁽¹¹⁾ "El fascismo conquistó, al mismo tiempo que el gobierno y la Ciudad Eterna, a la mayoría de los intelectuales italianos (...) La inteligencia gusta dejarse poseer por la fuerza. Sobre todo cuando la fuerza es, como en el caso del fascismo, joven, osada, marcial y aventurera." José Carlos Mariátegui, *Política revolucionaria. Contribución a la crítica socialista*. Tomo I: *La escena contemporánea*, 2010, p. 99.

⁽¹²⁾ "...Mussolini no ha sido nunca un cerebral, sino un sentimental. En la política, en la prensa no ha sido un teórico, ni un filósofo sino un retórico y un conductor. Su lenguaje no ha sido programático, principista, ni científico, sino pasional, sentimental. Los más flacos discursos de Mussolini son aquellos en los que ha intentado definir la filiación, la ideología del fascismo (...) Mussolini no ha dictado un programa, sino un plan de acción." José Carlos Mariátegui, *ibídem*, p. 11.

vemos a la izquierda con el rabo entre las piernas pasearse en silencio por las callejas de su propio cementerio ideológico. El impacto del fin de la historia fue tal y tan fulminante que quedó políticamente castrada, intelectualmente estéril y sin saber qué hacer con tanta literatura inútil acumulada desde los tiempos de *El capital*. No debe haber sido un trance fácil reconocer que el imperialismo no era tal, sino la peculiar manera en que la civilización, un poco al estilo del *plan oculto* de la naturaleza del que hablaba Kant, pero sin su calidad ética y moral de su barruntado resultado final, se forjaba a sí misma. Todas sus propuestas teóricas y programáticas de tiempos de la guerra Fría, acertadas o no, se fueron al fondo del insalvable abismo con que el neoliberalismo cerraba el siglo, y las puertas de la historia, de paso. Ya no había tierra prometida, ni mundo mejor al cual mirar, salvo que considerase tal eso de lo que hablaban los neoliberales. Nada quedaba a la izquierda luego de haber andado los caminos de la historia; ni siquiera el consuelo, como Aquiles, de volver a casa, pues cuando se sale en busca del mundo mejor, a diferencia de cuando se va a conquistar Troya, nadie piensa en volver. Lo que quedaba por hacer, si acaso, era una bucólica evocación de la experiencia revolucionaria confundida en las ruinas de su memoria y a las que apenas podía referirse con ironía y desdén. Pero no la ironía del *Cándido* de Voltaire, sino, mas bien, la del condenado en el Apocalipsis de su propio fracaso histórico. El espectro del comunismo, cual caballero de la triste figura, ahora desandaba lerdo los caminos del futuro en el que una vez lo pusieron a andar los clásicos del socialismo científico poco más de un siglo antes, cuando la sociedad burguesa era todavía un proyecto en marcha pero

amenazado por los cuatro costados de jacobinismo, nacionalismo y revolución social.

Por su parte, desde el otro lado del mundo, donde la historia se devolvía, la derecha, soberbia y triunfal, dio rienda suelta a su sentimiento de triunfo después de la guerra Fría. Liberada la civilización mundial de la amenaza del igualitarismo y la reivindicación social, la derecha comenzó el vasto proceso de desmantelamiento del estado de bienestar que se había impuesto desde la Segunda Guerra Mundial y que había caracterizado la historia del capitalismo hasta entonces. Debemos suponer que esto no es conservadurismo y reacción, sino la más oportuna corrección de los excesos de la historia, según lo demandaba la ciencia que le había puesto punto final. Como sea, lo cierto es que el fascismo, en su momento, hizo lo mismo. Pero no es el caso detenerse acá en odiosas comparaciones donde el capitalismo financiero terminaría muy cuestionado, como gustan hacer esos indignados europeos que desde hace casi tres años transitan de un lado para otro las calles de las principales ciudades de la comunidad europea. Otra forma de trascendencia del fascismo, ese que ya no siguen las multitudes sino funcionarios elegantemente vestidos que llegan en lujosas limosinas, indiferentes, como si nada pasara, a discutir los ajustes financieros que la salvarán de la crisis. El descontento social que hoy recorre Europa y Norteamérica es la continuidad de esta política iniciada en décadas anteriores y a la que tempranamente se sumaron socialdemócratas y eurocomunistas. De esta manera, la derecha no demoró en construirse una concepción del mundo para sí misma, y que ha pretendido imponer al resto

de la especie, caracterizada por el darwinismo social y la supremacía del más fuerte. Siempre el siglo XIX haciendo la seña al XX. Hay cosas que ni los modernos neoliberales, matando la historia, logran hacer desaparecer. En esto también funciona su infalibilidad: si el que hace la seña es Marx, se trata de retrogradación. Lo cual, se entiende, es herejía que nuestra ilustre derecha se apresura a calificar de fascista.

Tal éxito sólo fue posible en el marco de una contundente e incontenible propaganda de guerra y una visión ahistórica y estática sin precedentes del mundo como civilización. Es decir, de una historia simplista, desmemoriada, sintética. Contenedora de cosas tan feas como la revolución social, la historia debía ser exorcizada. El resultado fue eso que los neoliberales llaman mundo globalizado o mundo descubierta por segunda vez por estos *magallanes* de la civilización que nos traían la buena nueva del fin de la historia que su misma historia empobrecida propugnaba. Desde el punto de vista estrictamente neoliberal, el fin de la historia debe leerse como un suicidio, o una suerte de muerte por inanición, y nunca como lo que realmente es: la estafa ideológica del siglo.

El mensaje neoliberal para la burguesía era claro, y evoca el que ya le enviara François Guizot tras la instauración de Luis Felipe de Orleans: enriqueceos. Bastará una mirada a Europa, la de antes y la de ahora, para percatarse uno de cuán en serio iba, y va, esto. También se puede mirar al resto del mundo: la Argentina de Carlos Menem y subsiguientes, por ejemplo: toda una conmovedora experiencia de enriquecimiento, según lo entiende el neoliberalismo. Después de

todo, así es el mundo mejor de los neoliberales, uno que hará más ricos a todos, siempre y cuando logren mantenerse en pie para ello.

Ahora bien, la ideología de la globalización y la hegemonía del pensamiento único se elevó sobre el fracaso del socialismo real; no como una propuesta propia, sino como la ausencia de propuesta. Esta simpleza se reflejó en un concepto de democracia igualmente vacuo y simplista, mecánico y superficial que, incorporado al discurso del imperio y la derecha, significaba la destrucción del Estado, la hegemonía de las transnacionales y el modo en que la gran burguesía se olvidaba del resto del planeta.

Y en verdad que el resto del planeta hubo de arreglárselas por cuenta propia. De manera que, al mismo tiempo que sobrevenía el lánguido reflujó para la izquierda europea, para alguna otra izquierda más allá de Europa la caída del muro y el hundimiento del socialismo real significó una suerte de replanteamiento de la noción de revolución. Aca-so en ello juega un papel fundamental la América Latina de la década de 1990 y los diversos procesos de cambio que, iniciados con la Venezuela bolivariana, han desencadenado en la geopolítica latinoamericana más cambios en la última década que los habidos durante un siglo de hegemonía norteamericana. Al parecer, sin darse cuenta, mientras la derecha cerraba las puertas de la historia a la revolución en Europa, le dejaba abierta las de la democracia burguesa en otras regiones del planeta.

O no estaba muerta y andaba de parranda, como dice la canción popular, o en alguna parte el sistema ideado por el neoliberalismo falló. Acaso tenía razón aquel vocero de la doctrina, cuyo nombre no recuerdo en este momento, cuando decía que el sistema sólo funcionaría en el Chile de Augusto Pinochet. Lo cierto es que la historia sigue allí. Cualquiera puede verla, incluso aquellos que, por razones que no sería decoroso señalar aquí, miran hacia otro lado. Y, al parecer, lo está como siempre, inconforme, díscola, irredenta y desgreñada (como la mira Hegel para ilustrarnos el modo en que la razón se va haciendo a sí misma en el transcurrir fenoménico del tiempo) y, sobre todo, incapaz de aprender en los albores del siglo XXI todo cuanto nos enseñó el neoliberalismo a lo largo de la segunda mitad del XX. Se diría que los cadáveres que dejó regados de largo a largo el neoliberalismo en el campo de batalla ideológica de la guerra Fría gozan de buena salud en el de la globalización. Estado, nación, independencia, soberanía, anti-imperialismo, tradición y revolución; la historia, en suma, sigue su derrotero, en dirección contraria a donde señala el ideólogo del mundo mejor neoliberal. Nadie advirtió que, mientras el muro caía en Berlín, los que no pasarán jamás por aquella puerta a la poshistoria se levantaban en Caracas. A la postre, aquellos polvos trajeron estos barro. Una Latinoamérica, patio trasero en la guerra Fría, que ha resultado tan desobediente y protestona en la globalización. Los procesos políticos nacionalistas y populares, que reivindican la independencia, la soberanía, la identidad cultural, la lucha contra la pobreza, la multipolaridad y la unión de los

pueblos latinoamericanos han marcado la diferencia desde finales del siglo pasado.

En efecto, dichos procesos son una auténtica penetración ideológica, política, cultural y hasta jurídica de la institucionalidad de la democracia burguesa, a través de la cual, para empezar, han llegado sus líderes al poder. Con ello, han ocupado espacios de dimensiones hasta hace poco inconcebibles por la misma izquierda. Desde el punto de vista de las relaciones de poder y de la geopolítica internacional asistimos a una verdadera colonización por parte de la izquierda del territorio político que durante la guerra Fría fue latifundio de la derecha.

Ello sólo fue posible tras una apertura, igualmente inconcebible, del concepto de revolución y lo que bien podría llamarse una nueva *teoría revolucionaria*. Es un concepto flexible, orientado, más que por ideas paradigmáticas y precisas, a un espectro complejo e infinito de propuestas y matices; que busca la creación y valora la experimentación, más que las teorías y las realidades definidas como tales; que ve en la historia una fuente de identidad y de inspiración del cambio más que una tradición opuesta a él. Donde el socialismo real creía ver un proletariado fabril a la cabeza de la transformación social, esta revolución ve una masa amorfa, de gente sencilla, sujeta a una escala de explotación variable, excluidos, los llama en suma, y la dirección de la revolución, más que cuestión de clases, la concibe como una suma de voluntades a la que llama *poder popular*. Esta revolución no se desgasta mucho en definir teóricamente la lucha de clases,

pues sabe que ella está allí, que es historia, más o menos disimulada y oculta entre las formalidades institucionales de la democracia burguesa, y que con la revolución aflora. Dios y la nación son compatibles con la revolución, pero se entiende que la felicidad humana es cuestión de este mundo, que diferirla para el otro es mera trampa ideológica de la jerarquía eclesiástica. Desde el punto de vista geopolítico, esta revolución entiende que la soberanía y autonomía de los pueblos son, al mismo tiempo, la base de la complementariedad y solidaridad entre las naciones entre sí y en la lucha contra el imperialismo. Poco ingenua en esta materia, entiende que el imperialismo es tan cierto como peligroso, denigrante y anacrónico, y esta revolución cree en la coexistencia pacífica y la multipolaridad de la civilización.

Todavía están por verse los alcances históricos de largo plazo de estos procesos políticos que se muestran a sus nacionales y al mundo como revoluciones de nuevo cuño. Pero en esta ambigüedad que los caracteriza, que en buena parte señala hacia las debilidades de la revolución, radica, al mismo tiempo, su fuerza y flexibilidad de maniobra. Hasta ahora, si hubiera que reconstruir la teoría revolucionaria sobre la que se asientan estas revoluciones políticas pacíficas, al margen de la lucha armada y la destrucción violenta de la democracia burguesa, habría que hacerlo sobre la base de tres elementos fundamentales, al menos: el voto universal como táctica para llegar al poder, la Constituyente como plataforma jurídica y legal de un proceso de transformación política orientado hacia la igualdad y la justicia social, y la reivindicación de la memoria histórica como fuente de

identidad y valoración de la nación, la sociedad y el Estado. Es su disposición al reformismo y la coexistencia con la derecha en la democracia burguesa lo que hace a esta izquierda tan peligrosa, con verdadera voluntad de poder, y asigna a la revolución una personalidad particular; la delinean y ciñen a las condiciones particulares objetivas de cada país o región, la colocan al alcance de la gente y la hacen, por lo tanto, históricamente viable. La revolución es, como decía Mariátegui, creación heroica.

Por su parte la derecha, que se ha dado cuenta tardíamente de lo que pasa, ya comienza a descalificar casi con desespero aquello del voto universal, la Constituyente y la memoria histórica como el *modus operandi* de una pandilla de secuaces que, llegados a presidentes, intentan imponer sus oscuros proyectos personales, incitando a la vorágine que la chusmanecia e ignorante siempre está dispuesta a consumir, retrogradando a la sociedad al siglo XIX, truncando el progreso y degradando la civilización. Fascistas los llama. Aparece así un nuevo antifascismo que surge de lo más excelso y moderno de la democracia burguesa. Un ejemplo representativo y que resume lo esencial de la propaganda negra de que son objeto los procesos políticos de transformación que tienen lugar hoy en América Latina:

... Es una lástima que estos neopopulistas de corte fascista no se den cuenta de que las treinta naciones más prósperas de la tierra son, precisamente, estados de derecho fundamentados en la existencia de poderes separados y limitados

por la ley, en los que el sistema económico se rige por el respeto a la propiedad privada y el mercado...⁽¹³⁾.

Lo dice el español Fernando Díaz Villanueva, en un artículo titulado “América Latina está reinventando el fascismo”, y es un mero ejemplo de la abundante literatura similar que se puede encontrar al respecto. En este caso sí que se trata de la lucha contra un fantasma, aunque no para ganar protagonismo social e ideológico, como se ha sugerido antes respecto a la izquierda europea sin ideas, sino para socavar las bases políticas e ideológicas de los regímenes populares en América Latina. Lo primero es calificarlos de populistas e inferir de ello la correspondiente conducta demagógica, autoritaria y de manipulación del pueblo que permita vincular ideológicamente a sus líderes con los del fascismo. Claro que de este antifascismo a veces saltan flagrantes contradicciones que deslucen su brillo intelectual de corte objetivo y ultramoderno, como es el caso, por ejemplo, de que la revolución populista latinoamericana haya llevado a la implantación de un *Estado corporativo* y, al mismo tiempo, desencadenado el odio y la *lucha de clases*, dos de los males que sus voceros repiten hasta la saciedad. Pero tal tipo de contradicción no es cosa que importe mucho al discurso de la derecha, pues no se trata de una cuestión de crítica doctrinaria, sino de propaganda de guerra y de que la epidemia política se propague lo menos posible. Cabe preguntar: ¿por qué no acusar a sus

⁽¹³⁾ Fernando Díaz Villanueva, *América Latina está reinventando el fascismo*, disponible en <http://manual.prensa.com/mensual/contenido/2007/02/03/hoy/perspectiva/878913.html>

dirigentes directamente de comunistas? Aunque se ha hecho, porque el lenguaje resultaría de un estilo excesivamente ortodoxo y macartista del que sería ingenuo esperar un efecto demoledor y porque, de hecho, ello afianzaría la idea de revolución, que goza de un prestigio simbólico indiscutible, aun en los sectores reaccionarios, y que el discurso neoliberal no ha logrado destruir. Por otra parte, el término fascismo recoge toda la tradición oscurantista, maléfica, retrógrada y criminal que los mismos voceros de la democracia burguesa se han encargado de imputarle desde que los fascistas fueron derrotados en la Segunda Guerra Mundial.

El antifascismo, neoliberal y globalizador, no proviene, pues, de un concienzudo análisis que pudiera subscribir el llamado *pensamiento reaccionario* desde, digamos, Jacob Burckhardt, pasando por Joseph de Maistre, hasta José Ortega y Gasset, porque no es, en realidad, pensamiento de ningún tipo, sino propaganda de envilecimiento y desgaste con dos objetivos fundamentales: generar opinión adversa a los regímenes o proyectos populares en cualquier región de la civilización mundial en que aparezcan –anticomunismo moderno, podríamos llamarlo– y, al mismo tiempo, reforzar constantemente la idea de legitimidad *democrática* que la democracia burguesa y la derecha que la sostiene ya no tienen. El antifascismo de la derecha neoliberal es, en realidad, vulgar anticomunismo macartista de la guerra Fría reconstruido y actualizado a la luz de las condiciones políticas que una nueva estrategia revolucionara impone en los tiempos de la globalización.

De modo que tal antifascismo no es una reedición del de los años treinta, ni uno que provenga de la izquierda sin ideas de hoy en Europa. Surge de la propia derecha, es el analista neoliberal el que ha apelado a él con una constancia sorprendente desde los inicios mismos de los procesos de transformación en lo que el imperio estadounidense aún llama su patio trasero. Este antifascismo anticomunista que hoy impone la democracia burguesa desde el Olimpo ideológico del fin de la historia abona, igualmente, en la vaguedad, ambigüedad e imprecisión del término fascista a que me he referido al inicio de este ensayo. Es un antifascismo que no aplica sólo a América Latina. También lo encontraremos apuntando sus baterías contra el Islam y el Próximo Oriente, donde, desde los tiempos de la caída del Chad, revolución y petróleo han pasado a integrar una de las más explosivas fórmulas para la geopolítica mundial.

El “islamo-fascismo” es una excusa creada por el imperialismo fundamentalista cristiano para reforzar el mensaje reaccionario y racista que legitime otra guerra de saqueo contra los pueblos musulmanes que tienen reservas energéticas vitales. Sin negar una relación con la tesis del “choque de civilizaciones”, ya caduca en parte por su total inconsistencia teórica e histórica, la del “islamo-fascismo” busca mantener la apariencia “democrática” del imperialismo a la vez que ataca con mucha más dureza al Islam que la tesis del “choque de civilizaciones”. No es casualidad que los creadores y propagadores de esta tesis sean los centros más reaccionarios, neofascistas y fascistas, en el sentido científico de la palabra,

del imperialismo, interesados en mantener, además de su poder geoestratégico y energético, también la “legitimidad democrática” suficiente para justificar sus próximas atrocidades genocidas⁽¹⁴⁾.

Como se puede ver no es cuestión de doctrina, sino de estrategia y propaganda. Tampoco este antifascismo de derecha es algo tan original y exclusivo del neoliberalismo de la globalización. En realidad, este antifascismo se suma a una tradición democrático burguesa que aparece tras la derrota misma del fascismo y el nazismo en Europa en la Segunda Guerra Mundial. Tiene su partida de nacimiento en la mismísima carta fundacional de las Naciones Unidas donde, hasta hace poco, si es que la mastodóntica burocracia ya ha realizado el cambio previsto, Alemania y Japón aparecían como “Estados enemigos”⁽¹⁵⁾. Lo nuevo es aplicarlo a los regímenes populares en América Latina. Otro conejo sacado del sombrero del antifascismo. Esta vez el mago es neoliberal.

⁽¹⁴⁾ Iñaki Gil de San Vicente, *Tesis sobre fascismo, neofascismo y poder capitalista. Rebelión*, disponible en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=59963>

⁽¹⁵⁾ Según se aclara en su artículo 53, se entiende que la carta califica de “Estados enemigos” a todo Estado que durante dicho conflicto “...haya sido enemigo de cualquiera de los Estados signatarios de esta carta”.

EL MITO DEL FASCISMO EN LA DEMOCRACIA BURGUESA Y LA FASCISTIZACIÓN DE LA DEMOCRACIA

Entramos aquí al problema de fondo, lo que representa el fascismo hoy por hoy, en el contexto político e ideológico de la globalización neoliberal. En un contexto así el tema de fondo no es otro que la democracia burguesa, en su dimensión nacional e internacional; es decir, el contexto político, geopolítico, institucional, ideológico, cultural, jurídico y económico –histórico, en suma– en el que tiene lugar ese nuevo tipo de revolución *desde adentro* del orden burgués, que no se propone derribarlo para tomar el poder, sino que, por el contrario y a contracorriente de la tradición revolucionaria del siglo XX, ha tomado el poder para destruir el orden burgués. Hay aquí un cambio estratégico determinante que ha convertido la toma del poder en un mero problema táctico, sujeto a la institucionalidad burguesa y las peculiaridades de su sistema electoral. Éste es el primer problema de la revolución: llegar al poder sobre la base de una movilización popular que deja mucho que desear en términos de conciencia histórica. Y si a ello se suman aspectos propios de la globalización como, por ejemplo, las comunicaciones y el poder mediático de la derecha, el problema literalmente eriza los pelos. Pero, dada la experiencia histórica, no pareciera haber otro camino para la revolución hoy, acaso el más difícil imaginable, incierto, confuso y ambiguo. Hoy, igual que ayer –acaso mucho más hoy que ayer, diría yo– no hay revolución sin teoría revolucionaria. Prevalece la vieja máxima leninista. Y la de esta forma de revolución, si en realidad es tal, está por

escribirse. Y tal teoría tiene que empezar por el problema de fondo: la democracia burguesa que, visto desde el ángulo de la revolución es, al mismo tiempo que una cuestión de orden institucional, una cuestión de orden estratégico. No es éste el lugar para desarrollar una teoría revolucionaria, ni yo quien tenga la capacidad real para algo así. Pero hay cosas que a la revolución no conviene olvidar, ni a este ensayo que intenta comprender el tema del fascismo.

La democracia burguesa es un orden político e institucional salvaguarda de un determinado orden económico e internacional dominado por los grandes centros del capitalismo mundial de alto desarrollo. Es una democracia tributaria de dos dictaduras fundamentales: la del capital sobre el trabajo, y la del imperialismo sobre los pueblos y naciones oprimidos. Si esto suena un poco a ortodoxia de la guerra Fría, no es culpa del que esto escribe. En realidad, el orden capitalista burgués es el hilo conductor que atraviesa todas los períodos que podamos reconstruir a lo largo de doscientos años de historia contemporánea. Desde la máquina de vapor hasta la tecnología celular y la robótica; desde la revolución francesa, pasando por el fascismo y la revolución bolchevique, hasta la caída del muro de Berlín y la revolución bolivariana, el orden capitalista burgués ha sido el mismo. Ha cambiado, desde luego, pero en el mismo sentido que cambia la persona de niño a adulto, para seguir siendo la persona.

Esto es algo que la ideología neoliberal no ha podido cambiar porque, por supuesto, para nada lo ha pretendido. Pero

que sí ha intentado disimular a través del concepto de globalización al que antes nos hemos referido. Precisamente, en ello consiste el proceso de enajenación que conlleva el concepto de globalización. Ideológicamente, el neoliberalismo ha operado a partir de la fragmentación y descomposición del todo histórico, para entregárnoslo por pedazos, en datos aislados, sin contexto ni interrelación. Nada más contrario al concepto de totalidad en Antonio Gramsci o Karel Kosic. Y lo digo así por sólo poner un par de ejemplos, pues habría que incluir aquí toda una tradición epistemológica que se remonta a Tucídides y Polibio. La epistemología también puede ser, incluso sin quererlo, revolucionaria. El neoliberalismo lo sabe. Toda una pléyade de maestros, de Auguste Comte a Imre Lakatos, se lo ha enseñado, ha sido sumamente escrupuloso en esto de no mostrar el todo sino a pedazos. Opera, pues, en sentido diametralmente inverso al concepto de totalidad histórica concreta, en el que se basa no sólo, por ejemplo, el marxismo. Su idea del fin de la historia nada tiene de ingenua. Es una ruptura con el pasado como el camino más seguro hacia una enajenación del presente. Enajenación que no consiste sólo en un proceso de *desmemorización* del hombre actual, y toda la pérdida de identidad cultural que tanto favorece a la globocolonización, sino, además, de alcanzar el máximo nivel de incompreensión total de la realidad presente. Si es cierto lo que afirmaba Max Weber, y muchos otros grandes historiadores, de que hay que conocer el pasado para conocer el presente, el neoliberalismo ha roto con toda posibilidad de diálogo entre los tiempos históricos. Y, sobre todo, ha entendido que allí está

la clave de la hegemonía del orden burgués capitalista en la época actual. La historia es su talón de Aquiles.

¿Qué es lo que el ideólogo neoliberal, tan obstinadamente ahistórico y que tanto empeño pone en crear un mundo autista, hecho de individuos que aseguran ser libres porque tienen en su mano el control remoto del televisor, pretende disimular? Que en su perfeccionamiento como orden político e institucional la democracia burguesa, sofisticada representación del fascismo del que todos los días ha de demarcarse en el discurso formal, ha ido mucho más allá de lo que el fascismo histórico jamás soñó llegar. Si el fascismo fue, como todo el mundo ha tenido que reconocerlo desde León Trotski, la representación política brutal de la irrupción del capital financiero en la historia europea, la democracia burguesa de hoy es la representación política sofisticada del mismo fenómeno a escala mundial. En tal sentido, la democracia burguesa ha llegado a definirse históricamente a sí misma con base en dos dimensiones inequívocas. Una:

...la real y efectiva, la minoritaria, la que nunca podrá ser controlada por las masas trabajadoras y pueblos oprimidos, la democracia práctica y ágil que la burguesía necesita y que se desarrolla en el complejo entramado de organismos burgueses privados y selectos, consejos de dirección de grandes monopolios transnacionales asociados y de grandes bancos, altas burocracias estatales y de instituciones internacionales, cúpulas de partidos conservadores estrechamente vinculadas a asociaciones burguesas, etc. Ésta es la democracia realmente existente porque gracias a

ella el mundo es dirigido por una infinitesimal parte de la población del planeta⁽¹⁶⁾.

Otra:

...la que apenas tiene poderes prácticos para decidir e imponer las grandes soluciones radicales que exige el momento, es la democracia “formal”, la que padecemos, mucho más recortada y restringida que la democracia burguesa “clásica”, pero con un tremendo poder de alienación e integración de las clases y pueblos en la lógica del sistema capitalista. Es una democracia “formal” porque sólo conserva su forma externa, su continente y su envoltorio, habiendo perdido casi la totalidad de su esencia y contenido anterior⁽¹⁷⁾.

Es de esto de lo que el ideólogo liberal no quiere que se hable, de la trampa en que ha hecho caer a la dictadura el orden capitalista mundial al asociarla con el discurso de la democracia, cosa a lo que tanto contribuyó el hoy arrepentido Fukuyama. Por eso vemos a los más recalcitrantes voceros de la derecha presentarse como paladines de la democracia, en un estilo tan burdo y ramplón como el que impuso el Departamento de Estado en la época de Condoleezza Rice. Les queda espantoso. Les luce ridículo. Se les chorrea una bilis criminal que nunca alcanzan a disimular del todo. En

⁽¹⁶⁾ Iñaki Gil de San Vicente, *Tesis sobre fascismo, neofascismo y poder capitalista. Rebelión*, disponible en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=59963>

⁽¹⁷⁾ *Ídem*.

realidad, sucede que no hay forma de salirse del enredo. Para los grandes centros del capitalismo mundial la democracia se ha convertido en la goma de mascar pegada a las suelas de los zapatos de la dictadura económica y financiera del orden capitalista burgués⁽¹⁸⁾. ¿Que este orden ha evolucionado? Sí. Y mucho. Tanto que la democracia burguesa ha llegado a una etapa en la que requiere de enemigos dictatoriales que la ayuden a disimular su naturaleza dictatorial misma. Por eso, sobre la base de la ruptura ideológica con su propia historia, tal cual la ha configurado el neoliberalismo, apela hoy a un enemigo que, aunque extraído de la historia, ya no es histórico, sino mítico.

... El sensacionalismo de la prensa burguesa ayuda a falsear u ocultar estas realidades al centrar la atención de la gente atónica en el tópico de los grupos fascistas con toda su parafernalia de gestos, poses, vestimentas, rituales y violencias machistas y racistas. Todo esto es cierto y debe ser

(18) Ilustrativo informe al respecto ha presentado J. P. Morgan a nombre de la gran banca internacional, titulado *El ajuste en la zona euro, una tarea a medio hacer*, presentado a mediados de este año. Al respecto, dice Stefan Seinerberg: “Los Sistemas Políticos de los países de la periferia tienen unas características comunes: unos dirigentes débiles; unos Estados centrales débiles en relación con las distintas regiones; protección constitucional de los derechos de los trabajadores; sistemas que buscan el consenso y se anima el clientelismo político; el derecho a la protesta, permitido por el *status quo* político. Las lagunas de esta herencia política han quedado al descubierto por la crisis”. Cualesquiera que sean las inexactitudes históricas contenidas en este análisis, no cabe sombra de duda de que los autores del Informe de J. P. Morgan defienden que los gobiernos instauren regímenes dictatoriales, con el fin de llevar a cabo la contrarrevolución social, que ya lleva un buen camino recorrido en toda Europa. Véase <http://www.wsws.org/fr/articles/2013/jui2013/morg-j19.shtml>

conocido, requisito imprescindible para ser combatido en la calles mediante la movilización social ofensiva. Pero la trampa radica en que si sólo se ve esta parte del problema, la punta del iceberg, se ignora la estructura del fascismo y del neofascismo imbricada con más fuerza de lo que sospechamos dentro del cerebro del capitalismo, dentro de esas organizaciones privadas, clubes fundaciones burguesas, dentro del Estado, etc....⁽¹⁹⁾

Va quedando claro que el fascismo hoy es más un mito que una realidad. Pese a la existencia de grupos o individuos que se proclaman tales y cuya actuación criminal y violenta ha dejado, como era de esperar, un lúgubre testimonio que nos recuerda a los camisas negras y no se debe, ni por política ni por ética, menospreciar, tales individuos o grupos no representan una alternativa política real. El miedo de la democracia burguesa no lo inspira este fascismo que, sin espacio histórico concreto y real, no puede ser más que una emulación del original, es decir, un pseudofascismo, más o menos ridículo por extemporáneo y fuera de lugar. El verdadero miedo de la democracia burguesa es de vieja data, lo sigue inspirando la historia y la utopía que la derecha neoliberal no ha alcanzado a conjurar. El problema no es, pues, el fascismo en sí mismo, sino que el mito fascista sea síntoma de una democracia burguesa descompuesta en manos de una derecha extremista y más autoritaria y temeraria que cualquier fascista y, al mismo tiempo, señuelo para

⁽¹⁹⁾ *Ídem.*

distraer la atención del sitio donde está el verdadero mal: la democracia burguesa misma y el orden capitalista mundial que ella legitima política e internacionalmente.

Tal y como yo lo veo, el mito del fascismo, o antifascismo contemporáneo, bien en su versión izquierdista o derechista, anula el análisis político e ideológico serio del mundo y la sociedad actual. Y, por lo tanto, conlleva un efecto paralizante que, si no se le advierte a tiempo, puede ser muy contraproducente para una revolución que, para ser tal, se ha decidido a coexistir en la misma casa institucional con el enemigo. El fascismo es un enemigo simbólico. La democracia burguesa, el enemigo histórico. Si la revolución los confunde está cayendo en la trampa que la democracia burguesa le ha tendido, con la curiosa, acaso inconsciente colaboración, entre la derecha y la izquierda a la hora de construir el mito del fascismo. Es el peligro que se corre por dormir con el enemigo.

El fascismo fue una terrible experiencia histórica que padecieron las sociedades europeas en la primera mitad del siglo pasado. Sin embargo, a diferencia del neoliberalismo, al menos tenía una propuesta revolucionaria, por ambigua y dudosa que ésta pudiera resultar a la postre y que, en su momento, gruesas multitudes siguieron con sincero entusiasmo, excelsos intelectuales incluidos. Sólo un antifascismo mojigato y pueril puede pretender pasar por alto esta realidad histórica, social y cultural para presentarnos ese fascismo que como espíritu demoníaco emerge del oscuro subconsciente de sus perversos

dirigentes. Con ello la izquierda, la de antes y la de ahora, la histórica, disimula su propio fracaso histórico. Y la derecha se rejuvenece, mantiene fresco el maquillaje tras el que esconde el rostro raído y mustio de la cadavérica democracia que todos estamos llamados a defender. El neoliberalismo, la negación de toda propuesta revolucionaria, seco y estéril ideológicamente se aferra a la fuerza bruta y la propaganda para sostener su verdad sacada de los manuales contables tanto como en su momento hubo de hacer el fascismo para sostener la suya sacada de D'Annunzio o Joseph de Gobi-neau. Para ello se vale no sólo del crimen y la guerra, sino, además, de ese relamido antifascismo de tecnócrata de saco y corbata que descalifica personeros políticos que no le son afines, de la misma manera como el fascismo de uniforme y patria se valió de unidades paramilitares para deshacerse de los suyos. Una vez más, la democracia burguesa es la dialéctica que nos muestra cómo el fascismo trasciende sus propios límites históricos para llegar hasta nosotros en forma de esa muy dudosa ética que subyace al antifascismo neoliberal.

Es el antifascismo contemporáneo el que, observando al fascismo desde su propia realidad política, lo ha vaciado de sus contenidos ideológicos e históricos e insertado como mito en la dimensión de su propia simbología del fin de la historia y el pensamiento único. De modo que lo que este antifascismo nos muestra no es, en realidad, el fascismo mismo, sino una particular forma de demonización por parte de la democracia burguesa con la que ésta se representa a sí misma como la democracia en esencia, la que lo ha combatido y superado

como mal cuando, en realidad, ella es la forma en que el fascismo histórico se ha trascendido a sí mismo e integrado a su orden institucional, político y cultural. Así planteado, el mito antifascista refuerza el mito de la democracia en el transcurrir histórico de una democracia burguesa que ha dejado de ser democrática. Justificación y legitimación del *status quo*, el mayor beneficiario de este antifascismo es el régimen capitalista burgués, exactamente el que la revolución está llamada a destruir históricamente. Si el fascismo histórico fue el que a la postre salvó al orden burgués de la revolución que lo amenazaba en tiempos de la Primera Guerra Mundial, que no sea el antifascismo el que venga a hacerlo en la era neoliberal.

Visto desde el ángulo la revolución hoy, es de advertir que el mito antifascista es superficial sublimación del fascismo histórico que resulta de la ausencia de una teoría revolucionaria y, por ende, de la falta de claridad ideológica que tanto contribuye cotidianamente a realimentar tal ausencia y confusión. La única validez del antifascismo hoy radicaría en la posibilidad de mostrarnos el modo en que la democracia burguesa se ha ido poco a poco *fascistizando*, es decir, asimilando usos, valores y tendencias propias del fascismo histórico y que tornan a éste históricamente innecesario; pues, como luce cada vez más evidente, sucede que en el contexto del capitalismo financiero de principios del siglo XXI, la democracia burguesa está mucho más capacitada para realizar las tareas dictatoriales y autoritarias que una vez tuvo a su cargo el fascismo en el contexto del capitalismo financiero de

principios del siglo pasado. Para ello, un neoliberalismo más *salvacionista* que el fascismo ha sacado a la siempre endeble democracia burguesa de las húmedas cavernas de la historia, la ha iluminado con su luz. Le ha construido para ella sola un acogedor mundo mejor, celosamente resguardado por un sofisticado armamento que la vigila y protege de malucos terroristas, incluidos los nacionalistas de izquierda, siempre prestos a saciar el cruel fascismo que los anima. También ha elevado para su excelencia intelectual la academia del pensamiento único, donde esta democracia va a aprender todo lo que tiene que saber sobre sí misma, según manuales ante cuya pobreza de ideas y lenguaje el fascismo histórico se ruborizaría. Por si fuese poco, cuenta con un poderoso aparato mediático basado en las máximas de la propaganda fascista y organizado en monopolios que bien poco tienen que envidiar al desprestigiado corporativismo. Por último, esta democracia burguesa no tiene que ser ni siquiera imperialista, como el viejo tosco fascismo histórico, porque ella es el imperio mismo elevado al rango de gobierno mundial, fascista sobre todo en su antifascismo.

Pero para entender esto se requiere de una teoría revolucionaria y la correspondiente claridad ideológica. Sólo así aprenderemos que fascismo y democracia burguesa no son, en realidad, términos excluyentes, pese a lo que nos ha hecho creer el discurso hegemónico de la guerra Fría y del neoliberalismo más reciente. Mientras la izquierda se entretiene señalando a fascistas que en realidad no lo son, y la derecha los encuentra en las revoluciones antineoliberales con las

que ha comenzado el presente siglo, la democracia burguesa estará a buen resguardo y fuera del alcance de la conciencia revolucionaria. Sólo la izquierda –llamémosla emergente– puede salirle al paso al fascismo, pero no al mítico, sino al real e implícito en la democracia burguesa.

FASCISMO Y DEMOCRACIA BURGUESA: UNA VISIÓN EN PERSPECTIVA HISTÓRICA

Desde tiempos de la revolución francesa, incluso desde unos ciento cincuenta años antes, la sociedad capitalista burguesa ha debido desarrollar instrumentos y métodos para salvarse del mal congénito que la aqueja: el socialismo, dicho esto en los términos más amplios. Su tradicional enemigo histórico, la clásica aristocracia, no ha sido todavía aniquilado del todo, pero se va quedando atrás. Arruinada económicamente, la aristocracia se hunde en la ciénaga del pasado, atada por el cuello a la roca de sus propios prejuicios. En realidad, el verdadero enemigo de la sociedad burguesa lo lleva ésta en su propio seno. Ella misma lo engendró. Los que acabaron con el *antiguo régimen* y en su momento pondrán a rodar la cabeza de Luis XVI, cuando se sientan en la misma sala lo hacen los unos a la *izquierda*, los otros a la *derecha*. Curiosamente, el mismo *corso* cuya grandeza militar se debe en gran parte a la revolución, será el que volverá la historia a los *cauces normales*, girondinos, de la sociedad burguesa y que fueron rebasados por los más radicales. Pero el jacobinismo siguió siempre allí; incubándose.

La idea de arrancar el mal de raíz estuvo clara desde un primer momento. El pragmatismo burgués sabe muy bien que el camino hacia el *mundo mejor* es siempre incierto y que, como el del infierno, ha de estar empedrado de buenas intenciones. Así, tempranamente, el neurótico de Oliver Cromwell (según lo pinta Carlyle) se decidió a fusilar a los *levellers* ingleses. Joseph Fouché y la policía francesa dieron

cuenta de los igualitaristas liderados por François Babeuf. La tara de nacimiento de la sociedad capitalista burguesa se hizo evidente desde los inicios de su existencia histórica. El socialismo irrumpió en medio de sus primeras convulsiones. Y así será a todo lo largo de los siglos XIX y XX.

La revolución había destapado la caja de Pandora de lo que en el antiguo régimen se conoció como el *Tercer Estado*. Luego del motín de la Bastilla cualquier cosa era posible. La misma revolución fue la que enseñó a la burguesía que su historia como clase sería la historia de su propia salvación en medio de aquel desastre llamado revolución y otros muchos por venir. En este sentido, la llamada década revolucionaria, que se inicia con los Estados generales y termina con el golpe de Brumario, fue para la burguesía en el poder toda una cátedra de cara al futuro. Era preciso cuidarse de ese espíritu volteriano y materialista, que así como abría la puerta de la modernidad a la ciencia y los negocios, podía dejarla abierta a los pobres y a la chusma.

Tras la caída de Napoleón, la misma Iglesia se apresuró a hacer su aporte al retorno de la sensatez, prohibiendo el alumbrado público en las calles de Roma por ser, según aseguraba, un mal de la ilustración. Medida un tanto vana e ingenua y que simbolizaba más una lánguida mirada de añoranza lanzada al pasado aristocrático que una proyección al futuro práctico y real de los negocios. Pero, provisionalmente, funcionó, al menos en lo formal. Así, a partir de la oscurecida *ciudad eterna* resurgía de los barroes históricos de la revolución

una Europa restaurada que, en realidad, bien poco pudo hacer por retornar al orden dinástico. Luis XVIII es un mediocre Borbón que reina sujeto a una Constitución venida de una experiencia republicana y que tras las botas del ejército napoleónico transformó en buena parte a toda Europa. Y cuando se negó a ello fue derrocado. Con Luis Felipe tocó de nuevo la hora para la burguesía, agazapada tras los entretelones dinásticos de la restauración. Se dice que el ministro de finanzas, Guizot, pulcro historiador, se granjeaba sus favores con la más sencilla, directa, escueta y cordial invitación que la burguesía haya recibido jamás: enriqueceos. Nada de sutilezas. Así era Guizot. Con lo que quedaba claro que, desde una perspectiva realista como ésta, ya no era cuestión de llamarse a engaño soñando con una insepulta grandeza de abolengo. La burguesía, esa que con tanta perspicacia alcanzó a describir Honorato de Balzac, había logrado imponer su dialéctica en la historia de una revolución que, por fin, era burguesa por los cuatro costados.

Pero, pese a la personalidad histórica que Napoleón y Guizot dieron a aquella revolución como la partera de la sociedad burguesa, esta sociedad seguía siendo un cuerpo histórico enfermo de descontento y rebelión. Como diría De Maistre, tocaba a ella misma administrar su propia metamorfosis hacia el mundo moderno lleno de peligros y amenazas al orden. Las calenturas del jacobinismo nunca cesaron. Y las fiebres de la ideología socialista, la utópica y la científica por igual, a la postre no sólo trajeron las úlceras de 1830 y 1848, sino también la de 1870; la primera Comuna que, gracias al

cielo, no rebasó los muros de París. Pero, con todo, a la larga la epidemia rebasará los de la Europa decimonónica. Y para el amanecer del nuevo siglo, el asalto al Potemkin pone a temblar al petrificado imperio zarista que, una década más tarde, veremos hundirse en la guerra y bajo las banderas bolcheviques de la primera revolución socialista surgida del conflicto bélico.

Para entonces, en el contexto de una guerra imperialista y de la más grave crisis económica hasta entonces padecida por la sociedad burguesa, el fascismo se asigna a sí mismo la ya secular tarea de salvarla, y ante la que monárquicos, liberales y socialdemócratas se muestran igualmente incapaces. Y aunque el fascismo tampoco logró el cometido de modo definitivo, aunque se empeñara como nadie lo había hecho en ello, fue mucho lo que hizo y logró en tal sentido. Por lo que también es mucho lo que la democracia burguesa le debe al fascismo, sobre todo mucho de cuanto, una vez más, ahora con Mussolini y Hitler, como una vez con Napoleón, aprendió de cara al futuro. Trotski lo dijo muchas veces: todo fascismo se convierte en bonapartismo. El fascismo fue el camino más corto para volver al mismo sitio. Napoleón y Hitler, guardando la distancia que siglo de por medio impone, han sido los grandes cancerberos de la sociedad burguesa, los ángeles enviados por el dios del capitalismo a salvar el reino de la sociedad burguesa de la voraz chusma que aquella ya vieja revolución una vez reivindicó como *el pueblo*. Si el acto divino de la creación lo hizo con su criatura ¿por qué extrañarnos de que una revolución burguesa lo haga con la suya?

Claro que no por tratarse de un fenómeno propio de la historia europea puede uno permitirse el lujo de minimizar su repercusión en el ámbito de la historia política y de la evolución ideológica de las instituciones, tanto en Europa como en el resto del mundo. Ello sería un error, y muy en particular en lo que atañe al desarrollo de la democracia burguesa. Ésta es, precisamente, la dimensión en la que creo debe ser planteado el tema.

Ningún caso tiene caracterizar el fascismo original y ver en qué medida la eventual conducta política de un determinado grupo, partido, individuo o institución en la democracia burguesa de hoy se corresponde con el fascismo de ayer. Es ésta una visión ingenua, que aísla a los *malos* de la democracia y, al hacerlo, le hace el juego a una democracia que, como la burguesa, es la heredera histórica del fascismo; que luego de haberse ido a la cama con él, quedó preñada de él; que señala hacia el monstruo con una mano y con la otra lo mima; que lo llama mal del que viene a salvarnos y, en realidad, lo reivindica en lo más oscuro de su subconsciente político. La democracia burguesa siente por el fascismo lo que el amo por el esclavo: lo desprecia, a sabiendas, sin embargo, de que nunca ha dejado de servirse de él. El fascismo no es un modelo puro, sino un hecho; y la democracia burguesa tampoco, aunque pretenda serlo. Imputar el fascismo a la *mala conducta* de este o aquel sujeto furibundo lanzando piedras e improperios a la revolución es, por parte de ésta, hacer un favor a la derecha y hacerse de la vista gorda respecto al verdadero problema que la debe ocupar como proceso histórico: la democracia burguesa, el ritmo de su

destrucción. Lo que interesa a la revolución no es el fascismo como fenómeno histórico europeo por sí mismo y las extrapolaciones, casi siempre muy forzadas y fuera de contexto, hacia realidades y momentos históricos que les son ajenos. Sino su coexistencia histórica con la sociedad burguesa, el compartir el mismo espacio político e institucional con la derecha a la que alegremente tilda de fascista y de la que a su vez recibe el mismo calificativo.

En este sentido, lo que puede interesar a la revolución de este fenómeno del fascismo es su dimensión como tendencia en la evolución histórica de la misma democracia burguesa de hoy en la que participa. En virtud de ello, entender que el fascismo no desapareció con la democracia burguesa, como lo han hecho creer los más connotados voceros y defensores de ésta, sino que fue absorbido por ella, subsumido en su dialéctica histórica, incorporado poco a poco a sus mecanismos, estructuras e instituciones políticas y económicas. La democracia burguesa de hoy ha crecido históricamente alimentándose de la savia proteica del fascismo de ayer. No esperemos que nos lo diga y reconozca; mucho menos que nos muestre las recetas de su régimen alimenticio. Hay que ir por ello. Pecamos de ingenuos cada vez que esperamos que a la derecha de hoy se le caiga la máscara para mostrarnos el fascismo de ayer. Sólo puede mostrarnos el de hoy, el que no podemos, no queremos o no sabemos cómo ver por estar inmersos en la misma democracia burguesa, en la que participan por igual la derecha y la revolución, aunque con propósitos, se supone, muy distintos. En realidad, la derecha es exactamente la misma cuando participa en elecciones que

cuando planifica golpes de Estado. No tiene máscaras. Es la revolución la que se empeña en ceñirle una, que no la torna más horrible de lo que por propia dialéctica ha llegado a ser. Aún así, se le puede calificar de fascista, o más bien de fascistoide, lo que sería más correcto, por las a veces sorprendentes analogías de su comportamiento con las huestes que seguían a Mussolini o Hitler. Pero que ello no mueva a engaño ni a confusión. Se pierde el tiempo distinguiendo entre una derecha *moderada* y una *extrema o fascista*. La revolución tiene que ver la democracia burguesa más como un problema estratégico que institucional. Sería muy tonto de su parte sentarse a esperar la llegada del fascismo de ayer, cuando la derecha de hoy ya llegó. Más tonto aún si de lo que se trata es de ir contando con el dedo fascista por fascista.

El fascismo no es sólo lo que aconteció en aquella Europa diezmada por la guerra sino, sobre todo, lo que sigue aconteciendo hoy en toda una civilización que ha impuesto la democracia como único régimen legítimo, sin que advirtamos que tan noble causa no es sino la forma de legitimar la democracia burguesa. Aquel fascismo primero y europeo no es sino la barbarie inicial de una democracia burguesa por entonces aún incipiente y local, y que, un siglo más tarde, ha madurado histórica y políticamente hasta convertirse en fase superior de su desarrollo, y que tiene hoy alcance mundial.

El fascismo es un proceso histórico europeo particular, circunscrito a las peculiaridades del período enmarcado entre las dos grandes guerras imperialistas –1914-1945– y que no se puede extrapolar de manera mecánica y directa a otras

latitudes y momentos históricos sin incurrir en una apreciación falsa, desvirtuada o confusa de la realidad. Su papel histórico fundamental fue salvar a la sociedad capitalista burguesa del avance revolucionario socialista. Esto es lo que tuvo lugar en aquella Europa arrastrada por la guerra y la crisis económica a la vorágine del fascismo y el nacionalsocialismo. Por eso Trotski define el fascismo como el modo en que el capitalismo financiero restablece el orden social burgués y nos recuerda que, a la postre, todo fascismo se convierte en *bonapartismo*, destacando con ello la naturaleza circunstancial del fenómeno⁽²⁰⁾. El fascismo es, entonces, una fase de transición en la historia del capitalismo y la sociedad burguesa.

En cierto modo, la confusión entre derecha y fascismo proviene de la tendencia a pensar que éste es algo distinto a la democracia burguesa, incluso ajeno a ella. Tendencia ésta que, a su vez, ha venido imponiendo paulatinamente la democracia burguesa posterior al fascismo como uno de los modos de legitimarse históricamente a sí misma. Todo en la democracia burguesa apunta a esta ideología, en virtud de lo cual se la concibe como *la democracia por sí misma*, y no como una forma histórica particular de ella. La democracia burguesa erigida como modelo único de democracia, al margen de la sociedad capitalista de la que emerge y de los conflictos sociales y políticos a ella inherentes. Éste es el juego que a esa democracia interesa: sacar su percepción de tal de las profundidades de la *lucha de clases* para llevarla a la superfi-

⁽²⁰⁾ León Trotski, *El fascismo*, p. 21.

cialidad de las formalidades institucionales. Resultado de lo cual, la democracia no aparece como un problema entre explotadores y explotados, sino entre dictadores y liberales. El neoliberalismo ha jugado un papel de primera línea en este tipo de percepción ahistórica. Pero, al final, la democracia burguesa, como cualquier otro régimen político a lo largo de la historia, no es sino la expresión de una estructura de poder históricamente constituida. La conciencia de clase, y en general la conciencia que los diversos grupos sociales tienen de sí mismos, ha sido siempre el punto flaco de la democracia burguesa. Es ésta la razón por la que todo su esfuerzo ideológico apunta a borrar cualquier forma de *conciencia histórica*, en un proceso de enajenación sin precedentes en la historia de la humanidad. El neoliberalismo no es sino una de las formas más vulgares y grotescas de tal proceso.

La democracia burguesa es el reino de la enajenación. Y no se tome esto como una mera metáfora. Éste es su cometido histórico, real y concreto. El mismo que, por cierto, aprendió, y muy bien, del fascismo. No importa cuánto haya aportado Inglaterra o la industria pesada alemana al favorecer, política y financieramente, un proyecto que, como el fascismo, a la postre se le escaparía de las manos. Los nexos de los regímenes más avanzados de entonces con el fascismo es historia del imperialismo que a nadie puede asombrar hoy. Las alianzas de la moderna e iluminada Inglaterra con la oscura y bárbara Rusia llenan páginas completas de la historia contemporánea. Pragmatismo político se llamó a esto desde finales del siglo XIX, y tuvo en Otto von Bismarck uno de sus grandes maestros.

Lo que importa acá es que la democracia burguesa salió de entre los escombros que dejó la Primera Guerra Mundial –catapulta del fascismo– como el reservorio ideológico de la libertad humana. El costo de aquel desastre lo pagó Europa, pero lo usufructuó Norteamérica. La idea de la libertad como valor fundamental del nuevo orden geopolítico mundial surge de este desplazamiento del viejo continente en la lucha por la hegemonía mundial que se remonta un siglo atrás, a los tiempos de la Santa Alianza y la doctrina Monroe. Inicialmente, la tarea estuvo a cargo del presidente Woodrow Wilson, cuya propuesta respecto al nuevo orden se basa en la autonomía e independencia de las naciones libres. Lo que, dicho en términos geopolíticos, era arrebatar a Europa la hegemonía que iniciara con su proceso de expansión desde los inicios de la revolución industrial. La nueva geopolítica se inicia con un enfoque ideológico en el que la libertad es el paradigma fundamental, la carta de presentación con la que el *nuevo mundo* asiste a la ruina de la expansión mercantilista del viejo. Al nuevo poder hegemónico no lo legitimará, como al viejo, su superioridad como civilización, sino su grandeza como baluarte de la libertad. El fascismo, sin quererlo, le dio al nuevo poder hegemónico del planeta el gran pretexto que requería para legitimarse como tal, mención aparte de la gran oportunidad económica que representó la posguerra.

El experimento fascista, cualquiera que sea su duración, cualquiera que sea su desarrollo, aparece inevitablemente destinado a exasperar la crisis contemporánea, a minar las bases de la sociedad burguesa, a mantener la inquietud posbélica. La democracia emplea contra la revolución proletaria las armas

de su criticismo, su racionalismo, su escepticismo. Contra la revolución moviliza a la Inteligencia e invoca a la Cultura. El fascismo, en cambio, al misticismo revolucionario opone un misticismo reaccionario y nacionalista. Mientras los críticos liberales de la revolución rusa condenan en nombre de la civilización el culto de la violencia, los capitanes del fascismo lo proclaman y predicán como su propio culto. Los teóricos del fascismo niegan y detractan las concepciones historicistas y evolucionistas que han mecido, antes de la guerra, la prosperidad y la digestión de la burguesía y que, después de la guerra, han intentado renacer encarnadas en la democracia y en la nueva libertad de Wilson y en otros evangelios menos puritanos⁽²¹⁾.

De doctrina sublime a recetario geopolítico, la libertad ha dejado de ser el sagrado principio por el que luchaban los pueblos para convertirse en el bien que nos trae el Santa Claus de la democracia burguesa. Irónico ciclo el que representa el siglo XX en la historia. El fascismo salva al capitalismo y la sociedad burguesa de sí mismos y de la revolución social para que, a su vez, el capitalismo y la sociedad burguesa tengan la honrosa oportunidad de salvar a la humanidad entera del fascismo y, por supuesto, demás formas dictatoriales que amenazan la libertad en el mundo y que a estas alturas no es necesario mencionar acá para saber cuáles son. Así se presenta la democracia burguesa ante la humanidad: como la única oportunidad que tenemos de

⁽²¹⁾ José Carlos Mariátegui, *Política revolucionaria. Contribución a la crítica socialista*. Tomo I: *La escena contemporánea*, 2010, p. 110.

ser libres. No se trata de un régimen político más, sino del proceso de redención y salvación política del planeta.

Revisemos ahora algunos datos respecto a ese mal sobrevenido que es el fascismo y del que la democracia burguesa se jacta de haber venido a salvarnos, sin que advirtamos con facilidad cuánto se ha beneficiado de él ella misma antes de proponerse como nuestra benefactora, y menos aún cuánto ella es en sí misma fascista.

EL FASCISMO: BREVE RESEÑA HISTÓRICA

El fascismo no es, rigurosamente hablando, una doctrina, en el mismo sentido que lo fuese el marxismo o el liberalismo. Más bien se trata de una fase o coyuntura particular en el acontecer histórico de la sociedad burguesa en Europa, en la que los grupos o sectores que encarnarán el movimiento van improvisando una ideología sujeta a las condiciones que impone el hundimiento de la vida política e institucional tras la guerra. El mismo Mussolini, que como socialista y director de *Avanti* denunciaba la naturaleza imperialista de la guerra de 1914 y, al poco tiempo, reclamaba la intervención de Italia en ella para brindar su apoyo a los aliados, lo afirmó en más de una oportunidad: somos nacionalistas, socialistas, liberales, militaristas, católicos. Como quien dice, podemos ser todo porque, en realidad, no somos nada más que espectadores a la espera de las circunstancias para actuar. Desde el punto de vista ideológico o doctrinal, el fascismo es de un pragmatismo vergonzoso. Mariátegui hace una disección de filigrana a este respecto que vale la pena reproducir en algunas de sus partes:

... El partido fascista, antes de la marcha a Roma, era una informe nebulosa. Durante mucho tiempo no quiso calificarse ni funcionar como un partido. El partido, según muchos “camisas negras” de la primera hora, no era una facción sino un movimiento. Pretendía ser más que un fenómeno político, un fenómeno espiritual y significar, sobre todo, una reacción de la Italia vencedora de Vittorio Veneto

contra la política de desvalorización de esa victoria y sus consecuencias. La composición, la estructura de los *fasci*, explicaban su confusionismo ideológico. Los *fasci* reclutaban sus adeptos en las más diversas categorías sociales. En sus rangos se mezclaban estudiantes, oficiales, literatos, empleados, nobles, campesinos y aún obreros. La plana mayor del fascismo no podía ser más policroma. La componían disidentes del socialismo como Mussolini y Farinaci; ex combatientes cargados de medallas, como Iglori y DeVichi; literatos futuristas exuberantes y bizarros como Filippo Marinetti y Emilio Sentimelli; ex anarquistas de reciente conversión como Massino Rocca; sindicalistas como Cesari Rossi y Michele Bianchi; republicanos mazzinianos como Casalini; fumanistas como Giunta y Giurrati; y monarquistas ortodoxos a la nobleza adicta a la dinastía de Saboya. Republicano, anticlerical, iconoclasta en sus orígenes, el fascismo se declaró más o menos agnóstico ante el régimen y la Iglesia cuando se convirtió en un partido...

(...)

Los fascistas se atribuían para sí la italianidad, el patriotismo y el honor de los soldados que habían sacrificado en la guerra.

(...)

La demagogia y el oportunismo de Mussolini y sus tenientes se beneficiaron, ampliamente, a este respecto, de la maldiestra política de los socialistas, a los que una

⁽²²⁾ José Carlos Mariátegui, *Política revolucionaria. Contribución a la crítica socialista*. Tomo I: *La escena contemporánea*, 2010, pp. 103-104.

insensata a inoportuna vociferación antimilitarista habían enemistado con la mayoría de los combatientes...⁽²²⁾.

El fascismo, pues, no llega al poder sobre la base a un ideario o dogma constituido como una concepción del mundo, sino que lo va constituyendo mientras se aproxima al poder y desde el poder. De hecho, luego de la marcha sobre Roma, la composición del fascismo se hizo aún más heclerótica. La insurrección lo llevó al poder. Pero sólo el apoyo de la mayoría parlamentaria podía sostenerlo en él. El fascismo inició entonces una política de compromiso y transacciones. Lo primero que buscó Mussolini fue legalizar el movimiento⁽²³⁾. El fascismo se concibe y legitima a sí mismo ajustándose a las inusitadas circunstancias que impone una sociedad burguesa en decadencia y un orden capitalista en crisis. Hubo mucho más polémica entre extremistas y revisionistas por construir una teoría del fascismo que la que podría encontrarse en toda la literatura neoliberal de hoy. Mussolini se ubicaba al centro, sin comprometerse: después de todo poco podía importar el contenido teórico de un partido cuando lo que le da fuerza es su tonalidad, su voluntad, el ánimo de quienes lo construyen⁽²⁴⁾. Así fue hasta el asesinato de Giacomo Matteotti. A partir de entonces, a medida que disminuye

⁽²³⁾ Aparecen así dos tendencias en el movimiento fascista de las que muy poco se habla y por las que no tiene ningún interés el antifascismo: la extremista, que buscaba la destrucción del Estado neoliberal y la implantación del fascismo como forma de Estado, y la revisionista, que reclamaba más bien una rectificación y denunciaba la violencia extrema.

⁽²⁴⁾ José Carlos Mariátegui, *op. cit.*, p. 105.

el apoyo liberal aumenta la beligerancia y el extremismo del fascismo. La guerra hará el resto en la misma dirección.

El fascismo representa uno de los más crudos ejemplos de pragmatismo político, acaso sólo superado, y con creces, como ha quedado dicho, por la democracia burguesa posterior. Este pragmatismo, acaso para el gusto de exquisitos pensadores (como aquellos que la Europa de principios del siglo XX heredaba del XIX, tal cual lo dejó inventariado Thomas Mann en *La montaña mágica*), muy pobre y ramplón, es el mismo que expresa la derecha de la democracia burguesa hoy. La misma derecha que en sus mediocres manuales políticos ha reducido el concepto de libertad a la *libertad de mercado* y que piensa que para acabar con la revolución social en la historia no hay que gastarse, como los fascistas, arrancando el mal de raíz, sino acabando con la historia misma de una vez y para siempre. Las guerras y golpes de Estado que esta nueva visión supone han de considerarse daños colaterales. Su estupidez como propuesta filosófica es cosa que en geopolítica no importa, y mucho menos para un pragmatismo de esta índole.

En cuanto al fascismo, Mussolini fundó los *Fascios Italianos de Combate* en marzo de 1919. Se trata de un movimiento nacionalista que reivindica la clase obrera, o al menos defiende como suyas algunas de sus demandas más importantes, como, por ejemplo, la jornada de ocho horas y el aumento de los salarios. Esto le permitió al incipiente movimiento ir captando el apoyo de los sectores populares en las ciudades. Al mismo tiempo, sin embargo, en las zonas rurales los ca-

misas negras atacan las organizaciones campesinas de corte socialista, lo que les granjeó el apoyo de los terratenientes. A la postre, en la medida en que mostraba ser una garantía para poner freno a republicanos y socialistas, el movimiento fascista se ganó la confianza de los grandes propietarios agrarios e industriales, del ejército y la burocracia, y hasta de la misma monarquía, que hundía sus raíces en el siglo XIX. Tal tendencia se reafirma con la fundación del Partido Nacional Fascista, en noviembre de 1921. Entonces el eje del programa fascista se desplazó de lo social a lo político. El fascismo comienza a poner más énfasis en la oposición al socialismo y el parlamentarismo que en la reivindicación de los trabajadores. Mussolini, que había perdido las elecciones de 1919, es electo diputado en las de 1921.

Queda claro que el fascismo no es la derecha tradicional de la sociedad burguesa, sino más bien el agente circunstancial llamado a hacer el trabajo *sucio* que la salve, y que la derecha por sí misma, desgastada, no puede realizar. El 29 de octubre de 1922, un día después de la marcha sobre Roma, el rey Víctor Manuel III encarga a Mussolini la formación de un nuevo gobierno. A tal efecto, es nombrado primer ministro. Tres años después había cumplido la misión encomendada e instaurado un régimen totalitario de partido único, basado en el poder del *Gran Consejo Fascista* y respaldado por las *Milicias Voluntarias para la Seguridad Nacional*.

Italia ha arribado a un Estado *corporativo* que borra la frontera ideológica entre explotadores y explotados e integra a todos por igual e independientes de su condición social al

proyecto nacional. El proyecto fascista siempre se plantea como un proceso de *regeneración nacional*. Impone la vaciedad ideológica de su pragmatismo por encima y más allá de toda ideología. Lo que depara a la nación, asegura, no es cuestión de partidos o visiones políticas, sino de salvación. El fascista no viene a debatir qué es lo mejor. Lo sabe como salvador, y el saberlo lo legitima como agente para imponerlo. ¿No actúa igual la democracia burguesa hoy, no ya respecto de una nación en particular, sino del mundo entero? ¿Cuando llega la democracia a cualquier del rincón del planeta no actúa de la misma manera, y no lo hace basada en los mismos presupuestos pragmáticos de una democracia vacía por encima y más allá de toda ideología? Hitler afirmaba que su proyecto no lo pensaba sólo para Alemania, sino para el mundo; cosa que hasta donde pudo demostró durante poco más de un lustro. De la misma manera, la democracia burguesa no ha sido pensada para cada uno del selecto grupo de potencias mundiales; lo que va quedando demostrado durante más de medio siglo. La democracia burguesa ha logrado con su doctrina maniquea de libertad y democracia lo que Hitler no pudo con su concepción de superioridad racial. ¿El cambio de tema hace a ésta algo esencialmente distinto de aquél? Yo creo que la democracia burguesa es un proyecto fascista de alcance mundial. Aquí está la diferencia, en la estrategia y la geopolítica.

En el marco del fascismo italiano, empresarios y trabajadores quedan integrados a un mismo todo adscrito al sublime concepto de *lo nacional*. Como fuerza productiva se organizaban en grupos controlados por el partido y que represen-

taban a los distintos sectores de la economía. El fascismo ha cumplido su tarea: mantener a flote el sistema capitalista en la borrasca que las instituciones burguesas de corte liberal no alcanzaban a controlar. De hecho, se incrementaron los servicios sociales, pero se abolieron los sindicatos y el derecho a la huelga. Por cierto que uno de los legados más perdurables del nuevo régimen fue la creación de un sistema de *holdings* industriales financiado por el Estado. También, otro importante, los pactos de Letrán. Firmados con el Papado en febrero de 1929, terminaron con el conflicto que había enfrentado a la Iglesia y al reino de Italia desde 1870 y supusieron la creación de un nuevo Estado: la Ciudad del Vaticano. En suma, la sociedad burguesa había sido salvada del socialismo, amenaza aún más terrible si se piensa que éste adquiriría recién su primera forma histórica de grandes dimensiones en la Rusia de los bolcheviques. Y esto es algo que no sólo interesaba a los fascistas, por cierto. Tanto o más interesaba a las grandes potencias industriales de Occidente.

Ahora bien. Borrar la frontera ideológica entre explotadores y explotados es un aspecto muy significativo, y de una no menos extraordinaria vigencia hoy si se piensa en el modo en que el fascismo parece seguir inspirando con su pragmatismo a la derecha de la democracia burguesa. ¿Acaso no fue una de las tareas del llamado *posmodernismo*, ese nihilismo empobrecido de clase media que se jactaba de no creer en nada, el regar la especie de que la manía de declararse de *derecha* o de *izquierda* era síntoma de atraso y barbarismo político? Todo el mundo sabe que cuando alguien afirma que no es de derecha ni de izquierda es, sin más, un derechista.

Sin embargo, no son pocos los derechistas que para disimular su condición de tales recurren a lo que consideran uno de los grandes logros de la civilización moderna. Cuando, en realidad, se trata del viejo truco, de raíz fascista, de hacer desaparecer el as de la lucha de clases del mazo de cartas de la ideología, y hacernos creer con ello que tal lucha no es sino una leyenda sacada del libro de cuentos de los comunistas. Éste es el modo en que la derecha se mimetiza. No muestra, como los fascistas, su franca disposición a acabar con los comunistas. Prefiere, como el lobo feroz, vestirse de abuelita y que caigan como caperucitas. Y, digo yo, al menos el intragable de Talcott Parsons y sus epígonos se esforzaron en sustituir el concepto de *clase social* por el de *estrato social*, que no dependía, como el primero, de la siempre conflictiva propiedad privada sobre los medios de producción, sino de los medios pelados, a secas: ingreso, hábitat, nivel educativo y demás elementos superficiales y descriptivos con los que se creaba una suerte de anillo académico de seguridad ideológica para que la sociología y demás *ciencias sociales* nunca alcanzaran el meollo del asunto. Pero esta derecha de hoy, perezosa y banal, no es capaz de algo así. Su estrategia la toma de cuentos para niños. Su escaso intelecto, síntoma de fascismo, no da para más. Su fascismo es síndrome de la molicie que la enferma.

Desde el punto de vista de la política internacional y la geopolítica, el fascismo fue agresivo y expansivo, hasta donde se lo permitió el orden imperialista entre las dos guerras mundiales. En 1935, el ejército italiano invadió Abisinia. En

1936, la implantación de la llamada *África Oriental Italiana*, bajo la égida imperial de Víctor Manuel III, culminaba el colonialismo italiano iniciado en el siglo XIX. El mismo año envió tropas a España para apoyar a los franquistas en la guerra civil y pactó con Hitler. Durante la Segunda Guerra Mundial Italia luchó contra los británicos en África, invadió Grecia, se unió a los ejércitos alemanes en el reparto de áreas de influencia en territorio yugoslavo y en la invasión de la Unión Soviética. Finalmente, en diciembre de 1941, declaró la guerra a Estados Unidos. Las derrotas sufridas por los ejércitos de Mussolini lo llevaron a su destitución en julio de 1943. En septiembre, Italia, invadida, firma el armisticio con los aliados. Luego del efímero régimen colaboracionista de Saló, Mussolini intenta huir a Suiza. Entonces, capturado por partisanos italianos, es fusilado el 28 de abril de 1945. Luego de poner a Italia de cabeza terminó, él mismo, de cabeza.

D

COLECCIÓN
DIFUSIÓN

EL NAZISMO: BREVE RESEÑA HISTÓRICA

En Alemania, Hitler terminará de recibir el poder no de manos de una monarquía, sino del mismo parlamento. En dos años, luego de unirse al Partido Obrero Alemán (al poco tiempo rebautizado con el nombre de Partido Nacional-socialista Alemán del Trabajo) se convierte en su presidente. El pragmatismo de la doctrina nazi se hace evidente en el modo cómo escoge sus enemigos. Para el momento, atacar a los judíos era equivalente a lo que hoy propone la democracia burguesa respecto a los terroristas. Se trata de no atarse las manos demasiado juntas y ampliar lo más posible el espectro de lo que pueda considerarse como enemigo. Es algo que Hitler ya hizo. Cualquiera, según la conveniencia, podía entrar en un espectro mucho más amplio que el del mero comunismo a secas. Por monstruoso que nos pueda parecer, como en efecto lo es, el racismo, que nuestra indignación no nos confunda. En uno y otro caso, el pragmatismo está mediando respecto al mismo objetivo. Salvar la sociedad capitalista burguesa a nombre de la superioridad de la raza aria o de la libertad no hace gran diferencia.

Los discursos del nuevo líder se centraban en una doctrina racista y antidemocrática y eran acompañados de la acción terrorista de sus cuerpos paramilitares. En 1923 intenta un golpe de Estado que fracasa por total falta de apoyo militar. Al parecer, todavía la burguesía y el ejército recelan del *Führer*, bien por sus propuestas populares, bien por desvariado. Pero el líder no se desanima. Condenado a cinco

años de prisión, en la cárcel escribe *Mi lucha*. Un verdadero tratado de antiliteratura. Si no hubiese existido un solo nazi dispuesto a sacar su pistola cada vez que escuchara pronunciar la palabra cultura no hubiese sido necesario. Un par de párrafos de *Mi lucha* habrían sido igualmente letales. Hay veces que hasta pienso que lo de Goering, más que crueldad, era venganza criminal.

Luego de apenas ocho meses de prisión, Hitler es liberado por la amnistía general de 1924. Reconstruye el partido. Durante la crisis económica de 1929, muchos alemanes aceptaron su teoría que la explicaba como una conspiración de judíos y comunistas. De la misma manera que Mussolini, Hitler no se dirige a aristócratas y oligarcas sino al pueblo. Consiguió atraer el voto de millones de ciudadanos prometiendo reconstruir una Alemania fuerte, crear más puestos de trabajo y devolver a la humillada Alemania de Versalles la gloria nacional. Todo ello se refleja en el modo vertiginoso cómo aumenta su capital electoral. Los diputados nazis en el Reichstag pasaron de 12 en 1928 a 107 en 1930.

Mientras aumenta el desempleo, la inflación, la paranoia frente al comunismo, el repliegue de los partidos socialistas y el descalabro socialdemócrata, el nacionalsocialismo se consolida como fuerza política. En esto el papel más importante no lo juega su propio proyecto, sino la decadencia y el desacierto del enemigo, y todos lo son en este sentido. A principios de 1933, Hitler es nombrado canciller. Con todo y sus dudas, la burguesía, o parte de ella, piensa que es el mal menor, y aún hay quien cree poder controlarle y

servirse de él. Autoproclamado dictador, manda en el Reich y la Cancillería. Como en Italia, son abolidos todos los partidos políticos y los sindicatos. El control del parlamento, el sistema judicial y los centros de trabajo pasan a manos del partido nazi. Como es obvio, todas estas reformas se basaron en las leyes y, sobre todo, en un orden policíaco que hizo de la censura y la represión la política fundamental de un régimen que se prepara para la guerra. El rearme se inicia en 1935. En 1936 se envían tropas a apoyar a los franquistas en España. Austria y los Sudetes son anexados en 1938. Checoslovaquia en 1939. Y uno se pregunta cómo es eso que al hoy más horrible monstruo que haya parido la historia europea se le dejara crecer tanto.

Curiosa tolerancia, respecto a la cual Trotski responde con otra pregunta:

¿Puede creer alguien, siquiera por un momento, que Chamberlain, Daladier o Roosevelt son capaces de declarar una guerra para defender el principio abstracto de “la democracia”? Si el gobierno británico amara tanto la democracia hubiera dado la libertad a la India. Y lo mismo Francia. Gran Bretaña prefiere la dictadura de Franco en España⁽²⁵⁾.

Entonces, ¿por qué no preferir la de el *Führer* en el centro de Europa si, de hecho, frente a la Rusia bolchevique

⁽²⁵⁾ León Trotski, *El fascismo*, p. 32..

podía resultar tan o mucho más eficiente que la de *el Caudillo* frente a la república española? Al parecer, el expediente de la democracia burguesa como cómplice de los más criminales regímenes, del cual América Latina se reserva un grueso volumen, es de vieja data y vuelve a poner en evidencia su pragmatismo.

Por eso al *Führer* se le deja hacer en Europa del Este, tanto como al *Duce* en África. Si se atiende al deplorable estado en que dejó a Alemania la paz de Versalles hay que reconocer que el nacionalsocialismo arrancó desde menos cero. Además, después de todo, su expansión al este, ¿no era un eficaz torniquete para detener la hemorragia que la caída del zarismo había desatado al otro extremo de Europa? Más allá de Praga, sin embargo, Polonia era la frontera límite que la geopolítica imperialista desarrollada desde finales del siglo XIX imponía a la expansión alemana. Hitler lo sabe muy bien, Por ello firma un tratado secreto de neutralidad con Rusia, para cuando estallara la guerra, como en efecto estalló en septiembre de 1939.

El fascismo es un fenómeno estrictamente europeo, circunstancial, adscrito, como se ha indicado, al período histórico comprendido entre las dos guerras mundiales y que, a pesar del modo en que pueda haber influido en el quehacer político posterior, no se ha repetido como tal. Al parecer, razón tuvo Malaparte, quien, pese a haberse adherido al fascismo, nunca dejó de cuestionar aspectos fundamentales de su programa, cuando en su *Italia bárbara* dijo que *esta Italia moderna, falsa y mediocre, no durará mucho*. Y, en efecto, duró lo que la

guerra. De la mano con ella surgió y de la mano con ella desapareció. Fue su corolario. Y esto es algo que hay que insistir en precisar respecto al fascismo. Su naturaleza bélica. Respecto a lo cual la democracia burguesa guarda analogías no menos notables que las indicadas hasta ahora.

La guerra imperialista es el contexto histórico fundamental en el que hay que comprender el fascismo europeo; como parte de su coyuntura. En el caso de Mussolini, y también de Hitler, lo que la primera le proporcionó la segunda se lo arrebató. Es la guerra lo que proporciona al fascismo las condiciones sociales políticas y económicas para la concepción de un proyecto nacionalista que involucra a todos los sectores pero que, paralelamente, depende de ella para mantenerse como tal. Al mismo tiempo que trajo la crisis económica la guerra también ofreció las posibilidades de recuperarse de la crisis. Pero además trajo, particularmente para Alemania, la humillación de la que los nacionalsocialistas se sentían llamados a reivindicarla. Políticos y militares por igual aparecerán como una camarilla de inútiles e inmorales en el discurso de los líderes del nazismo. Y en cierto modo así era. La democracia burguesa quedaba a merced de una masa trabajadora y una clase media frustradas y descontentas, no sólo desde el punto de vista social, sino, también, en su sentimiento patrio. La democracia burguesa pisaba un suelo histórico que se resquebrajaba. ¿Quién la salvaría? ¿Acaso no estaban los socialistas, todos judíos, o igual de infames, dispuestos a terminar de destruirla? ¿No eran los bolcheviques en Rusia un claro mensaje a este respecto? ¿No eran liberales y socialdemócratas, por mollicie,

ignorancia o incapacidad, sus cómplices? Son las preguntas inmediatas que el fascismo inspiró a hacerse respecto a aquella Europa de la primera mitad del siglo XX. Pero que, también, uno se podría seguir haciendo respecto al mundo globalizado de la otra mitad. El desprestigio de los partidos, y sobre todo el modo en que el neoliberalismo se afina en él, calificándolos de ineficientes y parasitarios, y con ellos a todo el Estado, cuya presencia debe reducirse a la mera labor policíaca y administrativa, ¿no es de conmovedora raíz fascista? Cámbiense los términos judíos y comunistas por los de nacionalistas y terroristas: ¿qué diferencia hay entre el proyecto salvacionista de Hitler respecto a Alemania y el del neoliberalismo respecto al mundo? Nos asombra la desfachatez de Goering dispuesto a sacar su pistola cada vez que escuchaba la palabra cultura, pero nos parece lo más natural lo que el ejército norteamericano entero ha hecho en la cuna de la civilización. Esta democracia burguesa de hoy, en la que hasta los socialistas derechizados han hecho su enorme aporte en el proceso de abolir la conciencia de clase y la utopía, no quiere el fascismo, porque ella se basta a sí misma para hacer el trabajo de salvación histórica que una vez se asignara aquél.

La crisis del liberalismo puso a Italia en manos de Mussolini y los fascistas, como la República de Weimar a Alemania en manos de Hitler y los nacionalsocialistas. En ambos casos estamos ante un movimiento popular de masas que se plantea la reivindicación del pueblo en el marco de la nación y no de la lucha de clases. Se trata de un movimiento sin ideología clara porque, como nuestros liberales

de hoy, igualmente pragmáticos que los fascistas de ayer, no la quieren ni la necesitan. Su insurgencia la facilita la crisis económica de la sociedad burguesa y la decadencia de un orden político e institucional incapaces de administrar por sí mismas el descontento de la clase trabajadora y la pequeña burguesía. El fascismo se plantea como un tipo de orden protector del pueblo al que, significándolo como nación, lo desmonta como agente histórico de cambio político y conciencia de sí mismo. Éste quizá sea el aspecto más importante del fascismo: su papel como herramienta para neutralizar la revolución. No es que por popular el fascismo sea revolucionario, como gusta decir a la derecha hoy para descalificar la revolución en Venezuela asociándola a él, sino que por su proyección hacia lo popular es capaz de desplazar el proyecto de la revolución. En palabras de Trotski: el fascismo es *una caricatura reaccionaria del jacobinismo*. Y su efecto devastador se debe, en buena medida, al repliegue de las fuerzas revolucionarias:

En Italia, la reacción nos ofrece su experimento máximo y su máximo espectáculo. El fascismo italiano representa, plenamente, antirrevolución o, como se prefiera llamarla, la contrarrevolución. La ofensiva fascista se explica, o se cumple, en Italia, como una consecuencia de una retirada, o de una derrota revolucionaria. El régimen fascista no se ha incubado en un casino. Se ha plasmado en el seno de una generación...⁽²⁶⁾.

⁽²⁶⁾ José Carlos Mariátegui, *Política revolucionaria. Contribución a la crítica socialista*. Tomo I: *La escena contemporánea*, 2010, p. 109.

Por otra parte, y muy a diferencia del proyecto revolucionario socialista, antes y ahora, el fascismo es el peregrinaje político no de la humanidad hacia el mundo mejor, sino de la sociedad burguesa y sus instituciones hacia el bonapartismo. En efecto, a medida que la burguesía advierte que el fascismo puede ser la alternativa más eficiente para contener el avance de los partidos revolucionarios, y no, como pudo haber temido en los momentos iniciales de su desarrollo, una condena del orden capitalista, comienza a prestar su apoyo y a hacerse plenamente de las nuevas circunstancias políticas que impone el Estado totalitario. Al respecto, agrega Trotski:

El fascismo en el poder, igual que el bonapartismo, sólo puede ser el gobierno del capital financiero. En este sentido social, el primero no se diferencia del bonapartismo y ni siquiera de la democracia parlamentaria. La fuerza del capital financiero no reside en su capacidad de establecer cualquier clase de gobierno en cualquier momento de acuerdo a sus deseos; no posee esta facultad. Su fuerza reside en que todo gobierno no proletario se ve obligado a servir al capital financiero. ¿Está claro? Creo que sí⁽²⁷⁾.

Con lo que, desde el punto de vista de la burguesía, el fascismo no fue más que un susto, propio del momento de incertidumbre que la posguerra trajo para los negocios, y del que no tardó en recuperarse, apenas advirtió que se trataba de un régimen circunscrito a la más rancia tradición de la socie-

⁽²⁷⁾ León Trotski, *op. cit.*, p. 41.

dad burguesa, pese a su demagogia y sus dudosos orígenes populares. He ahí su genialidad, el hilo umbilical que lo une a la sociedad capitalista burguesa: absorber el descontento popular, hacerse de sus instituciones y, al mismo tiempo, pasar por encima de ellas y dejarlas incólume. El fascismo: mientras la burguesía se sirve de él –muy particularmente en lo que tiene que ver con el control social– bate palmas y ensalza a sus ejecutores. Cuando éstos van más allá, acaso por tomarse muy en serio la tarea histórica asignada y creer que ello le vale para imponer la suya propia, la burguesía se desmarca de lo que entonces comienza a calificar de error criminal. Es esta doble moral, que está en la base de todo antifascismo, la que se corresponde con el pragmatismo burgués, y el del fascismo mismo. Así describe Mariátegui esta dialéctica fascismo-democracia burguesa en los tiempos de la Europa de entreguerras:

El misticismo reaccionario y nacionalista, una vez instalado en el poder, no puede contentarse con el modesto oficio de conservar el orden capitalista. El orden capitalista es demoliberal, es parlamentario, es reformista o transformista. Es, en el terreno económico o financiero, más o menos internacionalista. Es, sobre todo, un orden consustancial con la vieja política. ¿Y qué misticismo reaccionario y nacionalista no se amasa con un poco de odio o de detracción de la vieja política parlamentaria y democrática, acusada de abdicación y de debilidad ante la “demagogia socialista” y el “peligro comunista”? (...) la reacción, arribada al poder, no se conforma con conservar, pretende rehacer. Puesto que reniega el presente, no puede conservarlo ni continuarlo;

tiene que tratar de rehacer el pasado. El pasado que se condensa en estas normas: principio de autoridad, gobierno de una jerarquía, religión del Estado etc. O sea, las normas que la revolución burguesa y liberal desgarró, destruyó porque entrababan el desarrollo de la economía capitalista. Y acontece, por tanto, que *mientras la reacción se limita a decretar el ostracismo de la libertad y a reprimir la revolución, la burguesía bate palmas; pero luego, cuando la reacción comienza a atacar los fundamentos de su poder y de su riqueza, la burguesía siente la necesidad de licenciar a sus bizarros defensores*⁽²⁸⁾.

En los tiempos del neoliberalismo esta dialéctica se ha roto, porque históricamente la relación *democracia burguesa-fascismo* se ha transformado. El *misticismo reaccionario nacionalista* del fascismo ha sido desplazado y sustituido por el *ecumenismo reaccionario imperialista* de la globalización. La derecha de hoy no espera, como los *demo-liberales* de ayer, que los fascistas vengan a hacerle la tarea de limpieza histórica contra la *demagogia socialista* y el *peligro comunista* que ella misma, desde el comando ideológico del neoliberalismo, ha emprendido como propia desde el fin de la guerra Fría. A diferencia del fascismo de ayer, el neoliberalismo hoy no tiene presente del cual *renegar* —pues el presente es el único mundo mejor posible al que, según su ciencia, la historia puede llegar—. Y, en consecuencia, tampoco pasado alguno que rehacer, ni siquiera el suyo propio, pues el neoliberalismo reniega de todo apego o vinculación a lo histórico, luego de haber aprendido de los marxistas cuánto representa la con-

(28) José Carlos Mariátegui, *op. cit.*, p. 111. Las cursivas son mías.

ciencia histórica como fuente de rebelión. Ideológicamente, la democracia burguesa de hoy, muy a diferencia de los insulsos y timoratos demo-liberales de ayer, se ha armado hasta los dientes. Su pragmatismo lo ha convertido en ética. Su autoritarismo en filosofía. Su ambición en religión. Licenciados, pues, sus otrora bizarros defensores pueden seguir disfrutando de su bien merecida licencia. Si bien, aburridos en los inertes salones del misticismo político a los que los ha condenado la historia, desearan, como viejos y respetables cancerberos, venir a poner su granito de arena en la cruzada universal que ha emprendido el neoliberalismo, bienvenidos. Que abran sus empolvados y románticos cajones y saquen de ellos sus místicos símbolos, y vengan así a adornar con sus parafernalia las calles y los parlamentos de la democracia que tanto les adeuda. Pero eso no cambia lo esencial del fascismo en la democracia burguesa de hoy: el mero papel subsidiario del autoritarismo y la reacción que le toca jugar en el orden democrático burgués que lo ha trascendido. Movimiento de masas, popular, sí, pero que —precisa Trotski— *mientras va perdiendo su base social masiva al apoyarse en el aparato burocrático y oscilar entre las clases, se convierte en bonapartismo*. Esto fue lo que el fascismo le enseñó a la democracia burguesa. Por si fuera poco, este papel de extra en la obra política que ha montado el neoliberalismo incluye mirar hacia otro lado cada vez que uno de sus voceros esté haciendo uso del antifascismo para sentar cátedra frente a los trogloditas que aún se empeñan en llevar a cabo alguna revolución a favor de los pobres. El neoliberalismo ha hecho del fascismo un producto histórico residual, pero una herramienta ideológica fundamental: lo que él no quiere

es porque no lo necesita, ha llegado a ser esencial a la democracia burguesa. El resto, el residuo, aún puede ser útil como combustible de su antifascismo emergente.

Cinismo bien poco edificante el que ha de correr por las venas ideológicas de aquella democracia burguesa que todavía hoy, a más de medio siglo de distancia, tanto se gasta en desmarcarse de aquel totalitarismo criminal, como si ella no formara parte de la misma historia del imperialismo mundial. Visto el asunto en perspectiva, el *Duce* y el *Führer* sólo hicieron su modesto aporte europeo a la cruzada de saneamiento ideológico y político que el neoliberalismo ha llevado a una dimensión realmente mundial. En realidad, la democracia burguesa debe al fascismo mucho más de lo que le cuestiona. Entre otras, no es poca cosa el haber puesto un alto al socialismo, en lo cual, curiosamente, tanto colaboró el mismísimo Stalin y los burócratas de la Comintern. Yo estaría de acuerdo con los voceros de tales democracias en afirmar, como ya lo hiciera Trotski tantas veces, que el fascismo es la forma más salvaje y abominable del imperialismo. Pero, ¿acaso puede esto significar que ellos compartirían conmigo la idea de que, no por ello, los pueblos oprimidos han de someterse a él cuando es impuesto desde los prestigiosos y flemáticos parlamentos salidos del voto universal? Desde luego que a estas alturas no hay que molestarse en responder a una pregunta así.

DERECHA SERVIL: UN FASCISMO SIN PROYECTO

Dicho esto, pasemos a ver en qué sentido y hasta qué punto se puede hablar de fascismo cuando de la derecha se trata. Cómo sería, de ser posible, ese fascismo del otro lado de Europa. Para lo cual se puede empezar con un muy apropiado comentario de Trotski, quien afirma:

En Alemania, Italia y Japón el fascismo y el militarismo son las armas de un imperialismo ambicioso, hambriento y por lo tanto agresivo. En los países latinoamericanos el fascismo es la expresión de la dependencia más servil del imperialismo extranjero⁽²⁹⁾.

Con lo cual, digo yo, no hay, en realidad, fascismo, sino el más vulgar servilismo propio de los sectores que dirigen cualquier forma colonial o neocolonial y que dependen para su supervivencia del eficiente cumplimiento de la tarea de caporal político y geopolítico que el imperio les ha asignado. De todos modos, tal es el triste papel que Trotski asigna al fascismo en estas latitudes y, lo más lamentable, el papel que la derecha, en democracia o dictadura, siempre se ha mostrado tan dispuesta a cumplir.

El servilismo propio y característico de la derecha en esta parte del mundo la distancia, por definición, del fascismo originario, al menos en lo que atañe a uno de sus fundamentales

⁽²⁹⁾ León Trotski, *El fascismo*, p. 42.

presupuestos: el nacionalismo. En todo caso, este *fascismo servil*, o *pseudofascismo* habría que decir, puede ser más peligroso y criminal que aquél, pues nos habla de una derecha degenerada moral y políticamente por definición, sin proyecto, avocada a sus labores de reproducción del coloniaje y gendarmería. Su pragmatismo, al cual me he venido refiriendo, es subsidiario de esta degeneración. Si la derecha nacionalsozialista fue capaz de hacer lo que hizo con su país a nombre de los más dudosos ideales de grandeza, ¿qué no será capaz de hacer la derecha que ni siquiera algo así tiene con el suyo? Para salvar la patria hasta los criminales tienen que ser, o al menos parecer, grandiosos, lo cual siempre supone un gran esfuerzo. Bastante que se cuidaron Mussolini y Hitler de ello. Para venderla, cualquier mediocre se basta a sí mismo.

El *fascismo* de la derecha en Venezuela, como en el resto de América Latina, es síntoma de decadencia política. No se trata de una derecha dispuesta a sacar su pistola cuando escucha pronunciar la palabra cultura, sino a llamar a los marines que pueden cumplir de modo mucho más cabal la tarea y le ahorran tener que escuchar aquella palabra. Su dependencia del poder político y militar extranjero no la colocan en la posición de decidir, sino de ejecutar. Sabe muy bien que el nacionalismo no puede ser sino una premisa revolucionaria; condición necesaria, aunque no suficiente, de una revolución que sólo puede concretarse históricamente como tal rompiendo los seculares lazos del colonialismo que ella representa.

A esta derecha no se la ha caído la máscara, como tanto gustan decir nuestros dirigentes revolucionarios. Su servilismo es la única cara que puede mostrar, es real, auténtica y algo que nunca ha podido disimular; le es políticamente congénito. Por eso, para atacar a la revolución, a la derecha sólo le queda relativizar cínicamente sus presupuestos revolucionarios, calificarlos de espejismo izquierdista, nostalgia decimonónica y cantaleta trasnochada y fuera de orden en el contexto del mundo moderno y *globalizado*. Degradándola a lo anacrónico e insignificante cree reivindicar su modernidad, cuando apenas pone en evidencia su servilismo tradicional. Por eso la derecha todo lo banaliza, porque no tiene capacidad y porque no tiene más remedio ¿Cual es la máscara de la que ha de despojarse cuando su ruindad política la lleva a flor de piel y hasta se jacta de ella? Ello no la acerca más al fascismo, sólo la torna algo peor que él. Su vileza no es sino la medida de su inconfesable servilismo. Hay que reconocer que, desde este punto de vista, para ser fascista, por más que lo quiera, la derecha tendría que ir contra sí misma.

De modo que esa derecha que hoy es calificada de fascista, en realidad no hace sino seguir la tradición servil de la democracia representativa que la precede y cuyos inicios se remontan al llamado pacto de Punto Fijo, por hablar sólo de sus orígenes más recientes. Ésta es su fuente de inspiración, y no el impulsivo voluntarismo de un *Duce* o un *Führer* en su febril y ambicioso sueño de conquistar el mundo. La derecha de la que hablo no aspira a conquistar nada. No aspira,

espera salvar sus negocios, grandes o chicos, asegurarse un espacio en el estatus político transnacional al que sirve y está llamada a reproducir. Es espiritualmente avara como sólo Shakespeare alcanzaría retratarla, y políticamente demasiado mezquina y cobarde como para plantearse dominar el mundo. Ella se conforma con que lo dominen otros al módico precio de su conformidad. Así se puede ser de derecha, pero nunca fascista.

Desde el punto de vista de la generación de un movimiento popular basado en un proyecto de reforma social —es decir, que atienda a la chusma, como lo entienden por igual fascistas, derechistas y, en general, cualquier término que se tenga bien darse a los demócratas burgueses de hoy—, otra característica fundamental del fascismo y el nacionalsocialismo, nuestra derecha igualmente deja mucho que desear. Sencillamente, tal proyecto no existe, al menos que su adscripción al recetario neoliberal que el Fondo Monetario Internacional y los llamados tratados de libre comercio vienen imponiendo en el mundo a lo largo de las últimas décadas pueda considerarse tal. Esto es, en el mejor de los casos, el resultado de su pragmatismo soso y ramplón que se corresponde con su propio servilismo. Tampoco algo así alcanza para calificarla de fascista. Hitler movilizó al pueblo, lo arrastró con su pueril racismo antisemita y anticomunista a su proyecto nacionalista, eliminó los sindicatos pero se ocupó de su bienestar en un proceso de movilización día a día que le tomó diez años, incluido un fallido golpe de Estado que demostró su aislamiento inicial. No fue, como nuestra derecha acostumbra en cada proceso electoral, a copiarse lo que decían —y en este

caso hacen o intentan hacer— los revolucionarios. Para ir incrementando su capital político el pragmatismo fascista va adaptando su proyecto a las condiciones históricas concretas. Para incrementar el suyo a nuestra derecha le basta vociferar que va a hacer lo mismo que la revolución, pero mejor. Nada tan lejos de la derecha servil, neocolonial como el *misticismo reaccionario nacionalista* al que alude Mariátegui en su análisis del fascismo europeo. Su discurso es mera réplica del antifascismo neoliberal y su propuesta ideológica y política una forma particular de sumarse al *ecumenismo reaccionario imperialista* al que antes me he referido. Su fascismo sólo puede serlo en este sentido, es decir, como réplica del absorbido, heredado o implícito en el neoliberalismo. La derecha no tiene autonomía ideológica. Allí comienza su servilismo.

Por eso, y pese a que, dada la dinámica impuesta por la revolución bolivariana, esta derecha se ha visto obligada a gestionar a cualquier precio la movilización que impone un sistema basado en la celebración de innumerables procesos electorales, ello no ha sido tanto el resultado de un programa político como del *marketing* y la propaganda electoral. No voy a detenerme aquí en mayores detalles hartamente conocidos. Sólo quiero destacar lo que me parece más significativo para el tema, como es la tendencia cada vez más acentuada a copiar el programa de la revolución que con tanto encono adversa antes y después de cada evento electoral, y en virtud de lo cual el candidato derechista intenta aparecer como el revolucionario que no necesita serlo para hacer bien lo que la revolución hace mal. Si esto suena un poco estúpido es porque se trata de una estupidez. No importa cuántos votos

—y no son pocos, por cierto— la derecha haya conseguido con una táctica así. Lo que interesa aquí es el contraste respecto al fascismo. Cuando fascistas y nacionalsocialistas arrebataron la bandera de la lucha social a los socialistas y la socialdemocracia, no lo hicieron como la expresión de una fanfarronería de *marketing* político, sino por el convencimiento íntimo de que no podían dejar en sus manos tal cosa y de que tenían que asumir la reforma social. No se conformaron con copiar el programa del enemigo con el propósito de salvar una coyuntura electoral. Pasa que un proyecto fascista no se plantea como una forma de competir con los socialistas en eventos electorales efímeros y periódicos, sino para arrancarlo de raíz de la nación y de su historia y marcar el rumbo de la sociedad por un camino muy distinto al que aquellos le deparan.

Pero hay que reconocer que en esto de la movilización electoral en particular, y en general el modo en que participa de las instituciones, es en lo que nuestra derecha más se parece a los fascistas. Aquello mismo que, por cierto, los revolucionarios están siempre tan dispuestos a reconocerle como democrático. Es éste un grave y flagrante error de apreciación del que la revolución ha de cuidarse, por la confusión que el mismo puede generar y por el modo en que la derecha, como de hecho ha sucedido, puede explotarlo en su favor. En este sentido, sólo la claridad ideológica puede evitar que la trampa demagógica que la derecha tiende a los sectores populares en cada proceso electoral funcione, con el correspondiente resultado comicial que pone en innecesario riesgo a la revolución.

De manera que, aparte de conformista (y aprovecho para recordar que así titula Alberto Moravia su novela sobre el tema: *El conformista*), esta derecha es demasiado perezosa para ser fascista. Cuando sale a la calle a matar gente y destruir instalaciones públicas decimos que se le cayó la máscara. Desde un punto de vista ideológico ello redundaría en la práctica muy poco sana en virtud de la cual los revolucionarios suelen dividir la agenda política de esta derecha, premeditadamente más ambigua que ambivalente, en democrática cuando van a las elecciones y golpista cuando toman los atajos extraconstitucionales. Cuando en realidad se trata de una sola y siempre la misma agenda: la de la democracia burguesa, tal cual ha sido planteada hoy desde los más recalcitrantes círculos de la reacción neoliberal. Mal puede una revolución que mira al futuro medir a su adversario con los parámetros políticos e ideológicos del pasado y pensar como si la derecha de hoy fueran esos demo-liberales históricamente inexpertos con los que tuvo que lidiar el fascismo de ayer. No estamos en la coyuntura crítica, hasta cierto punto súbita e inesperada de la Europa de entreguerras, sino en la estructura harto consolidada de un capitalismo imperialista y de un orden político e ideológico de proyección mundial. El servilismo de la derecha no se corresponde con un colonialismo tradicional, sino que es herramienta activa de lo que antes he llamado la globocolonización. Distinguir entre dos agendas de la derecha es evaluar los superficiales matices formales con que se muestra en sus acciones y pasar por debajo de la mesa lo esencial: la dimensión histórica a la que la ha asignado el neoliberalismo hoy en su cruzada mundial.

Cierto es que esta derecha no se cansa de mostrar su pronta disposición a recurrir a los más nefastos mecanismos que bien pueden ser calificados de fascistas por el modo en que recuerdan el accionar de los camisas negras y demás agrupaciones paramilitares que siempre acompañaron el accionar político del fascismo y el nacionalsocialismo. Pero en esto, tampoco la derecha de la que hablamos es muy original, y no sería justo desmerecer a aquellos quienes, como los tradicionales adecos, han sido pioneros en ese secular género *parapolítico* de reforzar la ideología a cachiporrazos, tal y como hicieron con sus famosos *cabilleros*. En historia política la conducta vil y criminal de un determinado grupo, secta o partido, en el poder o en la lucha por el poder, que se vale de cuerpos armados violentos para intimidar o exterminar a su adversario, no es cosa extraña ni mucho menos exclusiva del fascismo o del nazismo. Es éste el tipo de cosas que nos pretende hacer creer la historia escrita con la pluma impoluta del *mundo libre* o la maquinaria propagandística de Hollywood, que al final son más o menos la misma cosa. De manera que calificar a la derecha de fascista por sus métodos violentos y criminales es decir bien poco acerca de su especificidad como tal.

De hecho, ni siquiera en la misma Europa de aquella época a Franco se le puede considerar fascista pese a aparecer, como tantas veces se ha hecho, representado como el fascista menor al lado de Hitler y Mussolini. Es cierto que, hacia 1940, tras la derrota de la república y el fin de la guerra civil, la dictadura franquista se apoyó durante un corto tiempo en la labor de exterminio llevada a cabo por

los escuetos grupos fascistas que se hicieron cargo de todo aquel sospechoso de comunismo y anarquismo. En España, el fascismo hizo un gran aporte a la dictadura. Pero no por algo así hizo de ella un régimen fascista. Franco representa la derecha tradicional, carlista, la misma cuyos grupos se aliaron en la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), e incluso tuvieron una importante representación en el gobierno durante los años de la república. A diferencia de la socialdemocracia alemana o de los liberales italianos durante los años de esplendor del fascismo en Europa, la derecha española se sostuvo por sí misma y fue lo suficientemente fuerte como para sobreponerse a la experiencia republicana y no tener que dejar la *salvación* de España en manos de los fascistas, por inspirados, animados y dispuestos que los seguidores de Primo de Rivera estuvieran para ello. Para ser vil y criminal la derecha no tiene que ser fascista; le basta ser derecha.

No se debe hacer el juego a la democracia burguesa ni perderse en la humareda retórica de su discurso formalista respecto a la democracia pura, menos cuando éste pretende seguir sacando punta al fascismo de ayer como enemigo, igual que hace con los terroristas, los nacionalistas o el islamismo. Que no se le acompañe en tan grotesca cruzada perpetrada a nombre de la libertad. El fascismo de hoy no es más que el implícito en la democracia burguesa en su fase superior de desarrollo y decadencia. Los partidos neofascistas, los declarados como tales por sí mismos, no pueden competir con ella; apenas si contribuir con ella, dispuestos, incluso,

a prestar su imagen demoníaca (que los mismos liberales tanto contribuyeron a construir) para que los neoliberales tengan con qué asustar a quienes siguen a la revolución. Tales partidos son históricamente meras curiosidades en la arqueología de la historia política, instrumentos del orden burgués incapaces de rehacer como *fascismo original* lo que la democracia burguesa viene haciendo mucho mejor como su heredera.

Así, entre el modo represivo con que el fascismo acabó con la libertad de prensa y la libertad de prensa que imponen los grandes consorcios de la prensa mundial es difícil escoger. Así como es igualmente difícil escoger entre la abolición de todos los partidos políticos en el régimen fascista y el bipartidismo de una democracia representativa que no ha costado menos muertos, perseguidos y desaparecidos que cualquier dictadura, fascista o no. Desde este punto de vista yo diría que bien poco es lo que tendría que aportar el fascismo y el nazismo al acervo de infamia del que se ha hecho acreedora la derecha en América Latina. Y no me refiero sólo a las dictaduras, se entiende, Las originales ideas de rotar de un país a otro a dirigentes políticos, como se concibió en el *Plan Cóndor*, o convertir la figura del desaparecido político (puesta en práctica por vez primera por los cuerpos de seguridad de la Venezuela democrática surgida del popular 23 de enero), la tortura y el aislamiento en doctrina de seguridad nacional, tal cual se impuso desde la Escuela de Las Américas en todos los regímenes latinoamericanos, cualquiera fuese su naturaleza, constituyen un patrimonio de cinismo y vileza

que nada tiene que envidiar al conseguido por los regímenes fascistas en Europa hace casi un siglo. Pero claro, aquí también funciona el etnocentrismo historiográfico, y así uno puede entender que, no sólo en lo grande y heroico, sino también lo bajo y lo vil, el viejo continente siempre debe estar a la cabeza y que un crimen allá valga más que todos los cometidos en el resto del planeta.

Dicho todo esto, en realidad yo no puedo imaginar a la derecha venezolana ideando una guerra de expansión o un proyecto de rearme a gran escala, y no por pacifismo, sino por mediocridad y molicie. Más fácil es imaginarla añorando que el Pentágono desate una guerra que permita la intervención norteamericana y que continúe así celebrando las tantas que ha desatado. No me la imagino preparándose para invadir Cuba y matar a Fidel Castro, pero sí satisfecha con el criminal bloqueo estadounidense y frotándose las manos a ver si Fidel, aunque sea de viejo, se muere de una vez. La derecha venezolana no es fascista sino, más bien, pusilánime y cobarde, como toda la del continente, particularmente desde Pinochet. Y no me refiero acá a la suma de valor de quienes la integran, individualmente considerados (que conmovedoras muestras de ello han dado algunos) sino a ella como entidad política e histórica. Y lo que indico con ello es que carece de *conciencia de sí misma* como agente histórico, de su dimensión como potencia en el universo del accionar histórico. De allí su conducta irresponsable, su carencia de proyecto histórico y político propios, su grotesca disposición a adherir aquel que le permita permanecer con

el menor esfuerzo, su poca viril propensión al lloriqueo y el chantaje cuando las cosas no le van bien, su enfermiza dependencia del efectismo y la proyección mediática. Los fascistas justificaban sus crímenes. La derecha venezolana los niega con el desparpajo infantil de un *yo no fui*. Los fascistas se inspiraban en su concepción de sí mismos como voluntad de poder. La derecha aspira al poder, pero no tiene voluntad de poder; espera que se lo cedan o toparse con él en cualquier esquina. En realidad, así se puede ser vil y criminal, tanto como un fascista o más; pero nunca fascista.

En honor a la verdad, acaso esta caracterización no sea exclusiva de la derecha venezolana, sino que más bien se corresponde con un comportamiento general de la derecha en el marco de la llamada globalización y el fin de las ideologías, y con la que nuestra derecha comparte la vana idea de que el socialismo se vino abajo a finales del siglo XX, simplemente porque se desplomó el muro. Un fascista no se habría conformado con algo así, y para creer en algo así tendría que haberlo derribado él mismo con sus propias manos, y sólo lo habría hecho para colocar algo –según él mejor– en su lugar. Pero la derecha sí, tanto la internacional como la nacional. Incapaz de satisfacerse con el triunfo del propio proyecto que no tiene está siempre preparada para hacerlo con el fracaso de los que le son ajenos. El orden mundial posterior a la guerra Fría se basa, entre otras cosas, en un espíritu de este tipo. De manera súbita, el mundo libre se quedaba sin su más encarnizado enemigo: el comunismo. Y tuvo que inventarse rápidamente uno: el terrorismo. Ahora le tocaba luchar contra el más ambiguo, resbaloso,

indefinible y nebuloso monstruo que amenaza la frágil, pura y siempre dócil doncella de la libertad (si esto último suena puritano es porque la libertad a la que me refiero mucho de ello tiene, se entiende). Desde el punto de vista ético, el neoliberalismo es la Meca de la cobardía intelectual.

Toda la filosofía de la historia elevada por el neoliberalismo sobre las ruinas de la URSS y el fin de la guerra Fría, amén de no ser más que un refrito de economía política de mala muerte, es una farsa ridícula y sin elocuencia. ¿O es que la premisa del fin de la historia y de las ideologías puede calificarse de otra manera que no sea de estúpida? Pero esto no importó, y no le importa a la derecha que nunca alcanzó ver en el fin de la guerra Fría algo así como el cambio geopolítico que, más allá de los avatares de la geopolítica, abría las puertas de la historia hacia nuevas épocas. No. Pragmática e ignorante como sólo la burguesía puede serlo, según la definió para siempre Balzac, sólo pudo ver en aquella crisis mundial la mera luz verde para la perpetración de sus fechorías. Ante la duda, la enorme interrogante; ante el abismo histórico al que que se asomaba temerosa la humanidad allende la polvareda que dejaba tras su caída el inefable muro, la derecha sólo habló para decir que se había acabado la historia. Nos enteramos entonces que el tedioso cuentico de la historia llegaba hasta allí: todo el mundo a casa y a no pensar más en eso de cambiar las cosas, que las cosas ya no cambian. Con el neoliberalismo la democracia burguesa entraba en su fase más brutal, y también más estúpida, como lo demuestra el maniqueísmo pueril de sus más encarnizados voceros.

Más allá de la cobardía y la estupidez elevados a rango de alta política, la globalización, al parecer, no añade nada nuevo a la peculiaridad del fascismo como proceso histórico y todo indica que éste seguirá siendo, como ya señalé, un fenómeno circunscrito al mundo de la Europa de entreguerras. Su papel como cancerbero del imperialismo y el capital financiero se ha desactualizado. Sus métodos viles y criminales fueron requeridos por una democracia burguesa con muy poca experiencia, que apenas comenzaba a superar la rémora de los sistemas electorales excluyentes y censatarios y ya tenía que lidiar con el voto universal, directo y secreto; la reducción de la jornada laboral y la expansión de los sindicatos; la primera gran crisis realmente mundial del capitalismo y, por si fuera poco, la primera revolución socialista en los enormes y atrasados predios de una dinastía con casi cuatro siglos de antigüedad y de los que nadie sospechaba fuese a emerger algo así. Esa Rusia que desde los tiempos de Pedro el Grande tanto empeño puso en *européizarse*, y que ahora, tras el banquete geopolítico de Occidente en Brest-Litovsk, se apartaba de ella, igualmente oscura y temible, acaso cociendo tras sus infranqueables estepas invernales el brebaje ideológico que acabaría con la civilizada y vieja Europa. En su momento, Napoleón enfrentó aquel oscuro terror que nublaba los cielos del mundo civilizado. Casi un siglo después, tocó a Hitler hacer lo propio y sucumbió al mismo invierno. La que abrió las puertas de su propia historia al fascismo fue una sociedad burguesa cada vez más industrializada y comprometida hasta los codos en una acelerada expansión imperialista; a la que el genio de Napoleón y el clásico bonapartismo le quedaban chicos; la socialdemocracia y el liberalismo des-

gastados nada podían proponer ni a pobres ni a ricos, y el socialismo prefirió quedarse mirando el ombligo. La guerra la paralizó. El fascismo la pondría en marcha de nuevo. Que no nos engañe el espejismo del antifascismo neoliberal. El fascismo no es ese demonio venido de los abismos subconscientes de una mente perversa a apagar el brillo de una democracia impoluta. No es resultado de la magia, sino de la historia, con la que la magia neoliberal se muestra siempre tan reñida. El fascismo ni es Mussolini ni éste lo inventó. Es, ante todo, una época en la larga historia del capitalismo burgués marcada por el espíritu de desolación que la crisis política, económica e institucional, trajo a la Europa recién salida de la primera gran guerra imperialista. El fascismo no viene de Mussolini. Estaba allí, incubado a lo largo de una generación. Mussolini fue al fascismo. Activista incontenible, más sentimental que racional, Mussolini le adjudicó una significación y una simbología; lo dotó de un programa de acción, una retórica y una iniciativa. En un meteórico viaje personal de la extrema izquierda a la extrema derecha, en el camino, se convirtió en su *condottieri*.

Pero el mundo libre, el que tuvo su acta de bautismo con el recetario geopolítico que se conoció como los *19 puntos de Wilson*, y que hubo de ser rebautizado en Potsdam y Yalta veinticinco años después, pese a la presencia del indeseado de Stalin (para quien Truman preparaba un tratado especial en los laboratorios nucleares de Arizona) ya no requiere de los servicios del fascismo. Apenas de su inspiración, sus enseñanzas y sus métodos; eso sí. Métodos que, enriquecidos, perfeccionados y actualizados, permitirán a la democracia

burguesa sobrevivir en las más adversas condiciones, y hacerlo alardeando de la libertad y la democracia y sin que la infame ciudadanía que se somete a la farsa lo advierta o pueda hacer algo contra ella en caso de advertirlo. Desde entonces, cualquiera de las grandes democracias de Occidente ha invadido más territorio, matado más gente y arrebatado más riqueza que Hitler entre Francia y Rusia. La democracia burguesa de hoy no es, como la de ayer, tímida respecto a la guerra. Por el contrario, sólo puede saciarse a plenitud en ella. La destrucción es su gran negocio. Y esto tampoco es metáfora, al menos que se considere tal el crecimiento siempre sostenido de la industria de armamentos. Todas juntas, las acciones de exterminio practicadas por los nazis palidecen ante la destrucción atómica de un Japón ya arrasado y derrotado por los métodos convencionales tres años antes y con el miserable propósito de lanzar una advertencia a Rusia y trazar una frontera geopolítica de mucho mayor alcance para el planeta que la del muro de Berlín en Europa. Los grandes emporios de la prensa libre han desarrollado métodos de propaganda de guerra en tiempos de paz que están a años luz de los manuales de Goering, sin que por ello dejen de tener en el genio de la propaganda nacional-socialista a su gran maestro. El *macartismo* demostró que los nobles y abnegados parlamentos de la democracia burguesa no tienen por qué recurrir a infames falanges clandestinas que hagan el trabajo sucio de reprimir y apalear comunistas; se pueden ensuciar ellos mismos, pues cuando este tipo de labor se hace a nombre de la libertad no es sucia, sino digna. El mismo principio sirvió para acabar con los izquierdistas en Nicaragua, donde los fascistas también se quedaron sin

trabajo, pues para tan noble causa se bastaron los *contras* o mercenarios que fueron una fuente segura para el tráfico de drogas. Para matar a Arnulfo Romero tampoco hubo que recurrir a los fascistas. El Papa se bastó a sí mismo. Su sólo abandono lo condenó, no sin antes exigirle que evitara los conflictos con el ejército salvadoreño. El mismo Papa, por cierto, que desde mediados de la década de los ochenta, junto con Thatcher y Reagan, emprende una cruzada neoliberal que aún no termina y demuestra así cuánto ha cambiado un Vaticano que tanto debe a los fascistas, pero que hace tiempo ya cuenta con sus propios medios para perseguir izquierdistas, según testimonio, de manera muy eficiente por lo demás, la incansable labor de Joseph Ratzinger al frente de la Congregación para la Defensa de la Fe. Oleada neoliberal que, por cierto, no sólo consolidó a la derecha en todo el mundo sino que, además, arrastró a socialistas y socialdemócratas en Europa y muchas otras partes, incluida Venezuela, que comenzaron entonces a compartir las mieles de la sociedad burguesa y su fascismo potenciador, y a echar por tierra las anacrónicas tesis trotskistas relativas a la democracia como contexto para la revolución. En el marco de la globalización qué parecidos a Stalin han resultado al final tantos antiestalinistas de los tiempos de la guerra Fría. Aunque por motivos bien distintos, claro está. Stalin era un dictador. Estos socialistas, cuya sabia decadencia sólo alcanzó para abrazar la democracia burguesa antes que el mundo mejor se las arrebatara, son mero nutriente del fascismo que corre por las venas de esa democracia burguesa, carroña histórica de la que ésta siempre se alimenta.

Y a la luz de lo dicho, qué decir de Venezuela, ese impecable modelo de democracia que nació de un pacto hecho a la medida y bendecido por el Departamento de Estado y Rockefeller; y en el que sus líderes históricos de la democracia, ungidos por el imperio, no tardaron en asumir tempranamente su tarea de profilaxis política al más genuino estilo fascista, ilegalizando partidos y persiguiendo a la izquierda con leyes, policías y cabilleros. Nos asombramos del modo en que fascistas y nacionalsocialistas controlaban empresas, sindicatos y tribunales; pero nos parece lo más natural cuando lo hacen adecos y copeyanos. En cuanto a reforma social, por ejemplo, convendría aquí recordar que la reforma agraria planteada por Acción Democrática era mucho más rigurosa y radical que la de cualquier fascista europeo, pero que igual no importó para que se afirmara una estructura latifundista en el campo que nada tiene que envidiar a aquél. Pero eso qué puede importar. Demagogia, que cuando tiene lugar en la democracia venezolana pasa. Pero que en manos de un régimen fascista indigna. No diré nada de la estafa que fue la negociación de la deuda externa, ni de los auxilios financieros en plena crisis bancaria y demás episodios vergonzosos para que no parezca que pretendo reivindicar al fascismo italiano o el nacionalsocialismo en Alemania.

Y uno se pregunta, en un mundo así configurado por una democracia burguesa mucho más experimentada y cínica que la de principios del siglo XX, donde la derecha, políticos y curas, para salvarse, se ha puesto ella misma al frente sin dejar de ser, o parecer (lo cual es mucho más importante)

demócrata y ya ni siquiera tiene que perseguir socialistas porque antes éstos se suicidan históricamente (se entiende que no tengan el valor de hacerlo físicamente), ¿qué lugar puede quedar aún para el miserable fascismo original? Y, so pena de crimen de lesa ingenuidad, no viene al caso solazarse de algo así, pues la derecha ha dado suficientes pruebas de hasta qué punto está dispuesta a tomar su lugar, lo cual no la convierte en fascista, sino en algo mucho peor.

D

COLECCIÓN
DIFUSIÓN

LA REVOLUCIÓN Y EL MITO DEL FASCISMO

Hay que entender que después del fascismo –el histórico concreto, el europeo– hablar de fascismo sólo supone aproximarse desde el presente a lo que aquel fenómeno fue, según la conducta de partidos, grupos, instituciones o individuos que se inspiran en él o lo emulan; pero no a su *reproducción histórica* como tal. Lo cual no quiere decir que los emuladores de hoy sean menos nefastos, criminales y peligrosos que los originales de ayer, y que no estén llamados a jugar un papel histórico similar o equivalente en la América Latina de inicios del siglo XXI al de los fascistas en la Europa de las primeras décadas del XX: detener el avance del socialismo.

Tarea mucho más ardua y perentoria si se toma en cuenta que, a tales efectos, acaso la Venezuela bolivariana sea una amenaza mucho mayor para el orden democrático burgués de lo que en su momento representó la Rusia bolchevique. En tales circunstancias, no es de extrañar hoy el que resurjan, como de hecho ha sucedido, grupos o partidos adscritos al más genuino programa fascista. No obstante, la reaparición del fascismo no es históricamente un proceso viable por sí mismo. Y no lo es no por presunta incapacidad o timidez de los *neofascistas*, sino, principalmente, porque la mismísima *democracia burguesa*, paradigma y modelo a seguir por todos los países hoy, ha asumido como suyos conceptos y métodos fundamentales del fascismo que lo hacen históricamente innecesario. El fascismo no tiene posibilidad en la historia hoy. La democracia burguesa ha ocupado todo el espacio

político e ideológico que éste podría volver a usufructuar. Por más que se desmarque de él como lo que ella no es, la democracia burguesa debe tanto al fascismo como a los más excelsos clásicos del pensamiento político dieciochesco. El descarado pragmatismo político del que hace gala la acerca más a Hitler y Mussolini que a David Hume. El fascismo es parte de su propia, inconfesable biografía. En tal sentido, democracia burguesa no es lo mismo que fascismo, sí; pero dicho esto en el mismo sentido que el adulto deja de ser niño. En el marco histórico, político, institucional y cultural de la democracia burguesa, derecha y fascismo son como caras distintas de la misma moneda.

¿En qué medida puede calificarse de fascista a la derecha venezolana y qué puede significar hacerlo en el contexto de cambio y transformación de la revolución bolivariana? Pareciera que con el término fascista se pretende señalar hacia la *derecha extrema*, la versión más radical y reaccionaria de ella. Pero, cabe preguntar, ¿hay una derecha que no sea extrema?, ¿hay alguien que nos pueda mostrar el *segmento moderado* de la derecha que hoy defiende la democracia burguesa? El esplendor de la socialdemocracia comenzó a apagarse después de la Segunda Guerra Mundial, como efecto, entre otras cosas, de la expansión del fascismo iniciada en la primera. El estado de bienestar con que se inició la posguerra duró poco. Hacia mediados de la década de los setenta el avance de la derecha, ideológicamente concebido por el neoliberalismo empujó, y sigue empujando hoy, en dirección al capitalismo más depredador y salvaje. En el proceso, la socialdemocracia y el socialismo europeos se

derechizaron hasta desaparecer como tales, aunque se sigan llamando igual, y partidos de derecha, como el español, hayan pasado a llamarse Partido Popular. Hay que admitir hoy que, en la secular tarea de salvar a la democracia burguesa de la revolución social, lo que logró el fascismo palidece frente a lo alcanzado por el neoliberalismo. ¿Cuál es, insisto, la derecha que no es extrema?

Si se le quiere llamar fascista, aunque en más de un sentido no lo sea (y hasta sea peor que los fascistas), para referir su evolución como parte y expresión de las formas más infames y reaccionarias que han llegado a adquirir el capitalismo y la democracia burguesa que lo regenta, vaya y pase. En cuyo caso, el término fascistoide, como autoriza el lenguaje para referir una réplica pobre y mediocre del original, luce mucho más apropiado. Pero que ello no se haga con el ingenuo propósito de distinguir una *extrema derecha* de una *moderada* que no lo es. Ello equivaldría no al uso incorrecto de un término, sino a una incorrecta apreciación de la realidad política cuyo costo para la revolución puede ser enorme.

Es ésta una revolución que se ha hecho un espacio en la democracia burguesa; en su seno llegó al poder. Pero la revolución no está llamada a hacer causa común con la democracia burguesa, mucho menos con una que, como se ha venido indicando, no requiere del fascismo como aquella de principios del siglo XX y aprendió de él más de lo que su propia imagen autoriza reconocer. Esto sería un error estratégico que puede generar una gran confusión ideológica en el pueblo. Por lo demás, piénsese que la misma democracia burguesa que se

hizo cargo de la *demonización* del fascismo durante la guerra Fría es la que lo hace respecto a Irán, Venezuela o Bolivia hoy en la globalización. En el primer caso se trata de legitimarse a sí misma. En el segundo deslegitimar regímenes políticos que son adversos a sus planes de hegemonía mundial y que, a diferencia de los de Mussolini o Hitler, no son mera *obsesión criminal*. Son tan reales como criminales, históricamente.

Todos recordamos a Karl Kautski, el renegado. Es claro testimonio histórico de cómo socialistas y comunistas fustigaron a la socialdemocracia y nunca cesaron en su política de desgaste de su enfoque reformista, por considerar que ello no era sino una forma de diferir la revolución, confundirla y replegarla. Más allá de la disputa teórica, ésta fue actitud que terminó por desgastar a toda la izquierda y favoreció, con ello, el advenimiento del fascismo en Europa. La derecha no actuó así. Y lo que hoy interesa tener claro a la revolución es que, en su forma fascista o en su forma moderna y neoliberal, la derecha no fustigó la socialdemocracia. No se gastó en desgastarla; se la tragó entera, de un sólo envión la desapareció. No se molestó en robarse sus banderas. La enterró con ellas en el mismo cementerio histórico e ideológico en el que la democracia burguesa ha hecho desaparecer todo intento de revolución y sobre el que hoy reina. Hablar de fascismo para referirse a la democracia burguesa como tal, al modo en que la derecha que la sostiene se mimetiza en un discurso social democrático, es correcto hasta cierto punto. Pero distinguir entre una derecha que es fascista y una que no lo es resulta temerario. El papel de la revolución no es salvar a la democracia burguesa, mucho menos haciendo

causa común a tales efectos con una derecha *moderada*. El papel histórico de la revolución es destruir la democracia burguesa, única forma real y realista de acceder a la democracia participativa y el poder popular que ella postula como forma política. En la medida que lo logre, y sólo en tal medida, habrá derrumbado el orden burgués. A éste no se le destruye cuestionando la propensión al crimen y el golpe de Estado por parte de la derecha; llamándola fascista cuando actúa así. Mucho menos aplaudiendo su espíritu democrático cuando participa en procesos electorales.

Voy a retomar las ideas fundamentales de lo expuesto hasta aquí para plantear el problema al que, me parece, se enfrenta la revolución. Pues yo sí coincido en que la derecha acentúa los rasgos fascistoides de la democracia burguesa. Pero, al mismo tiempo, creo que hacerlo en el marco de una *revolución socialista* no es cosa que se pueda tomar a la ligera, mucho menos cuando vemos a su dirigencia ocupada en medir con los parámetros de la democracia burguesa hasta dónde llega la derecha moderada y dónde empieza la fascista, o fascistoide, para ser más precisos. Democracia burguesa: la revolución no está ante un problema institucional, sino ante uno de orden ideológico y estratégico.

Hace cuarenta años Salvador Allende era derrocado por Pinochet. El primer intento de implantar el socialismo por medios pacíficos llegaba a su fin por medios violentos. La de Allende fue una revolución basada en una teoría revolucionaria inédita, la que ya se ha indicado respecto a la nueva izquierda, cuyos presupuestos, como también se ha indicado,

se apartaban de la ortodoxia que en materia de estrategia había hasta entonces predominado en la izquierda. Al pretender transformar la sociedad burguesa desde las instituciones que le son propias, la revolución iniciada por Allende en Chile abría la historia de los procesos políticos hacia nuevos e inciertos derroteros. No fueron muchos los que se entusiasmaron con el intento, y muchos más los que confirmaron su decepción al conocer su rápido aborto. Barrida por un tan clásico como vulgar golpe de Estado militar, que sería el preludio para el advenimiento de otras dictaduras militares en el continente, la experiencia duró poco y abrió la historia de Chile a casi dos décadas de régimen totalitario, sin contar lo que del mismo sobrevive y permanece incólume en la democracia burguesa actual. En su momento, para resaltar la naturaleza cruel y represiva de estas dictaduras, la izquierda se apresuró a calificarlas de fascistas. Lo que a mi modo de ver fue y es un error, pues lo que en realidad tuvo lugar entonces en Chile fue el resultado de la reacción de la derecha tradicional representada en una *aristocrática* y elitista institución militar y no de un masivo movimiento político al estilo de Hitler o Mussolini.

He aquí, como ya se ha indicado, el primer elemento por el que pasa la diferenciación entre derecha y fascismo. Se trata de un aspecto fundamental. Si lo que se quiere es tener una perspectiva adecuada de la realidad política, es decir, realista, y no hacer del fascismo mero y vano insulto, conviene tener en cuenta el hecho de que muy a diferencia de la derecha, de esa que actúa desde la más tradicional visión reaccionaria de la política, de inspiración decimonónica y antijacobina,

el fascismo actúa desde lo bajo, como movimiento de masas; no es un orden que desciende del cielo de la política, sino más bien una irrupción que asciende desde el subsuelo de lo social. Sus bases no están en el orden oligárquico que la burguesía ha copiado de la más rancia tradición aristocrática, sino en la movilización de los sectores populares y la pequeña burguesía descontentos que el socialismo intenta captar. La derecha pinochetista vino a restaurar un orden legitimado por tradición y que Allende pretendía descalabrar por revolución. Los fascistas se plantearon uno nuevo en el que, según ellos, no cabía la revolución y quedaba para siempre conjurado el socialismo como el mal mayor. Para ello, no se agazaparon como hienas en los cuarteles; como hienas fueron por ellos a la calle, saquearon su espacio ideológico, arrebataron e izaron como propias banderas que no eran suyas y que su proyecto transformó en otra cosa. Los fascistas empujaron a los socialistas al abismo de la inercia y la molición política. Hitler intentó ahorrarse tanto trabajo con el temprano y fallido golpe de 1923, que fracasó, precisamente, por no tener apoyo del ejército y que, afortunadamente para él, le permitió seguir expandiendo y masificando el movimiento. La pregunta: ¿en tanto que fenómenos históricos cuál es la correspondencia entre la Alemania de Hitler y el Chile de Pinochet que nos permite calificar a este último de fascista?

A todo esto hay que agregar el carácter nacionalista e imperialista del fascismo, lo que lleva a preguntarse igualmente hasta qué punto puede ser fascista una derecha que, como la latinoamericana, se caracteriza por ser, precisamente, antinacionalista y servil, sin proyectos y tan dispuesta a suscribir

los del imperio, puede realmente ser vehículo de un auténtico proyecto fascista. Cualquiera sea el alcance de la respuesta a esta pregunta, en virtud de los presupuestos del imperialismo para esta parte del mundo, el de la derecha latinoamericana no puede ser sino un fascismo de segunda, servil, fascismo de caporal y que, junto a lo antes dicho, coloca a Pinochet y sus congéneres a una enorme distancia de los líderes históricos que han pretendido emular o que hemos pensado que emulaban. Tales regímenes, por oscuros y terribles que puedan ser, no son fascistas, aunque bien poco tengan que envidiar al fascismo y, en atención a su servilismo puedan ser, incluso, peores. En realidad, como ya lo he indicado antes, ni siquiera en la mismísima Europa, la dictadura franquista lo fue. Quienes aquellos dirigieron llegaron al poder por la vía del golpe de Estado, es decir, saltándose el orden institucional de la democracia burguesa, sin apoyo popular y no como Hitler o Mussolini que, para ello, nunca se apartaron de los cauces legales.

El problema hoy para la democracia burguesa es que la izquierda ha resurgido y, sobre todo, que para hacerlo se ha despojado de la ortodoxia que a la larga la paralizó durante la guerra Fría, hasta el punto de hundirse con ella. En el marco de la globalización estamos ante una dialéctica inversa a la que predominó durante la guerra Fría. Una izquierda fundamentalmente sectaria, que sólo se ocupaba del socialismo científico y muy poco dispuesta a compartir su concepto de revolución con individuos, grupos, sectores o tendencias más allá del entorno revolucionario al que ella misma lo había circunscrito, ha dado paso a una dispuesta a aliarse por igual

con curas y creyentes, ambientalistas, militares, homosexuales, etc. A diferencia de aquella, esta izquierda sí cree que es posible la revolución en el marco institucional de la democracia burguesa. Por el contrario, la derecha, pertrechada en el orden legal e institucional de la democracia representativa, estaba dispuesta a aceptar todo lo que no atentara contra dicho orden, incluso una izquierda sujeta a sus mecanismos y que, por lo mismo, se conoció como la izquierda del sistema.

La izquierda que resurge cambió por completo esta dialéctica. En sentido inverso a lo que acontecía en política durante la guerra Fría, mientras que la derecha se cierra, la izquierda se abre. Se proyecta sobre todos los sectores de la población y está dispuesta a compartir su concepto de revolución con todo aquel que lo anime alguna forma de cambio. No se molesta mucho en precisar su concepto de clase social y prefiere dirigirse a la enorme, ambigua y amorfa masa que llama excluidos. Tampoco le preocupa mucho el futuro. Sabe que es mucho más práctico y palpable insistir en la idea de nación y soberanía para llegar a él. Y aunque las leyes sean, como decía Marx, una simple estructura reflejo de las relaciones de poder, sabe que a través de ésta puede corroer el orden establecido y cambiar dichas relaciones. Se trata, en suma, de una izquierda con voluntad de poder y que, para alcanzarlo, ha cambiado de estrategia y se vale de las instituciones de la democracia burguesa.

Treinta años después de la chilena, hacia las postrimerías del siglo, la revolución bolivariana en Venezuela intenta una vez más poner en práctica aquella teoría, con un proyecto

surgido del sector militar y que, muy a diferencia de lo que aconteció en Chile, y habiendo sido sometida a una reacción similar por parte de la derecha, aún permanece. Experiencia ésta que, como se sabe, ha tenido importantes réplicas en otros países del continente latinoamericano y que, curiosamente, la derecha, a su vez, se empeña en calificar de fascistas. ¿Error? Sí. Pero no como el de la izquierda, producto de una falsa creencia o de la ortodoxia, sino premeditado; guerra de cuarta generación. ¿O puede alguien pensar que, cuando así actúa, el más ingenuo representante de la derecha, en realidad, se lo cree? Obvio, sí, para el avezado, mas no para quien inocentemente está dispuesto a creer que el fascismo es mera propensión a la dictadura, la violencia y la transgresión de las leyes y las instituciones.

Y si se observa que la corrosiva acción mediática sobre movimientos como el *chavismo* incluye, entre otras cosas, el asemejarlo al fascismo no sólo por violento, sino, principalmente, por su concepción respecto a temas fundamentales como el papel del Estado, el nacionalismo, la soberanía, la planificación económica, el acceso a los alimentos y los servicios, el papel social de la fuerza armada y las milicias, etc., la revolución se encuentra ante un problema ideológico mucho más sensible y delicado de lo que suele parecer a simple vista. Este intento de hacer coincidir chavismo y fascismo se cae por su propio peso, con sólo preguntar, por ejemplo, a quienes plantean semejante necedad, cómo resolver la flagrante contradicción en la que incurren ellos mismos al afirmar que la revolución ha llevado a la implantación de un *Estado corporativo* y, al mismo tiempo, que ha desencadenado el odio

y la *lucha de clases*. Podrían citarse otros ejemplos en el mismo sentido. Por supuesto, ello supone tener muy claro lo que es el fascismo como categoría política y que los revolucionarios no se presten a participar tan alegremente en ese festín estilo guerra de pasteles en el que acusaciones de fascismo van y vienen, y cuya confusión sólo puede beneficiar a la derecha.

No sabemos hasta qué punto algunas de las tesis de Trotski recobran su vigencia con esta nueva izquierda, que no ha destruido la democracia burguesa pero que se ha apoderado de ella. Escenario del todo imprevisto por la derecha que, de súbito, se ve coexistiendo en el mismo orden con una izquierda de la que juraba haberse salvado para siempre. Con esta nueva izquierda la revolución ha dejado de ser, cuando lo fue, un mero ronquido en la cueva histórica de la democracia burguesa para meterse a vivir en ella. Una vez más el fascismo original queda fuera. El problema para la derecha es que queda al desnudo. Sin proyecto y demasiado servil y perezosa como para construirse uno, sólo cuestiona lo que la revolución hace. Frente a su enemigo consigue más votos de quienes la odian que de quienes la aman por sí misma. Los criminales métodos para sacar a la intrusa izquierda del poder no sólo la hacen lucir tan brutal como los fascistas, sino más bruta que ellos. Tales son las dimensiones reales de un problema histórico que la manía de distinguir entre una derecha extrema, o fascistoide, y otra que no lo es, torna vano y, por lo mismo, peligroso para la revolución.

Sin embargo, la revolución tiende a reproducir la tradición de calificar como fascista lo que, en rigor, no es, y que la

izquierda iniciara con respecto a Pinochet. Una calificación de fascista que señala hacia la conducta violenta de la derecha, pero que, al mismo tiempo, descuida el papel de esa misma derecha en el marco de las instituciones. Hacer del fascismo un sinónimo de derecha extrema y violenta sólo muestra una parte de la verdad, y no la más rigurosa respecto a la venezolana. La otra parte de la verdad, la que nos habla de su disposición a mantener el otro pie en el orden legal, nos la pinta como democrática y que participa en elecciones; ésta es de la que la revolución se ha de cuidar. Es allí hacia donde la reflexión ideológica y la teoría revolucionaria han de mirar. Voy a aprovechar para decirlo de una vez: hallo mucho más fascismo en la creciente tendencia que ha mostrado la derecha a lo largo de los innumerables procesos electorales celebrados en la Venezuela bolivariana, aunque sólo haya ganado uno de un total de dieciocho, que en la manera necia por apolítica en que el candidato perdedor en el último de ellos se ha negado a reconocer los resultados. Este enorme capital electoral, no necesariamente político o ideológico, pero suficiente para ganar un evento electoral y tomar el poder, tontamente dilapidado en acciones tan violentas como innecesarias políticamente, ha sido conseguido con un discurso hacia los sectores populares robado a la misma revolución. Esto es lo más fascistoide que tiene la derecha, y lo más preocupante también.

El uso abusivo, por poco preciso, del término *fascismo* conduce a una confusión que en nada contribuye al debate político e ideológico en general, y mucho menos a la definición de temas ideológicos fundamentales, como el de la teoría revo-

lucionaria. Tarea ésta que, a quince años de los inicios de la revolución, representa un pasivo político e histórico que pudiera resultar demasiado caro a ella. Por lo demás, una confusión así sólo beneficia a una derecha que, en virtud de su pragmatismo y carencia de proyecto propio, no tiene como prioridad ocuparse de principios doctrinales y cuestiones teóricas en general. A la derecha la ocupa el *marketing*, el evento electoral en sí mismo. Participa en elecciones no porque pretenda cambiar la historia sino, precisamente, para que nada cambie y poder mantener la democracia burguesa igual a sí misma, al ritmo de un transcurrir de período en período presidencial según el cual todo pase y nada cambie. Y en esto, la derecha la tiene mucho más fácil que el fascismo original para destruir la revolución. Si la revolución se sujeta al mismo ritmo se coloca peligrosamente al borde del abismo, como ya ha sucedido. Si no entiende que su dimensión es histórica, no electoral, está, a la postre, perdida. Y para entenderlo no basta con hacerle el juego a la derecha en el plano institucional llamándola fascista, ni mucho menos reivindicando la porción no extrema de ella. El enemigo histórico de la revolución no es la derecha violenta, ni la moderada –de ser posible tal distinción en el sentido estratégico– sino la democracia burguesa en la que coexiste con una derecha que, por lo mismo, toda ella, sólo puede ser fascistoide o no es derecha.

Tal es a mi entender el punto central en cuanto al fascismo de la derecha en Venezuela se refiere. Cuando vemos al director de lo que una vez fuera el prestigioso diario que en plena democracia burguesa abría sus páginas a la izquierda,

ahora infamando a esa misma izquierda y al pueblo, llamándolo chusma y lumpen de siempre con la misma carterita de ron y bollo de pan bajo el brazo, estamos contemplando al derechista genuino. Cuando lo vemos negar su infame conducta y evadir su responsabilidad como editor porque, se entiende, él sería incapaz de algo así: he ahí al fascista. El derechista insulta al pueblo. El fascista lo halaga. Nada nos acerca tanto al pseudofascismo de la derecha que su cada vez más determinante propensión a mimetizarse en lo popular, ajustarse a la narrativa de la revolución y, al mismo tiempo, tratarla como en un problema de gestión que convierte la dimensión histórica del proceso revolucionario en un mero asunto de corrupción e incapacidad administrativa. Yo no sé si la derecha actúa así por astucia o ignorancia. Pero la táctica ha mostrado ser igualmente efectiva. Si esto no se asume como un problema de alta política, la cosa va mal. Pues mucho más cuesta al pensamiento y la acción revolucionaria convertir la revolución en un problema de conciencia —es decir, de totalidad del proceso histórico— que a la narrativa fascistoide de la derecha presentarla como un asunto de gerencia.

Pero, por otra parte, y en esta misma línea de reflexión, aquí no se trata sólo del modo en que la derecha ha aprendido a mimetizarse en lo popular, aun cuando sólo sea, como se sabe, con fines electorales. De la misma manera, nada nos acerca tanto a su pseudofascismo como la acérrima defensa que pretende hacer de la democracia, lo cual puede parecer paradójica pero no lo es. Hay que reconocer y entender que la

revolución hasta ahora es un proceso de *ocupación ideológica* de un territorio institucional que no le pertenece. No se puede confundir la táctica de llegar al poder por la vía institucional de la democracia burguesa con el proceso histórico de cambio que la revolución se propone. La derecha siempre se desmarca del fascismo original. Pero con ello no hace sino reproducir el fascismo mismo implícito en la democracia burguesa: la abolición de los partidos. Por supuesto, no hay que ser ingenuos esperando a que a la derecha se le caiga la máscara y verla proclamar algo así. No lo necesita. Ella sabe muy bien que la democracia burguesa no está llamada a abolir partidos (aunque lo haya hecho en más de una oportunidad) sino a evitar que surjan y, en el caso de surgir, que sean inoperantes y sin consecuencia alguna para el orden democrático burgués. No otro ha sido el papel del bipartidismo en los regímenes representativos. La derecha lo sabe. Tanto la extrema como la moderada. En cualquiera de sus versiones y al igual que los fascistas, la derecha está llamada a destruir la revolución. ¿A cuenta de qué diferenciar entre ellas? Para la democracia burguesa la revolución es un error de cálculo que intenta rectificar. Para ello se aferra a su propio orden institucional usurpado, y hace llamados a la doctrina internacional que secularmente la legitima. La revolución no puede legitimarse en el contexto de la democracia burguesa sin legitimarla a ella. Desde el punto de vista institucional tiene el derecho. Pero desde el punto de vista histórico sólo cuenta con su propia concepción de sí misma como voluntad de poder. O destruye la democracia burguesa o, legitimándola, se integra a ella, se destruye a sí misma.

Cuando uno observa el desempeño político de la derecha no está frente a un problema ideológico o doctrinal, sino frente a una conducta pragmática, premeditadamente ambigua, circunstancial. Políticamente, la derecha no opera con base en tesis y doctrinas específicas, sino con pretextos efímeros. He ahí la naturaleza fascistoide que le impone su servilismo. Es *democrática* mientras no tenga la necesidad histórica real de plantearse lo contrario. Es decir, mientras nada atente contra la democracia burguesa. Para decirlo en términos sintéticos: toda derecha es potencialmente fascismo, aunque, por razones históricas y por su naturaleza servil dentro del entorno imperialista del que depende como tal, sólo alcance a ser fascistoide. Pero nos equivocamos cuando remitimos tal naturaleza fascistoide a su conducta violenta, al margen de la institucionalidad, y aceptamos como *democrática* su reconocimiento del orden legal y su participación en la vida institucional. Pues, al igual que la revolución se ha valido de dicha institucionalidad para acceder al poder, la derecha se vale de lo mismo para recuperarlo. Su propósito, una vez más, como ya lo fuera para el fascismo, es destruir la revolución, arrancar el mal de raíz, pero sin cambiar la democracia burguesa. No hay que engañarse. Esto es lo único que nuestra derecha tiene de fascista. Curiosamente, insisto, lo mismo que cada vez que abandona las veleidades golpistas por lo que la acusamos de tal y retorna a los cauces institucionales estamos tan dispuestos a reconocer como bueno y democrático. La derecha no participa en el juego democrático porque crea en él y con el propósito de reafirmarlo como valor supremo de la existencia política. Lo hace para destruir una la revolución que le vino a aguar la fiesta y no le permite seguirse valiendo

de la democracia para mantenerse en el poder y garantizar sus servicios al imperialismo global. Su fascismo consiste en lo claro que tiene su propósito y su disposición a recurrir, como lo demuestra día a día, a cualquier medio para ello. La pregunta es: ¿tiene la revolución igualmente claro el suyo?

El problema para la revolución es darse cuenta de que su coexistencia con la derecha es inequívoco síntoma de que no ha logrado superar el obstáculo que impide su concreción como tal. Si bien la institucionalidad de la sociedad burguesa ha sido hasta ahora el vehículo para su advenimiento y desarrollo, a un determinado grado de este desarrollo la revolución supone la destrucción de la sociedad burguesa y de la derecha que intenta sostenerla. La revolución habrá entrado en su primer estadio cualitativo superior desde que tomó el poder en el momento en que se sobredimensiona a sí misma como proceso histórico de largo plazo y su existencia sea relativamente independiente de la naturaleza periódica propia de la gestión gubernamental y los eventos electorales. Sin una sólida teoría revolucionaria, que aún está por construirse, y una constante y profunda reflexión ideológica que la haga posible, no habrá manera de medir este proceso. Ésta es la tarea de un partido revolucionario.

No hay que esperar la llegada del fascismo cuando la derecha ya está aquí y está dispuesta a hacer mucho más por destruir la revolución que lo que el fascismo ya hizo alguna vez por prevenirla. Los rasgos fascistoides de esta derecha no deben confundir a los revolucionarios; es lo más superficial de ella. Y lo más característico también. Pues la derecha es,

desde el punto de vista histórico y teórico, premeditadamente vana y superficial. A diferencia de los fascistas, su papel en la historia no es circunstancial. No viene, como los fascistas, a salvar a la democracia burguesa, sino a reproducirla según el dictamen del neoliberalismo global, del que es mera subsidiaria política, ideológica e institucional. La revolución debe ser antifascista, pero no en el sentido mítico y simbólico, sino en el sentido analítico, histórico. Estudiar a Hitler y Mussolini siempre será más valioso y productivo ideológicamente para la revolución que competir en la empobrecida mitología de propaganda propuesta como campo ideológico por la derecha y la narrativa neoliberal. La tan proclamada *batalla de las ideas* comienza por conocer y elegir el campo apropiado en donde ha de ser librada.

La democracia burguesa: lo que para la derecha es su reino político e institucional, para la revolución ha de ser mera planificación estratégica. Por más elecciones que esté dispuesta a ganar la dimensión de la revolución no es electoral, sino histórica. Quien no lo entienda así convierte el tema de la conciencia política en mera cuestión logística. Si la revolución es un proceso, la democracia participativa y protagónica no debería limitarse a la estrecha dimensión de lo administrativo, sino a trascender y ser una forma de acceder a lo conceptual. La revolución no se hace para corregir los males de la democracia burguesa, sino para transformarla en algo distinto. Mucho menos se hace para adecentar el comportamiento político de la derecha. Nadie sabe muy bien cómo es y dónde está el mundo mejor. Pero, seguro

que la revolución no se emprende para hacerle un espacio al socialismo en la democracia burguesa y sus instituciones, ni sólo para administrar sus estructuras decadentes. No entenderlo así es síntoma de molicie y fracaso.

Por lo tanto, se pierde el tiempo al calificar a una derecha de fascista y legitimar con ello a otra que supuestamente no lo es. Esto es una tontería pero que lleva a algo realmente grave: legitimar la democracia burguesa y, con ello, el orden social y económico que representa en lo nacional y lo internacional. Calificar a la derecha de fascista es sublimar su pseudofascismo, y lo distrae a uno con lo banal. La revolución tiene tareas de mucha más envergadura y dimensión históricas que la de sentarse a ligar desde el gobierno que a la derecha se le caiga la máscara.

D

COLECCIÓN
DIFUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

BARRACLAUGH, Geoffrey. *Introducción a la historia contemporánea*. Madrid, Gredos, 1973.

BENZ, Wolfgang y Hermann Graml (comps). *Problemas mundiales entre los dos bloques de poder*. España, Siglo XXI Editores, 1983, t. I.

——— (comps). *Problemas mundiales entre los dos bloques de poder*. México, Siglo XXI Editores, 1986.

———. *Europa después de la Segunda Guerra Mundial*. España, Siglo XXI Editores, 1986, dos tomos.

BERZOSA, Carlos. *¿Fin del Imperio USA?* Barcelona, Editorial Planeta, 1976.

BRUUN, Geoffrey. *La Europa del siglo XX*. México, Fondo de Cultura Económica, Colección Breviarios, 1979.

BRUUN, Geoffrey. *La Europa del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, Colección Breviarios, 1979.

CAPPELETTI, Ricardo y otros. *Relaciones internacionales, integración y desarrollo*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1969.

CARTIER, Raymond. *Hitler al asalto del poder*. Barcelona, Editorial Argos, 1978.

CHOMSKY, Noam. *La segunda guerra Fría*. Barcelona, Editorial Crítica, 1983.

———. *El miedo a la democracia*. Barcelona, Editorial Crítica, 1992.

COLL, O. D. H. *Historia del pensamiento socialista*. México, Fondo de Cultura Económica, 1975, cinco tomos.

DEUTSCHER, Isacc. *Herejes y renegados*. Barcelona, Ediciones Ariel, 1970.

———. *La revolución inconclusa (Rusia, 1917-1967)*. Buenos Aires, Editorial Abrasas, 1975.

FETTO, Francois. *Historia de las democracias populares*. Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1971, dos tomos.

FIELDHAUSE, David. *Los imperios coloniales desde el siglo XVIII*. México, Siglo XXI Editores, 1986.

———. *Economía e Imperio, la expansión europea 1830-1914*. México, Siglo XXI Editores, 1973.

FOLLIE, Joseph. *Doctrinas sociales de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Ediciones Humanismo, 1976.

FREYER, Hans. *Teoría de la época actual*. México, Fondo de Cultura Económica, 1976.

FREYSSINET, Jacques. *El concepto de subdesarrollo*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1976.

FUKUYAMA, Francis. *El fin de la historia y el último hombre*. Colombia, Editorial Planeta, 1992.

FURTADO, Celso. *La economía latinoamericana*. México, Siglo XXI Editores, 1976.

GALBRAITH, John. *El crack del 29*. Barcelona, Ariel, 1972.

GARRATY, John y Peter Gay. *La edad de las revoluciones. Historia Universal* (Universidad de Columbia), t. 4, España, Editorial Bruguera, 1981.

———. *La edad contemporánea. Historia Universal* (Universidad de Columbia), t. 5, España, Editorial Bruguera, 1981.

GRAMSCI, Antonio. *El risorgimiento*. Argentina, Editorial Gránica, 1974.

JIMÉNEZ CAMPO, Javier. *El fascismo en la crisis de II República*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1970.

LASKI, Harold. *El liberalismo europeo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

MARIÁTEGUI, José Carlos. *Política revolucionaria. Contribución a la crítica socialista*. Tomo I: *La escena contemporánea*. Caracas, Fundación Editorial El perro y la rana, 2010.

MOMNSEN, Wolfgang. *La época del imperialismo*. México, Siglo XXI Editores, 1978.

NIVEAU, Maurice. *Historia de los hechos económicos contemporáneos*. Barcelona, Editorial Ariel, octava edición, 1983.

PARKER, R. A. C. *Europa, 1918-1945*. España, Siglo XXI Editores, 1978.

PIERRE, Renaouvin. *La Primera Guerra Mundial*. Barcelona, Ediciones Orbis, 1972.

PLA, Alberto. *América Latina, siglo XX*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1980.

REIMAN, Michael. *El nacimiento del estalinismo*. Barcelona, Editorial Crítica, 1982.

THORNTON, Michael. *El nazismo (1918-1945)*. Barcelona, Ediciones Orbis, 1985.

TROTSKI, León. *El fascismo*. Medellín, Ediciones Tiempo Crítico, 1973.

VARIOS AUTORES. *Relaciones internacionales, revolución y subdesarrollo*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1969.

VIDAL VEZA J. M. *Teorías del imperialismo*. Barcelona, Anagrama, 1976.

WISKEMANN, Elizabeth. *La Europa de los dictadores*. México, Siglo XXI Editores, 1978.

D

C O L E C C I Ó N
D I F U S I Ó N

Democracia burguesa, fascismo y revolución

se terminó de imprimir en septiembre de 2013

en la República Bolivariana de Venezuela

3.000 ejemplares

Oscar Enrique León

Democracia burguesa, fascismo y revolución

...Acusar a la derecha de fascista puede ser un mero error teórico circunscrito a lo institucional, pero un total y grave desacierto si se le considera desde el punto de vista estratégico. Lo primero es fácil de corregir: se cambia fascista por fascistoide. Lo segundo, no se puede corregir: es síntoma de falta de claridad ideológica, lo cual es fatal para una revolución...

Oscar E. León

Historiador venezolano, escritor, investigador y profesor de la Universidad Central de Venezuela, Universidad Pedagógica Experimental Libertador y Universidad Nacional Abierta. Es autor de las obras *Historia contemporánea de Venezuela e Historia universal*, así como del texto inédito *Nietzsche, filosofía de la historia*. Recibió una mención especial en el concurso de narrativa Miguel Otero Silva, con la novela *La espera*; asimismo, tiene en proceso de publicación *Espectros* (novela), y *Ensayos de historia contemporánea*. Actualmente, es Coordinador General de Operaciones del Centro Nacional de Historia.

ARCHIVO
GENERAL
DE LA NACIÓN

República Bolivariana de Venezuela



revolucionando la conciencia

CENTRO
NACIONAL
DE HISTORIA



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

